

Documento/separata: Programa Básico del Partido Socialista Alemán

A cinco años de Parque Norte: Raúl Alfonsín, Fabián Bosoer,  
Juan C. Portantiero, Emilio de Ipola

Suplemento/9: Walter Benjamin, el aguafiestas  
José Aricó, Marcelo Leiras, Leandro Konder, Bertold Brecht

Amado, Bufano, Flores Galindo, Marimón, Moreno, Pásara,  
Timmermann, Tula

# La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Directores: José Aricó, Juan C. Portantiero y Jorge Tula

Nº 25/26, Bs. As., Octubre '90/Enero '91 ▲ 25.000.-



COPIOS  
ARGENTINO  
CENTRAL (B)

1991, MARZO, 1109  
Primer número 1983

# La constancia de un empeño



gente. En esta "universalización" del principio liberal hunde sus raíces el ideal socialista y la posibilidad de que su pensamiento y su acción se conjunten con la democracia. No como un resultado inevitable del proceso democrático, sino como una elección que, como un desafío, cuyo valor reside en asumir consciente y responsablemente la tarea de construir un nuevo orden de las relaciones humanas dentro del espacio confintual que la democracia redefinió y continúa definiendo.

Estas ideas formaron parte desde su inicio del movimiento obrero y socialista y ni siquiera las secuelas de la división de 1917 —esa "tragedia del movimiento obrero" como en un valioso libro la calificó Adolf Stummbar— lograron extirparlas. Tan fuertemente arraigaron en dicho movimiento que hasta aquellos que por fidelidad a una revolución a partir de la cual nacieron como corriente política aceptaban o disimulaban las formas totalitarias que asumió el poder en los países del "socialismo real", fueron en cambio intránsigentes y valerosos sostenedores del orden democrático que se impuso en la reconstrucción europea de posguerra. ¿Quién puede afirmar, por ejemplo, que no se debió también a la acción de los comunistas la conquista de la democracia en Alemania, Francia, Italia o España?

Finalmente, ha llegado para todos la hora de la verdad. Ninguna máscara puede ocultar el rostro de un mundo al que la desaparición de la bipolaridad le devuelve las marcas profundas de sus llagas. El fracaso del comunismo no disuelve las motivaciones de fondo que provocaron su nacimiento; por el contrario aumenta la responsabilidad de la democracia y en particular del movimiento socialista, en la búsqueda de una sociedad más justa. Se puede decir entonces, repitiendo las palabras de Bobbio, que la historia del ideal socialista, es decir del esfuerzo por hacer justicia, apenas ha comenzado. La hora de la verdad arrastra consigo angustias y decepciones, pero también esperanzas. Nos hemos demostrado demasiado en aprender el miedo como para que, frente a la caída de las máscaras, no nos sintamos aún más obligados a aprender la esperanza.

La Ciudad Futura nació animada de este espíritu: como un espacio abierto, co-

que despenalaran a los militares, la autogestión y las nuevas formas de producción social, las posibilidades y los límites del centroizquierda en el país. Contribuimos a instalar un debate sobre las relaciones entre liberalismo político, socialismo y democracia, en el escenario de una redefinición general de la cultura de izquierda, incorporando temáticas y dimensiones culturales consideradas, por lo general, ajenas al espacio y la reflexión de la política argentina.

En un medio caracterizado por un estrecho nacionalismo, ciego frente al pulso del mundo, tratamos de cumplir un efectivo propósito de desprovincialización de la cultura política y de recomposición de la tradición y de los instrumentos de análisis de la cultura de izquierda. No somos nosotros, directores y redactores de La Ciudad Futura, quienes debemos juzgar hasta donde nuestros propósitos condujeron a buenos resultados. La creación y difusión cultural, aunque se instalen en el específico campo de lo político, recorren caminos cuyos efectos son de mucho más largo plazo que el breve período que motiva este balance. Requieren, a su vez, de un clima más apto que de la desalentadora atmósfera para las ideas avanzadas que hoy invade al país. En un estado generalizado de aplastamiento y de cansancio moral resulta difícil apreciar en el presente todo aquello que de un modo muchas veces impuro desigra el futuro. Saber detectar es una forma política y cultural apta para empujar hacia su emergencia y consolidación. Y por esto, lo que sí debe ser valorizado en la compleja y extenuante tarea de sostener una publicación como la nuestra es la constancia del empeño y la responsabilidad con la que trata de llevarlo a cabo.

Así como fueron estos los atributos que le han permitido durar. Cuando la función de colaborar nadie pensó que subsistiría por largo tiempo. Estamos tan habituados a la continua zozobra de la vida nacional que sólo se piensa en empresas efímeras. Sin embargo, no vale el grito aislado, por muy largo que sea su eco, decía Mariátegui. Vale la práctica constante, continua, persistente. La práctica de nuestra revista lo ha sido y es voluntad de sus redactores que lo siga siendo. Se mantuvo en difíciles situaciones económicas, porque pudo contar con un mundo de lectores discreto, pero constante; con un grupo de amigos que la auxiliaron cada vez que amenazó naufragar; con un núcleo de colaboradores que demostró ser capaz de incorporar siempre nuevas voces, fundamentalmente de jóvenes; con casas editoriales y ayudadores que no se fijaron en nuestros tirajes; con instituciones amigas que nos ayudaron a financiar algunos suplementos. Pero se mantuvo también —o tal vez fundamentalmente— porque el régimen democrático que nació en 1983, con sus pocos méritos y sus muchas deficiencias, está perdurando. Debemos agradecer a todas estas circunstancias que hoy podemos festejar nuestro cuarto aniversario.

# La sangre de Edipo

Carlos Macchi

Si las fronteras se presentan como separadoras de espacios determinados en el continuo de un mapa, las operaciones topográficas del poder deben, por fuerza, garantizar la verosimilitud de estas diferencias. Desde aquí, las múltiples acciones de un país, aglutinadas de manera más o menos amorfa por "el modelo de nación", pueden ser leídas como un sistema discursivo que pugna por la construcción de una identidad. Esta concepción delimitante forzará, asimismo, la institución de fronteras en la cultura misma, desechando aquellas manifestaciones que en su simple existencia polucionan aquellas pretensiones inmaculadas tan propias de la intolerancia.

No es extraño, entonces, que las primeras décadas de éste, nuestro siglo XX, aparezcan como un período de intensa movilidad fronteriza, una incesante fluctuación de límites en todos los terrenos que manifiesta en las dos guerras mundiales su verdadera dimensión. Estas despliegan un intento de reordenamientos en dos etapas, y en ese intento reingresa con nuevas energías un nuevo principio: el orden del mapa como proyección del orden en el universo.

Es en este contexto donde comprendemos la aparición de espacios para lo impredecible, lo oculto, lo latente. Es en esta ge-

nuina desconstrucción —siempre las hay pretendidas— donde aparecen movimientos claramente diferenciables, refractarios a la cristalización de un orden técnico, pero comprometidos voluntaria e involuntariamente en los dictámenes de un nuevo modelo.

La figura de Max Ernst evoca en forma inmediata estas dos vanguardias que, aunque en la formulación de sus objetivos son claramente diferenciables, mantienen, sin embargo, preocupaciones similares. El surrealismo, cronológicamente posterior al dadaísmo, recibirá en sus filas a pintores y poetas que, o bien protagonizaron, o bien fueron testigos de la experiencia del Cabaret Voltaire.

Y éste es precisamente el caso de Max Ernst, nacido en 1891, quien junto al periodista Baargeld publica en Colonia la revista *Ventilator*. En esta publicación aparecen ya sus famosas operaciones de fotomontaje y collage. Ahora bien, ¿cómo había llegado el dadaísmo a Alemania? En 1917, Hülsebeck regresa a Berlín y edita el primer manifiesto del Dada alemán. Colaboran en él George Grosz, Raoul Hausmann y Wieland Herzfeldt, entre otros, y pronto el movimiento se extenderá hacia Colonia y Hannover, en donde Kurt Schwitters funda la re-

vista *Merz*. Ernst conoce más tarde a Jean Arp y luego de sus experiencias en Colonia, se traslada a París en 1922.

Por esa época Breton y Soupault publican *Littérature* y Ernst, en colaboración con el poeta Paul Eluard, edita una serie de obras en collage que culminará con *Una semana de bondad*. En estas primeras obras, *Répétitions* y *Les malheures des imortels*, Ernst maneja a la perfección su técnica del collage. No se trata de yuxtaposiciones elementales que busquen un sentido en su carácter singular. Más bien se trata de una especulación sobre el mismo fenómeno de la polisemia de la imagen. En la composición de figuras que en un principio transgreden los códigos de lo posible, se vuelca, entonces, a la reconstrucción de un sentido desalojado por visiones inquietantes. Para Max Ernst, y esto lo adscribe al movimiento surrealista más ortodoxo, el collage y el frotage son mecanismos pictóricos del automatismo. Operaciones que pretenden descomponer la sustancia intraducible de los sueños.



El material gráfico fue tomado de Max Ernst, *Une semaine de bondad. A surrealist novel in collage*, New York, Dover, Publications, inc., 1976.

Esta lúdica apuesta por lo sugerente y el componente especulativo se manifiesta en la estructura que organiza *Una semana de bondad*, obra concluida en

tres semanas durante la visita de Ernst a Italia en 1933. El artista presenta su obra con el título alusivo de *Los siete elementos capitales* y asigna a cada día de la semana un elemento cuyo carácter caprichoso se esfuma ni bien lees los textos que acompañan el inicio de cada capítulo. Junto al agua y el fuego, dos elementos ya tradicionales, encontramos al lodo, la sangre, la negrura, la visión y lo desconocido, asociaciones que sin duda se vuelven inextricables para aquellos que, hoy en día, privilegian la obviedad.

## La Ciudad Futura

B. Mire 2094 - 1º (1039) Tel. 953-1581

**Dirección:** José Aricó, Juan Carlos Portantiero, Jorge Tula.  
**Consejo de Redacción:** Javier Arriagui, Fabián Bosser, Sergio Bufano, Javier Francé, Julián Gadano, Miguel Ángel García, Julio Godio, Marcelo Leiras, Antonio Marimón, Guillermo Ortiz, Ernesto Semán, Pablo Semán.  
**Comité Asesor:** Emilio de Ipola, Jorge Dotti, Rafael Filippelli, Oscar R. González, Jorge Kors, Carlos Kreimer, Marcelo Lozano, Ricardo Nudelman, Juan Pablo Renzi, Oscar Terán.  
**Maqueta original:** Juan Pablo Renzi  
**Servicio de Ilustraciones:** Laura Rey.  
*La Ciudad Futura* recibe toda su correspondencia, cheques y giros en Casilla de Correo Nº 177, Sucursal 12, (1412), Buenos Aires. Composición e impresión: Gráfica Integral, Albaracín 1955, Cap. Fed. Distribución en kioscos del interior: Distribuidora Río IV, California 2587, Cap. Fed. Distribución en kioscos de Capital: Sinfín, Saavedra 710, Cap. Federal.

Nº de Registro de la Propiedad Intelectual: 192675.  
 Suscripción en el exterior (señe número) que incluye flete aéreo: u\$S 30.- Cheques y giros a la orden de Arnaldo Martín Jáuregui.

<h1>Sumario</h1>	
2	Carlos Macchi: La sangre de Edipo
Suplemento/9	
3	La Ciudad Futura: La constancia de un empeño
4	Jorge Tula: Huelgas: regulación y autorregulación
6	Raúl Alfonsín: Hacia una nueva convergencia
7	Juan Carlos Portantiero y Emilio de Ipola: Luces y sombras de un discurso trascendente
9	Fabián Bosser: De aquellos sueños, estas realidades
11	Taller de Temática Universitaria: Reconstruir la comunidad universitaria
12	José Aricó: La búsqueda de una tercera vía
15	José Aricó: Walter Benjamin, el aguafiestas
16	Walter Benjamin: Un instituto alemán de libre investigación
18	Walter Benjamin: La tarea del materialista histórico
20	Walter Benjamin: Dos géneros de popularidad
21	José Aricó y Marcelo Leiras: Benjamin en español
22	Leandro Konder: Marxismo y melancolía
23	Alberto Flores Galindo: Reencuentros la dimensión utópica
24	Luis Pábara: Flores Galindo y la agonia de la izquierda peruana
26	Gali Moreno: El gran juego
28	Antonio Marimón: Las metáforas con la mierda
29	Ana Amado: Historia, ficción y recorrido ético
30	Libros
Ensayo	
33	Heinz Timmermann: Un Welfare para toda Europa
35	Cartas
36	Sergio Bufano: Querido Chaval
Documento/separata	
1-28	Programa básico del Partido Socialdemócrata Alemán

Otra vuelta de tuerca

## Huelgas: regulación y autorregulación

Jorge Tula

Nos son tiempos buenos para los trabajadores. Ni siquiera para los trabajadores organizados, quienes, se cree, están en mejores condiciones que los otros para resguardar algunas cosas que, pensando, habían ingresado en la categoría de los derechos considerados inalienables. Si los hay. En todo caso no parece ser esta la situación del derecho de huelga. Al menos en la Argentina de 1990, gobernada por el partido que casi siempre ha gozado de la simpatía de los trabajadores.

En épocas de crisis, y más aun cuando éstas son profundas, se conmueven, hasta agrietar o incluso socavar, los pilares que sostienen la escala de valores que es utilizada por los hombres para regir su conducta. Y la de las instituciones. Conquistas que han demandado largas y ardidas luchas, así, de pronto, aparecen seriamente cuestionadas y hasta catalogadas como la fuente de todos los males. Los derechos de ciudadanía, como se prefirió llamar ahora a los derechos civiles, a los derechos políticos y a los derechos sociales, que han necesitado de una larga marcha para que se sucedan históricamente sólo con el logro de los derechos, ellos se consiguió una reducción sensible de las tensiones y de las contradicciones entre la igualdad de los derechos y la desigualdad social, son cada vez más afectados, y el último de la sucesión histórica seriamente trastocado en una serie inescrupulosa de pasos que, al menos en esta parte del mundo, cada vez más regidas por las políticas neoconservadoras, no se sabe donde terminarán.

Así las cosas, nuevamente ha aparecido a la luz pública, en nuestro país, una idea que hasta hace poco tiempo parecía impracticable: la reglamentación del derecho de huelga, la inminencia de la flexibilidad laboral y, más en general, el indulto a los jefes militares, se lleva a cabo en momentos en que, desde lo bajo, se produce una ausencia de participación, una suerte de pérdida del sentido de la solidaridad, una evidente crisis de la organización sindical y de otras formas de sujetos colectivos.

Pero, por si esto fuera poco, estas actitudes desde lo alto: limitaciones al derecho de huelga, la inminencia de la flexibilidad laboral y, más en general, el indulto a los jefes militares, se lleva a cabo en momentos en que, desde lo bajo, se produce una ausencia de participación, una suerte de pérdida del sentido de la solidaridad, una evidente crisis de la organización sindical y de otras formas de sujetos colectivos.

### No es igual en todas partes

Historia y suerte distinta tuvo el derecho de huelga en otras partes del mundo. En algunos países, como Francia, Italia, España, e

El sindicalismo argentino, y por supuesto la sociedad, se enfrenta ahora a un problema que en otros lados también estuvo presente, aunque se resolvió de manera distinta. No fue un decreto presidencial el que resolvió la reglamentación del derecho de huelga. Sindicatos, partidos políticos y demás instituciones participaron con diferentes propuestas cuestionando, en todos los casos, cualquier tentativa de reglamentación. Autorregulación y pactos con los ciudadanos son algunas de las propuestas que se plantean como alternativas. Sobre el mismo tema en el próximo número publicaremos una contribución de Oscar Moreno.



incluso en el nuestro, la huelga es reconocida como un derecho positivo por las respectivas constituciones. En otros, como Gran Bretaña o Alemania Federal, no existe un reconocimiento unívoco.

En el caso de Italia, por ejemplo, prevalece la concepción del derecho de huelga como derecho "individual" con ejercicio "colectivo", pero siempre es entendido como un derecho irrenunciable en ambos planos. En Francia a su vez se afirma que la huelga, tal como lo atestigua la experiencia histórica de ese país, está antes que el sindicato, lo cual significa que la idea del monopolio sindical de su ejercicio difícilmente sea aceptada.

Por otro lado, en aquellos países en los que el reconocimiento constitucional de la huelga no se produjo, esta fue sentida, es el caso de Gran Bretaña por ejemplo, como un fenómeno vinculado a una expresión de libertad. O bien, como sucede en Alemania, es percibida como una medida extrema, de manera tal que aparece como predominante la exigencia de morigeración del conflicto, lo cual hace que la serie de reglas vigentes sobre el tema operen sin una disciplina legal efectiva.

diciones, pero éstas se ven y se verán cada vez más afectadas por la aceleración siempre más intensa de los procesos de internacionalización y de homología de las sociedades de la mayor parte del mundo.

De cualquier manera los hechos muestran que las formas más eficaces de regulación del conflicto son las que se concretan en aquellos ámbitos en los que el sistema de representación sindical y de relaciones colectivas generan el máximo de estabilidad y por ende de control social de los conflictos. Todo lo cual, entre otras cosas, muestra que la ley en sí misma apenas es un instrumento marginal de regulación que funciona más bien como proyección formal de la capacidad de autogobierno de los sistemas sociales, mientras que son otros los mecanismos institucionales que dan pruebas de su eficacia con la utilización de instrumentos en todos los casos orientados hacia la prevención de los conflictos antes que a la búsqueda de sanciones.

Teniendo en cuenta este cúmulo de experiencias, y siempre en esta línea de pensamiento, ciertas expresiones del movimiento obrero consideraron conveniente enfatizar la conexión entre las reglas del conflicto y el reordenamiento de la representación sindical y de los procedimientos de la negociación. Sobre la base de esta concepción se han propuesto políticas dirigidas a actuar sobre distintos factores de conflictualidad a través de una pluralidad de instrumentos regulativos con un cierto grado de coordinación, que van desde la autorregulación hasta la intervención legislativa de carácter no imperativo. Y todo esto en la conciencia de que la raíz del gobierno de los conflictos debe encontrarse en un nuevo equilibrio entre la huelga, entendida como insuprimible instrumento de libertad, y la corrección de sus efectos desproporcionados, y por tanto en una "reforma democrática" del sistema de representación sindical. Si bien este proceso puede ser favorecido por la ley, su realización depende sobre todo, como es obvio, de los sujetos colectivos.

### Representatividad y conflicto

Un interrogante que siempre ha estado presente, pero que cada vez adquiere mayor pertinencia, es el referido a cuáles son las razones de qué manera y en nombre de quien se organiza el conflicto y todo aquello que tiene que ver con una propuesta de transformación social.

En el ámbito sindical, las cuestiones de la democracia, aun en aquellos casos en que mantiene su autonomía —una actitud que para gran parte del sindicalismo de otras partes del mundo es obvia y tiene que ver con su legitimidad—, están en una estrecha y permanente interrelación con los contenidos y las formas en que se realiza cualquier acción reivindicativa. Es así que la forma, las características, el modelo de organización tiene que ver de manera directa y condicional de manera evidente los modos de ser y los contenidos de la lucha social.

Si las cosas son de esta manera no resulta vano afirmar que en todos aquellos lugares en donde las prácticas democráticas no están en el auge de la vida sindical, y con mucha mayor razón en aquellos casos en donde fueron efectuadas con cierta intensidad, el sindicato, y en consecuencia también los trabajadores, han sido menos afectados por los procesos de reestructuración capitalista.

La democracia se muestra entonces como un recurso de fundamental importancia. Y se entiende que así sea, si es que se tiene en cuenta que para no pocos trabajadores es la única experiencia posible de compromiso político, pero que, además, no hay arma mejor ni más eficaz que ella, cuando está en manos de los trabajadores, para impedir que el monopolio del poder y del conocimiento esté sólo en manos de la empresa.

La reestructuración capitalista produjo —en la década pasada en todos aquellos lugares en donde se ha realizado—, de la misma manera que está produciendo ahora —en todas partes en donde se está efectivizando—, resultados tan injustos como perversos en aquellos casos en que la organización sindical no alcanza a constituirse en el instrumento idóneo que representa de manera cabal las exigencias y las necesidades del mundo del trabajo, también él en una modificación permanente y vertiginosa en su composición material y cultural.

Complejidad parece ser la categoría que se debe emplear cuando de lo que se trata es de referirse a este problema. Complejidad creciente, en todo caso. Es que, por ejemplo, resulta casi imposible, en el caso en que no se produzca una modificación en lo que se refiere a la cultura reivindicativa, establecer nuevas relaciones en los lugares de trabajo entre sindicatos y trabajadores, diseñar y acordar un nuevo pacto democrático? ¿Y sin este pacto, consensado, es deseable sin atención predestinada a comprender los cambios materiales y culturales que se están produciendo en los lugares de trabajo, pero no solamente en él, ¿es acaso posible hacer de la innovación y la eficiencia, como durante muchos años se hizo en numerosos países, barreras alrededor de los sindicatos, como sucedió en varios oportunidades, en los últimos años, las luchas y las reivindicaciones de los trabajadores y no queden, como está ocurriendo ahora en manos de las empresas y de organizaciones vinculadas a ellas:

Como se sabe, las modificaciones que se están produciendo en la estructura ocupacional son cada vez más relevantes. Y que es lo que sucede en el caso que estamos abordando, cuando la franja de trabajadores es la empleada en los servicios? El interrogante es pertinente porque su importancia cuantitativa es, al menos en ciertas sociedades, cada vez contundente: los trabajadores de los servicios públicos y privados se han convertido en el mayor segmento del mundo del trabajo dependiente. Pero además de la importancia cuantitativa, este tipo de trabajo expresa otro rasgo al que se le asigna una significación que algunos designan como estructural: en el sector de los servicios colectivos la triangulación entre gerentes, trabajadores y usuarios altera las reglas hasta ahora vigentes de autorregulación y autorregulación de manera específica en aquellos campos donde tiene primacía el régimen productivo industrial.

Para gran parte de los especialistas de este tema es precisamente la subvaloración de este hecho para ellos nuevo, que generalmente es reducido a una cuestión meramente técnica de funcionamiento del sistema, y lo que permite las incursiones neoconservadoras contra el derecho de huelga. Esta nueva triangulación, y en especial la presencia de ese actor nuevo que es el usuario, da lugar a que la huelga, por lo menos ciertas huelgas, no produzcan más el grado de solidaridad y de consenso de otras veces.

Cada vez es más imposible, e inconve-

niente, pensar a los servicios como una especie de "fábrica sin muros". La naturaleza de las relaciones de trabajo y la vinculación entre los trabajadores y quienes hacen uso de estas prestaciones laborales que hasta ahora no existían en ninguna forma de trabajo dependiente, no significa que haya que bregar por la abolición del conflicto, desde luego, sino que significa que se debe ir a la búsqueda de nuevas formas y vías de expresión. Como es sabido, en el mundo sindical siempre se ha reaccionado, y no sin razón, precipitadamente, con desconfianza ante la posibilidad de la implantación de reglas sobre las huelgas. Porque en todos los casos, pero de manera especial cuando se trata de los trabajadores industriales, esto puede significar la desnaturalización del único instrumento que tienen para resistir ante los excesos de la libertad de empresas. Es precisamente por eso que, en las mejores experiencias del movimiento obrero en el ámbito industrial, se fueron diseñando diversas formas de autorregulación, no sólo en lo que respecta a los efectos de la huelga, sino también en lo que se refiere a los procedimientos de su programación y gestión.

### Representatividad y autorregulación

Estos dos formas de comportamiento son en cierta medida la meta a la que pretenden llegar quienes buscan nuevos procedimientos para la toma de decisiones. Pero solamente con la conexión de una representación efectiva —de un amplio consenso en los procedimientos de autodeterminación se hace viable un acercamiento a la posibilidad de llegar a formas de insubordinación del conflicto que sean igualmente respetuosas tanto de los principios de autoprotección de los intereses colectivos como de los bienes y de los funciones públicas, mientras que tienen el carácter de interés general.

Tantas veces utilizada, y teniendo conciencia de la equívocidad del término, conviene especificar qué se quiere mencionar cuando se utiliza la palabra representatividad. Dejando de lado el detalle de los usos diversos de que es objeto, en este ámbito particular *representatividad* designa la actitud de un grupo sindicalmente organizado para regir los intereses colectivos del que es expresión, dando a la vez una prueba de capacidad para comprender las razones y los intereses de las propias bases sin dejar de tener en cuenta las razones y los intereses ajenos, y a la vez mediar de manera equilibrada, pues sólo de esa manera podrá ser considerado una expresión confiable de la totalidad de los intereses homogéneos o afines a aquellos que el sindicato mismo representa. Precisamente por esto una mayor representatividad es considerada como una especie de seguro contra cualquier pretensión de invalidar este tipo de acción colectiva.

Pero a pesar de que en las mejores tradiciones del movimiento obrero se ha ido adquiriendo una conciencia cada vez mayor de la importancia de tender hacia una representatividad que en lo posible debería ir incrementándose, no pocas veces —en un acto — por lo menos contradictoria — es considerada como ajena a cada heredario, olvidándose que es un patrimonio al que hay que cuidar cotidianamente, de manera constante y flexible al mismo tiempo.

En esta misma línea de pensamiento, la autorregulación es considerada como la manifestación que observa un mayor grado de respeto del principio de autogobierno de los intereses colectivos. Aris Accornero, por ejemplo, dice que ella expresa de algún modo "la autoconciencia del problema de fondo: el de la solidaridad de clase". Dicho de

otra manera, se trata de la administración de la solidaridad ampliada a todo tipo de usuario. Pero se advierte que para que la autorregulación no se limite a una simple apuesta sobre la madurez política de los trabajadores que se autodisciplinan, debería ir acompañada de un proyecto político-sindical que tenga presente la necesidad de tender a la reunificación.

### Un "pacto con los ciudadanos"

Así, como un "pacto con los ciudadanos", consideró Antonio Lettieri, por entonces secretario general de la CGIL, a esa nueva actitud de la central obrera comunista italiana en oportunidad de proponer la autorregulación de las huelgas en los servicios públicos. En algunos sectores, como el transporte, ya existió con anterioridad, pero constituía una novedad absoluta en el ámbito del empleo público. Pero la autorregulación en los servicios públicos sólo puede darse como un capítulo dentro de un cambio global, un cambio que debería darse sobre la base de los aspectos principales: por un lado, una modificación profunda, radical, de la organización del trabajo, que sea capaz de introducir por vez primera en el sector público reglas de trabajo universal. Ese sector, dominado por la rigidez y el escleramiento, debía dar paso a criterios de flexibilidad y de movilidad, pero también a una nueva estructura retributiva y a una inédita concepción de la profesionalidad para que sea realmente aceptada. Como es sabido, la relación entre estado y ciudadanos se ha degradado tanto en los últimos años, que todo lo que es público ha sido puesto en discusión. En este sentido, el cambio que se pretende realizar en la calidad del trabajo público, a través de la eficiencia y la calidad de los servicios, tiene como interlocutor privilegiado a los usuarios, hasta ahora permanecido marginado: el usuario, es decir la masa de trabajadores, que por otro lado tal vez sea la única interesada en que funcione la administración pública y en que recobre sus fuerzas el estado social.

¿Pero de qué manera, con qué argumentos, y cómo se aliará el movimiento sindical argentino en esta discusión que necesariamente habrá de realizarse? El tono y el modo será distinto al que utilizaron algunas expresiones del movimiento obrero europeo. Porque, como es obvio, también son distintos los interlocutores. Ni los gobiernos, salvo excepciones, ejecutan una política neoconservadora tan cerril —que es el nombre del usuario, ese mismo usuario al que agrade diariamente, pretende reglamentar el derecho de huelga— ni el movimiento sindical acostumbra dar cheques en blanco por el tiempo que sea a expresiones políticas siempre propensas a producir giros que, por otro lado, generan problemas en contra de los intereses de los trabajadores.

De cualquier manera, la reglamentación del derecho de huelga encontraría dividida al sindicalismo argentino. Tentado a aceptar convertirse en un sindicalismo de régimen, una porción considerable de él se ha alineado al sacrificio con el gobierno, aceptando que el único camino para salir de la crisis es el desmantelamiento total de lo que queda del estado social "a la argentina" que ellos habían ayudado a construir. Mientras tanto la otra no encuentra hasta el momento una salida clara por esa incómoda situación que le toca vivir: quien ejecuta la política neoliberal que muchas veces han combalido, es el mismo gobierno para el que ellos más que nadie, ayudan a instalar en el poder.

Knowles sostiene que en todos aquellos casos en donde la posibilidad del recurso de la huelga está limitado o suprimida se asiste a un correspondiente aumento de formas "desviadas" del conflicto. Es posible que el futuro confirme que Argentina no es una excepción a esta regla.

papel de sujeto social, pero también político, que no tiene como mira neutralizar el conflicto a través de la vía reglamentaria sino que pretende convertirse en protagonista de una reglamentación del conflicto de tal que se puedan mantener las "reglas de la civilidad". No parece existir otra manera para que el sindicato pueda efectuar nuevas alianzas y volver a desempeñar un rol protagónico en la sociedad.

Pero, para que la autorregulación funcione, ¿basta la decidida acción del sindicato y su propuesta de un "pacto con los ciudadanos" o se necesita también, y en qué medida, un comportamiento adecuado y de reconocimiento de las contrapartes?

Quienes afirman que la autorregulación debe ser efectivizada sólo si existe una contrapartida, argumentan, además, que renunciar a ella significa darle libertad absoluta a una administración siempre propensa a acuerdos de los pactos y a violar los acuerdos. Apenas tiene sentido llevar a la práctica la autorregulación si no existe una reafirmación política, por parte del gobierno, de la voluntad de construir un nuevo cuadro de relaciones sindicales.

No son pocos contundentes quienes sostienen que una autorregulación que no *do ut des* es inaceptable. La autodisciplina del movimiento sindical tiene como objetivo realizar un pacto de alianza con los ciudadanos y no se reduce a un acto que está a la espera de una retribución por parte del estado. Pero la idea del derecho de los usuarios como un *apriori* requiere de tiempo, de trabajo y de lucha política para que sea realmente aceptada. Como es sabido, la relación entre estado y ciudadanos se ha degradado tanto en los últimos años, que todo lo que es público ha sido puesto en discusión. En este sentido, el cambio que se pretende realizar en la calidad del trabajo público, a través de la eficiencia y la calidad de los servicios, tiene como interlocutor privilegiado a los usuarios, hasta ahora permanecido marginado: el usuario, es decir la masa de trabajadores, que por otro lado tal vez sea la única interesada en que funcione la administración pública y en que recobre sus fuerzas el estado social.

¿Pero de qué manera, con qué argumentos, y cómo se aliará el movimiento sindical argentino en esta discusión que necesariamente habrá de realizarse? El tono y el modo será distinto al que utilizaron algunas expresiones del movimiento obrero europeo. Porque, como es obvio, también son distintos los interlocutores. Ni los gobiernos, salvo excepciones, ejecutan una política neoconservadora tan cerril —que es el nombre del usuario, ese mismo usuario al que agrade diariamente, pretende reglamentar el derecho de huelga— ni el movimiento sindical acostumbra dar cheques en blanco por el tiempo que sea a expresiones políticas siempre propensas a producir giros que, por otro lado, generan problemas en contra de los intereses de los trabajadores.

De cualquier manera, la reglamentación del derecho de huelga encontraría dividida al sindicalismo argentino. Tentado a aceptar convertirse en un sindicalismo de régimen, una porción considerable de él se ha alineado al sacrificio con el gobierno, aceptando que el único camino para salir de la crisis es el desmantelamiento total de lo que queda del estado social "a la argentina" que ellos habían ayudado a construir. Mientras tanto la otra no encuentra hasta el momento una salida clara por esa incómoda situación que le toca vivir: quien ejecuta la política neoliberal que muchas veces han combalido, es el mismo gobierno para el que ellos más que nadie, ayudan a instalar en el poder.



aparato productivo, la integración al mundo a través de la apertura exportadora, la reforma del estado y lo que en el discurso se llamaba construcción de una "sociedad flexible" en contraposición a la "sociedad blanda" que había caracterizado a la Argentina desde mucho tiempo atrás, eran los pillos centrales de la propuesta de transformación que se lanzaba a los actores democráticos de la transición. El emblema de este proyecto de cambios se sintetizaba en un "trípode" conceptual: democracia participativa, modernización y ética de la solidaridad.

No cabe un desarrollo pormenorizado de estos aspectos que luego fueron desagrados en discursos posteriores que conformaron la saga sobre la que aludimos más arriba. Ellos se agrupaban en tres órdenes de reformas sustantivas: político-institucional; económico-social; educacional y cultural, conformando una plataforma cuyo sentido estaba dado por su interpretación por su propia retroalimentación. Este es un punto sobre el que nos parece importante una reflexión.

La tríada propuesta —modernización, participación, ética solidaria— intentaba elaborar un marco de superación de la crisis propuesta y antimodernizador, si así pudiera resumirse la voluntad que se tenía.

En el tema de la democracia el horizonte era la consolidación de la "formalidad" del Estado de Derecho y el reconocimiento de la necesidad de la ampliación de la participación ciudadana en las sociedades modernas. Un instrumento fundamental para contribuir a ello era la instauración de los mecanismos directos de intervención que contemplarían a las instancias representativas. El luego frustrado proyecto de reforma de la constitución era parte de esa intención, en la medida en que, al mismo tiempo que jerarquizaba el papel de los partidos por medio de la organización semiparlamentaria del sistema de gobierno, introducía cambios como el plebiscito y el referéndum como herramientas con las que se apelaría a la opinión de los ciudadanos sin la intermediación de sus representantes. En cuanto a la convocatoria a la "ética de la solidaridad", en la que el tradicional krausismo radical se renovaba con John Rawls, lo que buscaba era colocar un umbral desde donde encargar los temas de la justicia social, habituales en el discurso político argentino. Ese lugar elegía a él (y aquí el *ex rawlsiano*) el que obligaba —dice el discurso de Parque Norte— a mirar "la sociedad desde el punto de vista de quien está en desventaja en la distribución de talentos y riquezas". Para llevar a cabo esta perspectiva la intervención activa del estado resultaba imprescindible porque los derechos humanos son violentados no sólo por las interferencias directas contra las personas sino también por la omisión en no ofrecer apoyo a los más desfavorecidos.

Presentados estos dos lados del triángulo —que pueden tener de original, creemos que en el tercero, el que alude a la modernización, se alojan los elementos más innovadores, clamorosamente deslindables de la forma en que ese tema aparece hoy invocando desde Menem y Alsogaray o desde la manera muy particular en que Angeloz cree continuar los temas de Parque Norte. En este caso, ¿qué significa la modernización en el discurso que estamos evocando? ¿Cómo se articula con la democracia y con la ética hasta formar con ellas un *hados* indisoluble? En la pregunta está condensada la respuesta. Las tres dimensiones sólo tienen sentido si van entrelazadas.

La modernización no se entendida como un *hados* en sí misma, como un instrumento neutral que se incorpora mecánicamente al "Primer Mundo", como hoy se insiste de manera grotesca o, si se quiere, banal. En primer lugar, la modernización no es una receta tecnológica, ni siquiera económica, sino una concepción integral sólo pensable en



un marco de democracia y de equidad. La historia nos muestra muchos ejemplos de modernizaciones autoritarias y/o injustas, instaladas en el egoísmo del mercado o en el totalitarismo de quienes se trata, en cambio, es de reforzar los poderes de la sociedad "autónomamente constituidos". Descartado el mito tecnológico de la modernización, ésta aparece como un proceso complejo, económico sí, pero también cultural, social, institucional, destinado a destruir rigideces, a flexibilizar las relaciones sociales, a mejorar la calidad total de la vida. En este objetivo la reforma del estado ocupa un lugar central, como forma nueva de plantear la vinculación de éste con los ciudadanos. Vale la pena recordar textualmente un fragmento del mensaje, por lo actual que hoy alcanza: "El debate acerca del papel del Estado y de las relaciones entre éste y la sociedad —que comienza por distinguir una dimensión de lo público como diferente de lo privado y lo estatal— deberá ser tomado por la comunidad como uno de los temas claves del momento. Como tal debería ser considerado con mayor serenidad que la acostumbrada hasta ahora, cuando el campo parece sólo ocupado por los privatistas y por los estatistas a ultranza".

### 3. El balance: lo que no fue

Es evidente, hoy, que esas ideas, adelantadas en el discurso de Parque Norte y que sonaron ser la plataforma de la transición mucho más que el programa de un partido, están en retirada y aparecen como un fragmento congelado de historia. Trazados por la fantasía bárbara de la privatización y del mercado, que se repite como panacea de la crisis, los argentinos asistimos sin capacidad de respuesta (al menos de respuesta organizada) al derrumbe de todo hábito de solidaridad, al deterioro de la democracia por una creciente concentración del poder, a un sentido malversado de modernización consistente en creer que ella se logra enviando fragatas en Górriz o cambiando emblemas públicas por papeles de la deuda externa. Si el discurso de Parque Norte estaba

la tradicional raíz krausista del pensamiento de Alfonsín, útil en tanto sosten de una visión ética de la política pero insuficiente por la exageración (antibegaliana en Krause) de los temas de la "armonía" frente a los de la "contradicción". En este sentido, el discurso de Parque Norte, las intervenciones posteriores en esa línea, a la propia práctica gubernamental, manifestaron permanentemente la verdadera dificultad, la limitación intrínseca del proyecto: el optimismo ante los impulsos morales, la sobrestimación de la presencia de un "sujeto democrático" mayoritario en nuestra sociedad, la vacilación en distinguir, más allá de lo genérico, a los elementos puntuales de la propuesta democrática, los impulsos de poder económico, militar, clerical y cultural que socavaron siempre la tarea emprendida con grandes ilusiones desde diciembre de 1983.

Así, entre trabas opuestas por éstos, incomprensión de los actores sociales y políticos democráticos no gubernamentales y limitaciones del sistema (encontrando muchas veces en una instrumentación superior a la que ahora circula como moneda corriente, se malbarató así en iniciativas que contribuyeron a mellarla. La más evidente, quizás, fue la estructuración de la "convergencia programática", que se suponía debía ser el resultado de la propuesta de diciembre de 1985, y que concluyó como una coalición de intereses políticos y fuerzas conservadoras provinciales que le dieron los votos a Angeloz y ahora coquetean con Menem. Escaso final para un mensaje que buscaba otras metas.

La oportunidad de estructurar una trama de la transición democrática amparada en las líneas matrices del discurso de Parque Norte se perdió, por muchas de las causas que hemos tratado de analizar. Aquel mensaje de hacer un lustro pudo haber sido una plataforma de lo que hoy, periodísticamente, se llama "centro izquierda"; es decir, para construir una propuesta capaz de deslindarse tanto del anacronismo populista como del conservadurismo bárbaro. No lo fue y ahora que tratamos de renovar sus sentidos más renovadores nos queda una convicción que quizás permita pensar mejor las luces y las sombras del período abierdo en 1983: es muy difícil poner en marcha una política de reformas sin que exista una fuerza o una coalición de fuerzas dispuestas a luchar para llevarla a cabo. La interpretación de Parque Norte no tuvo ese sostén.

### 4. Desde un lugar poco común

Como se señaló al comienzo, los autores de esta nota participamos en aspectos importantes de la elaboración del discurso que aquí comentamos. No por esa cooperación ha dejado de imponernos —y lo dicho en los párrafos anteriores lo prueba— el cuidado de ser precendentemente objetivos en cuanto a los alcances y límites de dicho discurso. De más está aclarar que, por encima de todo lo que podamos justificar nuestro aporte, es indiscutible que, en la última letra, sur el autor es Raúl Alfonsín. Ello es así, no por el hecho de que Alfonsín haya revisado, corregido y a menudo reescrito cada uno de sus párrafos, sino simplemente porque su firma basta para avalar la responsabilidad de una autoría que no necesita de otra cosa para ser acreditada como tal. Todo lo cual no quiere decir que, conocida entonces la mencionada colaboración, y ponderadas diversamente sus implicancias, se planteara entre quienes éramos y somos

partícipes de un proyecto cultural y político común —y dejando por cierto de lado algo *pari passu* de uso obligatorio para dogmáticos— lo que no podía llamarse una simple diferencia de opiniones, ni tampoco una abierta declaración de hostilidad, sino más bien un "incordio", un diferendo, una discordia que no hacía sólo a lo que nosotros pensábamos y decíamos, sino también a la relación entre el lugar donde estábamos —por decisión propia— situaciones y las modalidades en que esa colocación afectaba a nuestra palabra.

Es preciso tomar constancia del hecho de que en el clima cultural de aquel momento (no muy lejano del actual) convivían letales de un poder capilar y disperso, sin centro y sin nombre, junto con el tópico filosófico-político, más tradicional pero muy resistente, del carácter de la vez fuertemente tipologizado y diabólicamente fascinante del poder. Según este último enfoque, el poder —en sus registros, por extensión, por analogía, pero en su una vez específica, si en el lugar central de toda institución del Estado y, en particular, del gobierno. Ahora bien, dicho enfoque —por lo demás, compatible en el límite con el primero—, no era sólo descriptivo sino también normativo. En efecto, respecto de esas instancias centrales del poder, se debía permanecer alejado, puesto que hacía sustancialmente a la independencia del intelectual de izquierda una disponibilidad para el ejercicio de la crítica de "estado de cosas existente" por principio reñida con toda posición contaminada, si quiera sea vaga e indirectamente, por el aura del poder.

Reconoceremos, por nuestra parte, que

no éramos inocentes respecto de lo menos algunos de las consecuencias de nuestra actitud. Cada uno de nosotros recuerda bien que, en más de una ocasión, no las tuvo todas consigo. En cierto modo, se repitieron en nosotros algunos de las ambigüedades que, en otros registros, afectaron al discurso que comentamos. Por razones diferentes de las que esgrimían otros, tendimos, no menos que esos otros, a identificar al incipiente régimen democrático que se había instalado en el país con el gobierno de Alfonsín. Sin duda, pensábamos que la fusión entre un gobierno y un régimen era algo poco deseable, aunque también poco convertible. Sea como fuere, la legitimidad de que, según nuestro punto de vista, estaba investido el discurso de Parque Norte, en virtud del derecho que asistía a Alfonsín —como principal dirigente y, a la vez, emblema del primer gobierno cabalmente democrático instaurado en nuestro país— de constituirse en la coalición de fuerzas que el pacto de garantías y del pacto de transformación, nos parecían valores elementales. Por cierto, a que forjáramos esa idea coadyuvaron varios y no insignificantes factores: la inepticia varias veces probada de la oposición, tanto del Partido Justicialista como aquellas provenientes de nuestras izquierdas y derechas clásicas, la ausencia, por tanto, de alternativas atractivas e inteligentes, en fin, una adhesión —que empero nunca transigió con la idea de "tercer movimiento histórico, lanzada por entonces— a la probabilidad ideológicamente suprapartidaria que, desde la campaña electoral, había impreso Alfonsín a su palabra y a su actitud.

Naturalmente, la cercanía que en mu-

chos momentos tuvimos respecto de la figura del presidente debía afectar, más allá de nuestra voluntad e incluso de nuestra conciencia, la índole de las opiniones que entonces emitíamos. Aquel que está cerca de quien comanda una gestión adquiere una sensibilidad particular para comprender las dificultades que la asolan y para juzgar más plauso las reservas con que se la acoge. Las críticas que, desde distintos ángulos, aún y sobre todo las que provenían de aquellos con quienes compartábamos tareas, proyectos e idearios, nos irritaban profusamente. Y sí, según creemos, no se nos puede acusar de haber defendido lo indefendible, hemos de admitir por nuestra parte que siempre buscamos con pertinaz afán dar la mejor interpretación posible a cada uno de los actos de gobierno.

Podemos agregar algo más a estas "confecciones"? Creemos que sí. Nos parece percibir, tanto en nuestra actitud, como en las actitudes de la oposición, en las críticas, reacciones que provocó, los contornos de una figura política y ética clásica, o, para decirlo en términos que quieren seguir siendo neutrales, ligeramente romántica.

Vemos a dicha figura en la forma de varias encarnaciones superpuestas, con rasgos semejantes pero en modo alguno equivalentes a la propia persona, a la figura crítica y el enrolamiento positivo, la de la disyunción webleriana entre una ética de la convicción y una ética de la responsabilidad, la de la contraposición entre principios y realismo políticos, en fin, en un plano ciertamente más cercano al nudo de nuestras preocupaciones, la de la distancia entre el Hoederer de "Las manos sucias" y —en-

tre muchos otros— el Victor Hughes de "El Siglo de las Luces". Lo grave y la vez lo confuso era que ninguno de nosotros estaba seguro de que éramos efectivamente como Hoederer, ni ninguno de nuestros cuestionadores podía tampoco jurar que éramos Hughes. Esos modelos cristalizados nos quedaban en la inmediatez y a largo plazo nos quedarían sin duda muy grandes. Pero, ¿era todo un juego de posiciones, de corrientes subyacentes y de distancias críticas? Estamos seguros de que no. El recuerdo oportuno y compartido de la vieja preocupación por las relaciones entre ética y política nos impidió a todos ser totalmente fieles al canchero estructural que anticipadamente determinamos en función de lugares predeterminados. Sin ir más lejos, hoy seguimos pensando que hicimos bien en cooperar en la elaboración de ese discurso tan lleno de esperanzas y de deficiencias como fue el de Parque Norte. Ni decisiva, ni intrascendente, nuestra colaboración en ese y posteriores mensajes formó parte, junto con la contribución de otras personas —válidas o independientes— de un intento de otorgarle sentidas a la difícil construcción de la democracia en la Argentina.

Siempre lo hicimos en un marco de tolerancia —protegido por Raúl Alfonsín como un valor irrenunciable—, manteniendo los puntos de vista bajo el reconocimiento de que, sin integrar las filas del partido oficial, intentábamos expresar una inquietud de izquierda democrática. De ninguna manera nos arrepenimos de lo hecho: en circunstancias similares volveríamos a hacerlo.

## El discurso de Alfonsín en Parque Norte, cinco años después

# De aquellos sueños, estas realidades

Fabián Bosser

Conteniendo siendo fuente de preguntas sin respuesta, incógnitas y misterios diversos las razones y consecuencias, implicancias, significados y proyecciones del singular *liderazgo* político de Raúl Alfonsín, cuya figura sigue inquietando bajo distintas formas las letras de la historia de siempre en la Argentina.

Durante el seminario "El fin del comunismo, y ahora qué?" celebrado por la revista del partido socialdemócrata alemán *Die Zeit* hace un año, Henry Kissinger manifestó su preocupación respecto al destino de las reformas en la URSS: "no sabría decirle si Gorbachov pasará a la historia como un gran líder o simplemente como el mejor 'corredor de rodillos'; pues cuanto más corre, más rápido gira bajo sus pies el rodillo, pero no avanza un milímetro del punto de partida".

Algunos de quienes acompañaron de cerca al ex presidente argentino —trabajando junto a él la reflexión de lo que una marcha inédita de apertura y refundación institucional significaba como rumbo histórico— tuvieron, allá por 1985, una sensación (¿presenimiento?) más vibrante; cuando se venían uno a uno obstáculos y murallas de granito que parecían intocables: algo así como "el cielo caiga".

Que se estuviera tratando la cuerda más "lo admisible", avanzando en territorios prohibidos, concretando hitos imposidos y conquistando espacios para la sociedad

sin modificar el punto de apoyo de las fuerzas que lo habían posible. Sin correr el eje de un péndulo sinietro del pasado nacional.

En algún momento, se presumía, las resistencias al cambio deberían detestarse como reacción aún más incombible a la revolución democrática que se estaba produciendo, y hacer saltar por los aires el incipiente edificación.

Antes de que ello ocurriera había que lograr una masa crítica con la fuerza suficiente para atravesar el tránsito entre "lo viejo que no terminaba de morir y lo nuevo que no terminaba de nacer". Surgió así el *relato de la transición* como construcción simbólica de una nueva identidad colectiva; tallando en la historia, fundamentando una continuidad institucional asentada en el cambio de estructuras y comportamiento.

Esta ha sido la singularidad —una capacidad todavía inexplorada— del discurso político inaugurado por Alfonsín. El relato histórico como función del discurso expone una abigarrada síntesis del drama argentino, resume en su transcurso la crisis aguda de sus modelos y proyectos pasados, refleja sensaciones y vivencias compartidas, ofrece una concentrada muestra de los sueños y frustraciones (en términos de valores, fragmentos de "veces" del imaginario social) y aloja en su seno categorías y definiciones que —en su momento— permitan prefigurar lo que vendría con un *corpus* de ideas anticipatorias que contienen un carác-

ter desarrollador frente a esquemas tradicionales de enunciar "lo político".

Una mañana de domingo divide cronológicamente la década del 80 en dos. El 1º de diciembre de 1985 el presidente pronunció con lectura acelerada una de sus más cuidadas piezas discursivas. Oficiaban de sorprendidos testigos, en las instalaciones del complejo recreativo de Parque Norte, los delegados al comité nacional de la Unión Cívica Radical. Había sido la culminación de un delicado proceso de análisis y elaboración iniciado meses antes, robándole minutos y horas a reuniones de gabinete y asuntos de estado, pelándole "recursos" a las urgencias para dibujar escenarios y estrategias más allá de lo inmediato. El documento fue concluido al filo de la medianoche anterior a su difusión pública, con un Alfonsín que acababa de regresar de Fox de Iguazú en uno de sus habituales periplos.

Contra esas horas tempranas bajo el título *Convocatoria para una convergencia democrática* pretendían explicitar las bases de un nuevo tiempo histórico. Traducir en un documento filosófico, político y doctrinario la multiplicidad de fenómenos que la propia experiencia de gobierno describía y provocaba. Casi no hace falta recordarlo: habían ocurrido momentos que fuera una suerte de veblenizar el sistema, los pares de la CGT, cambio de equipo económico y el lanzamiento del Plan Austral; las primeras elec-

ciones de renovación legislativa, la consulta por el Beagle y el juicio a los ex-comandantes que se hallaba en su etapa final. Eran tiempos de euforia y positiva experiencia; tiempos del discurso épico, del "nunca anterior"; había que integrar cada uno de estos mosaicos nuevos y, sobre todo, había que dar cuenta de lo que ocurría dentro mismo de nuestra sociedad.

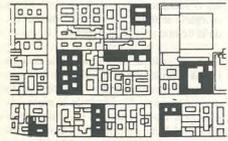
Cada una de las ideas-fuerza que el *relato Parque Norte* desarrollaba forma parte de un modelo para armar que la propia sociedad iba construyendo. El Pacto de Garantías (o pacto democrático) —de inevitables connotaciones neo-contractualistas— trazaba las reglas de juego básicas y el tablero compartido donde disminuir los conflictos.

Una teoría de la transición, en su doble condición: transición de régimen político, del autoritarismo a la democracia; y transición de estructura económico-social, hacia un nuevo modelo de país.

La Convergencia como instancia ideológica superadora de la refundación "partido o movimiento" que fuera una suerte de veblenizar el sistema, los pares de la CGT, cambio de equipo económico y el lanzamiento del Plan Austral; las primeras elec-

# Alternativas socialistas para Buenos Aires

### Coloquio sobre política, economía, y cultura para una ciudad en crisis



Iniciativa Socialista Institut Socialiste d'Etudes et de Recherches (Francia) Club de Cultura Socialista

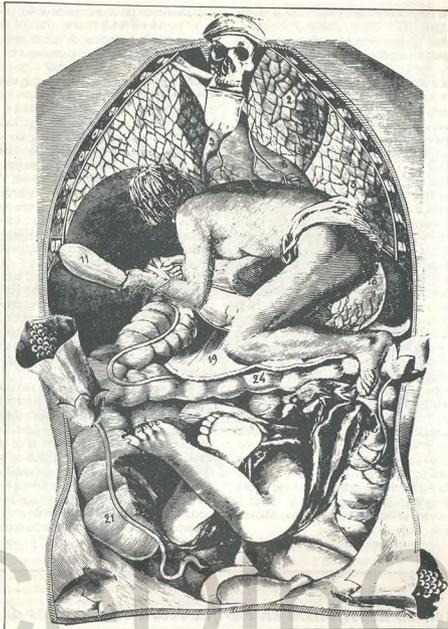
con la colaboración de la Fundación Friedrich Eberl

22, 23 y 24 de noviembre Biblioteca Obrera Juan B. Justo Avenida La Plata 85, Buenos Aires, 1990.

El trípode Modernización-Participación-Etica de la solidaridad, como contenido programático de contornos definidos y diferenciados tanto de un historicismo cristalizado en anonimidades irreducibles como del vaciamiento político del proyecto neo-conservador y las variantes posibilistas de los nuevos populismos.

Se trataba de un andamiaje teórico más complejo que el de una recuperación democrática tradicional. La tarea emprendida no consistía en una restauración sino en la construcción de una democracia como jamás nuestro país la había asentado; lo cual implicaba recorrer caminos nuevos, crear soluciones inéditas, replantear en profundidad los contenidos de una cultura política. Una labor autoeducativa y autoformativa y un esfuerzo por neutralizar no sólo a grupos u organizaciones explícitamente involutivas sino también a inadvertidas pero actuales inclinaciones autoritarias insertas en la mentalidad colectiva del país. En otros términos, a aquella primera administración democrática le cabría construir su legitimidad de ejercicio sobre presupuestos que trascendieran largamente a los de su legitimidad de origen.

Alfonso reitera estos contenidos de manera constante. Profundiza algunos conceptos (la reforma del estado



y de la constitución, la necesidad de un nuevo modelo de crecimiento, la integración regional latinoamericana, la crisis del capitalismo prebendario, el fin de los proyectos cerrados, etc.), los dedica a cada auditorio sectorial, frente a ruralistas y cooperativistas, docentes, jóvenes, militares e industrialistas, en sus mensajes al Congreso cada 1º de mayo, en su diálogo con la gente en las provincias, celebrando centenarios de ciudades con el espíritu de fundadores, inmigrantes y colonos; hablando en universidades extranjeras. Como una prédica destinada a los "tiempos largos" que —sin embargo— daba cuenta de las más crecientes necesidades. Y más cercano —eso sí— cuando describía situaciones que cuando explicaba los caminos.

Era como si estuviera aguardando los ecos del resto de la sociedad política. Ecos que nunca llegaron, como si lo hicieron las amenazas populistas, la avanzada de los factores de poder y el desgaste de una administración desbordada por la crisis.

El escaso debate que generó el discurso de Parque Norte tuvo siempre como centro "las contradicciones del alfonsinismo", su incapacidad para definir amigos y enemigos y generar alianzas sectoriales; su mirada abstracta de la democracia y de la ciudadanía, su voluntarismo, sociologismo o disociación entre las ideas y los hechos. Poco o nada hubo de mirada introspectiva frente a una propuesta destinada a una transformación estructural que el conjunto de los actores políticos reclamaba pero frente a la cual no se dio por aludido.

El Consejo para la consolidación de la democracia y una "convergencia programática" con minúsculos grupos partidarios fueron la única propuesta política institucional de aquel documento. Sin embargo, sus efectos dejaron una marca indeleble en

la experiencia del peronismo renovador y —obviamente— en la larga transición pendiente dentro del radicalismo. También en el lenguaje político que hasta los *speech-writers* del actual presidente utilizan a la hora de apelar a la conciencia colectiva de los argentinos; a esa "Argentina ausente".

El descalabro final del gobierno radical, la fractura del relato histórico, el fin de la transición, la disolución de lo político en las aguas de una economía enloquecida, permitían suponer un largo ostracismo para cualquier discurso movilizador que no afincara en un crudo y duro pragmatismo. Daba la impresión de que un documento como el de la Convergencia pasaría al abultado registro de proyectos truncos, producto de una etapa concluida y sepultada por una realidad donde "gobernaban los hechos".

Sin embargo, cinco años más tarde, al abrir la convención partidaria reunida en Mar del Plata en octubre último, aquel presidente soñador demuestra su empecinada vocación reiterando textualmente la propuesta de Parque Norte: la necesidad de ofrecer al país una propuesta de modernización y solidaridad, de reforma social, para consolidar la democracia.

Alfonso repite Parque Norte, pero —más aún— lo resignifica como radiografía crítica frente al reflejo cultural y a la reaparición de los viejos fantasmas con una nueva máscara fílmica. Paradójicamente, quienes lo criticaron por haber disuelto las contradicciones fundamentales y la lógica amigo-enemigo, tienen en la convergencia de fuerzas progresistas un instrumento que —sin haberlo querido— actualiza la lucha

de "la causa" contra "el régimen", contribuyendo a entender sutiles y complejos mecanismos de dominación y —por supuesto— ofrece propuestas de lucha comprometidas con la vigencia y extensión de la democracia.

Mientras tanto, puede que llegue el momento en que el amargo desincanto y las frustraciones por tantas expectativas insatisfechas dejen paso a la nostalgia de "un tiempo en el cual creímos". Y que el tan bastardeado lenguaje de las cosas concretas adquiera su verdadero contenido en la memoria colectiva: paréntesis de nuestra historia en el que filmes libres, ejerçamos el aprendizaje de la libertad se intentó un camino diferente y una forma diferente de gobernar nuestro país y trazar horizontes distintos y mejores.

El liderazgo reformista y fundacional de Raúl Alfonsín será referencia obligada para encarar las tareas pendientes o para reconstruir la "luz arrasada". Las estampas del pasado no logran encontrarle un parangón. ¿Tal vez Hipólito Yrigoyen? ¿Tal vez presidentes de intereseos civilistas entre dictaduras y luchas intestinas, como Gabriel Narutowicz en Polonia o Manuel Azaña en España? El propio Alfonsín ha llegado a comparar su presidencia con la primavera de Praga. ¿Deberá esperar lo que Dubcek para ver colmados sus anhelos políticos? Sin decisión de volver a caminar el país, como hace dieciocho años, en la lucha interna del radicalismo lo obligará a encontrar los eslabones perdidos.

Por lo pronto semejante sería un halago para él que se le dedicara en estos días aquella definición de Fernando Savater de Octavio Paz: "Su tarea de agitador y promotor de ideas no ha sido agotada, por suerte, la unanimidad del visorino sino la polémica que acompaña al proceso de ilustración. El que a sus años se le siga viendo más como un adversario que como un patriarca es índice de su vitalidad intelectual".

"Hemos cambiado el régimen político, instaurado la República y modificado la estructura orgánica del Estado —dirá al hacer balance de la obra de sus gobiernos—; hemos cambiado el régimen de familia, las relaciones de los padres y los hijos, las relaciones entre los cónyuges, la relación económica en el matrimonio; hemos cambiado el régimen de propiedad, variado el estatus religioso del país e instalado en su esfera propia a poderes y fuerzas del Estado que no siempre estuvieron en su lugar. Un balance impresionante que confunde con una revolución". ¿Esto qué es? se pregunta. "Esto ¿no es una revolución?"

Quizá —dan ganas, todavía hoy, de replicarlo—, pero si lo era y pretendía implantarlo sobre un fondo histórico de violentos contrastes, de miseria y de lucha de clases y dentro de las clases, en un momento de profunda crisis económica, habría sido necesario disponer de una amplia base social y de un fuerte instrumento de poder...

(Santos Juliá, historiador español, refiriéndose a Manuel Azaña, en El País 1.11.90)

# Reconstruir la comunidad universitaria

### Una propuesta para el debate

Taller de Temática Universitaria

Frente a la decadencia actual de la Universidad creemos que es necesario comenzar una reflexión sobre las posibilidades actuales y futuras de la conformación de proyectos políticos que permitan revertirla.

Puede escucharse hoy a militantes y dirigentes de agrupaciones políticas estudiantiles que realizan una autocrítica de sus modos de actuación desde el inicio del período democrático del '83 al presente. Señalan conductas que fueron y siguen siendo problemas importantes en la política estudiantil universitaria. Por una parte, se hace hincapié en la imposibilidad de pasar del plano formal en el que se encuentra la consolidación de las formas democráticas de representación gremial y cogobierno — a un plano de participación real del claustro. A este problema, agregan un rasgo característico de la actuación pública en la universidad que es la restricción a la militancia en agrupaciones, para acceder a la misma, a pesar de su insuficiencia como únicas instancias de deliberación y de conformación de proyectos. Por otra parte, también reconocen la ficción de la militancia, prácticamente reducida a la participación en "carnavales electorales". Esta ficción, admiten, refiere a una universidad inexistente y el poder de representación que de allí resulta es mínimo dada la insuperable separación con sus representados.

Otro punto que se pone de relieve, es como la demagogia y la "servicialización" de la política estudiantil provocaron ausencias importantes en los programas políticos, como las relacionadas con el nivel académico y algunas cuestiones de la vida cotidiana estudiantil. Y no sólo esto, sino también la tendencia a amar de "facilitar" las carreras (sacar materias, acortar cátedras) en detrimento de la calidad de la formación. Sobre todo reparan en la incapacidad de enmarcar estos problemas en función de un proyecto político, como así también, en la falta de credibilidad tanto de la militancia como de sus partidos.

Sin embargo, pareciera que esto —o basta, que los cambios que se proponen los emisores de esta autocrítica no fueran afirmaciones para que la universidad recurra a la capacidad de elaborar y confrontar proyectos para sí misma.

En las discusiones que pueden darse entre dirigentes y estudiantes independientes aparecen escolas que, en principio, hacen que estas cosas ya van muerta. Entre las dificultades para el diálogo encontramos características que reciprocamente se atribuyen los interocutores que se suponen evidentes en sí, sin más valor explicativo que el de descripciones objetivas. Por el lado del activismo político se llega a restringir los límites del problema de la participación a una cuestión de que, una vez conformadas las normas democráticas de libre agruamamiento y presentación a elecciones, la responsabilidad por el repliegue se relega a una dicotomía entre individualismo y compromiso (sin que este compromiso exceda la idea de

El Taller de temática universitaria, grupo de trabajo compuesto por estudiantes y docentes que funciona en el Club de Cultura socialista (todos los miércoles a las 20 hs) ha elaborado el presente material que resume las discusiones producidas en el reciente encuentro sobre "Valores presentes y valores pendientes en la política estudiantil universitaria". Al publicarlo deseamos estimular un debate aun insuficiente en torno a las políticas que se plantean las agrupaciones y tendencias estudiantiles y como un modo efectivo de "salir del entumecimiento en el que se haya inmersa la comunidad universitaria".

una decisión puramente individual que, a lo sumo, será incentivada). Así, la cuestión queda en el voto y la voluntad de agruparse, partidizarse. De esta manera, se silencia cualquier debate no sólo sobre estas formas de representación sino también sobre la posibilidad de crear instancias distintas que complementen las ya existentes formas de participación política. De un postulado en el que fácilmente se puede convenir sobre la necesidad de formas permanentes de representación y de la existencia de un compromiso individual en la decisión de participar en la acción política, se modifican estas formas y se cierra el debate con aquellos temas señalados, pendientes. En respuesta, los independientes que participan de este diálogo, inscriptos en el mismo marco de debate, hacen su propio diagnóstico del problema. El cuestionamiento no supera el señalar la ineficiencia de la dirigencia para cumplir su tarea: se le exige presencia y trabajo constante, "arribándole también responsabilidades plenas en la falta de soluciones políticas a los problemas concretos, así como también a la ausencia de debate. Sin embargo, estos reclamos no pueden ser sino un impedimento, si queda restringido a las actuales prácticas: agrupaciones, elecciones, representación.

Cabe aclarar que ninguno de estos mitos se reconoce, tal cual los hemos señalado, en la realidad; así que aparecen malizados en los discursos de unos y otros. Y no sólo eso, sino que, como es evidente, cada uno se apoya en elementos reales para llegar a caracterizaciones mediadas por sus propias convicciones anteriores.

Llamamos mitos a estas descripciones, a esta distinción entre "ustedes" y "nosotros", militantes y no militantes, dirigentes y dirigidos, porque remiten a un universo que los excede. Así, estos mitos adquieren un significado revelador, en tanto esa incomunicación señala un problema de identidades. Históricamente el rol del estudiante estudiantil asociado, algunas veces, a la posibilidad de lograr un acceso social como profesional, otras, a la participación de un proyecto político; lo que contribuía a la

existencia de un espacio de identificación colectiva.

Actualmente los únicos rasgos comunes son referencias generacionales al pasado, algunos códigos y contraseñas propios, la televisión, el exceptionismo y la incertidumbre sobre el futuro. Todo esto, lejos de contribuir a una identidad estudiantil, reafirma la idea de la inexistencia de la misma.

Los dirigentes estudiantiles, el movimiento estudiantil, entonces, pierden su calidad de tales, en tanto lo estudiantil deja de ser una referencia colectiva. De esta manera, se produce el enorme distanciamiento entre dirigentes y dirigidos, las "organizaciones de masas" no organizan a ninguna masa. ni la Universidad se puede dar proyectos para sí misma en plena época de crisis y cuestionamiento a su existencia desde sectores políticos conservadores.

Volver a entrar el debate sobre este problema, significa asumir su existencia y necesidad. También implica explicitar algunas causas y partiendo de estas, conformar itinerarios políticos superadores de la actual aridez del diálogo universitario.

En este sentido, la autocrítica de la militancia político-partidaria es un buen comienzo. Pero no es suficiente con un "acercamiento a la gente", porque si no existe una constitución ideológica de una identidad, difícilmente se pueda constituir una relación de representación sobre bases estables. La inclusión de los problemas académicos y de las cuestiones cotidianas no bastan, es necesario, además, pensar en un espacio de conformación de una identidad progresista y democrática como de apropiación diversa. Diversa por el pluralismo político de quienes busquen un consenso, pero también por los modos de apropiación. Es decir que, aparte de la instancia mediadora de las agrupaciones, exista la posibilidad de generar debates, de dar cabida a diagnósticos y críticas en espacios distintos de la confrontación electoral. No se trata de crear una "hipótesis de conflicto" para que exista participación, sino de hacer de una situación decidente, de necesidades y problemas cotidianos, un objeto de reflexión y acción.

Pero, ¿cómo contribuir a la construc-

ción de esta identidad común? Si bien este debate recién comienza, tal vez puedan arriesgarse algunas ideas. Partiendo de ciertas preguntas nodales tales como: la relación entre los modos estudiantiles en función de la facultad como lugar de convivencia, la relación docente-alumno en sus formas y contenidos, la calidad de la enseñanza, la funcionalidad de la universidad, su relación con el estado tanto en lo que respecta al presupuesto y a la inversión en educación, como la vuelta en esta relación de la universidad hacia el estado, el rol social de la universidad tanto en relación a acción social como al mercado y al sector privado, llegar a la creación de espacios de reflexión y de debate, de conocimiento y crítica (talleres y grupos de estudio sobre problemáticas específicas, publicaciones abiertas, actividades extra-curriculares pensadas en nuevos términos, etc.) que sean a la vez flexibles y permanentes, que den cabida a la diversidad de opiniones, sin cristalizarlas en una confrontación tribal. No es posible defender la universidad si quienes estudian en ella no cumplen ningún rol positivo, no es posible sostener la Universidad estatal si no relaciona el presupuesto y la inversión en educación con la "vuelta" de esta relación de la universidad al estado. Tampoco es posible legitimar las organizaciones políticas si la opinión de los estudiantes no cuenta. Si no existen espacios para la crítica y el debate, difícilmente se pueda tender un puente identificatorio entre militancia e independientes.

Este debate sobre el rol del estudiante, obliga a replantearse, desde un punto de vista distintos, nuevos y viejos temas. Pero también —y más allá y empezar a preguntarse por la conformación de la comunidad universitaria, a cuestionar la relación que se establece entre los claustros, la representación por claustros mismos, los modos de construcción de proyectos.

Sin embargo, pareciera que hemos olvidado un detalle importante: el tiempo en que se plantea la necesidad de este debate. Un debate de ¿cómo hacer política, en tiempo de crisis de la política?

Esta crisis está presente en todo pensar sobre lo público, en la dificultad de diagnóstico, de generar discusión, en las antinomias de la realidad que se presentan desalentando toda propuesta. Pero no puede justificarse el desganar, el desaliento, el exceptionismo, la pasividad, entre quienes se precian con una voluntad transformadora. Si no, que, por el contrario, exigen un esfuerzo para imaginar nuevos itinerarios y modos de acción política, nuevos espacios de participación, nuevos tipos de relación dentro de la universidad. Se trata de, a partir de la prueba y el ensayo, del debate y la crítica, comenzar a salir del entumecimiento en el que se haya inmersa la comunidad universitaria.

Taller de temática universitaria (Hernán Bonomo, Martín Caputo, Hernán Charovsky, Guillermo Jorge, Máximo Langer, Javier Parisow, Julián Varas).

## El centroizquierda en Argentina

## La búsqueda de una tercera vía

José Anicó

Continuamos publicando algunas de las intervenciones hechas en el coloquio sobre "Alternativas políticas para la crisis argentina" realizado en Buenos Aires por el Club de Cultura Socialista y el Institut Socialiste d'Etudes et de Recherches de Francia los días 22 y 23 de junio de 1990. La exposición de nuestro co-director corresponde al debate sobre "Crisis del estado y de la sociedad en América Latina, los países del Este y Europa" que contó con la participación de René Fregosi, directora del ISER, Claudio Ingerflom, Torcuato Di Tella y Beatriz Sarlo. Proseguimos así el intercambio de ideas sobre las posibilidades y límites del centro-izquierda en Argentina que iniciamos en el número 22 de LCF (Emilio E. Ipolo, Carlos Auyero, Carlos Raimundi y Héctor A. Bravo), número 23-24 (Isidoro Chersensky) y continuaremos el número próximo con la presencia de Juan Carlos Portantiero.

## Caducidad de una herencia

El colapso de los estados de Este y la liquidación de la herencia de 1917 fue tan súbita e inesperada que ha sumido a la izquierda y al movimiento democrático latinoamericano — que tuvo siempre una actitud de inocultable simpatía por la experiencia soviética — en un desconcierto profundo. Ocurrir como si todo debiera pensarse de nuevo, como si formas históricas de pensar los procesos de transformación hubieran caído, como si las nuevas formas aun no pudieran ser imaginadas. El pensamiento de izquierda parece tener una realidad que se reconstituye sobre bases insolidarias y no acierta a plantearse la verdadera pregunta. Si la herencia de Octubre está en liquidación que queda o quedará de ella? ¿Qué ha dejado como experiencia histórica?, ¿cómo habrán de conformarse esas sociedades y esos estados más allá de la espuma que arrastra una ola tan impetuosa, tan vertiginosa, que permite caracterizarla como una verdadera revolución política? A su vez, ¿quién y cómo recogerá los valores de solidaridad, fraternidad y justicia social que la disipación del comunismo deja vacantes?

Una parte de la izquierda latinoamericana, de matriz populista, socialista o trotskista, ha adoptado posturas que van desde saludar lo que insisten en ver como la "recuperación" por los obreros de una revolución que la burocracia les confiscó, hasta quienes se enojan de hombres afirmando que ellos siempre lo habían predicho. Tantos unos como otros se niegan a aceptar que buena parte de lo que han venido sosteniendo hasta ahora se ha derrumbado junto con las piedras del muro de Berlín.

El agotamiento del comunismo como teoría y como práctica tiene implicaciones directas y profundas sobre el pensamiento de la izquierda latinoamericana. No únicamente sobre las formaciones marxistas-leninistas, sino también sobre aquellas otras que no se reconocen en esas constataciones ideológicas, pero que sin embargo abrevan en las ideas que el expansion continental de la experiencia bolchevique puso en circulación desde 1917. Y la tiene por la ra-

zón elemental de que esta crisis erosiona hasta desintegrar una visión de la sociedad y del estado, de sus modalidades de cambio y de los sujetos sociales con capacidad para llevarlos a cabo, coincidente, por no decir idéntica, de la que puso en circulación el comunismo a través de la Tercera Internacional.

La característica aun inmodificada de esta izquierda es que se concibe a sí misma como revolucionaria y al proceso revolucionario como un acto, un punto de arranque de una reconstitución global de la sociedad desde el estado. Si el socialismo de la primera izquierda era profundamente socialista y desconfiaba del otorgamiento al estado de funciones que quería rescatar para la sociedad, la que nace en América Latina como fruto de la división del movimiento obrero mundial es esencialmente *estadista*. Piensa que a partir del control del aparato de estado es posible dinamizar las dos grandes propuestas cuya realización define la esencia de un proceso revolucionario. En primer lugar, una visión alternativa de la democracia a partir de la cual se rechaza a la llamada democracia liberal como meramente formal y se defiende una democracia que se quiere sustancial, pero que no requiere del consenso para sustentarse. No por que se desconozca teóricamente su necesidad, sino porque se lo desconoce a través de mecanismos plebiscitarios. La "plaza", no el sufragio, es la institución que define la sustancialidad de la democracia. La legitimidad de ésta emana únicamente de sus propósitos y no de una efectiva y verificable soberanía popular o ciudadana. En segundo lugar, una revolución sólo podía ser cabalmente tal si emprendida con firmeza un camino de crecimiento económico fundado en la apropiación por el estado de las riquezas fundamentales de cada país y aún de los medios de producción. En la capacidad planificadora del estado residía la posibilidad de superar el tal modo una irracionalidad que era consustancial de las economías capitalistas. La

verdad de estas certezas se fundaba en la posibilidad de lograr en un tiempo perfectamente definible cambios sustanciales de la sociedad y un crecimiento económico muy superior al promedio de las economías capitalistas. En la posibilidad mundial de los "dos sistemas", el triunfo del comunismo dependía totalmente del tiempo. Y su triunfo, de carácter histórico-mundo, facilitaba a su vez el despegue de las economías no capitalistas en los países dependientes.

Como es obvio, la crisis de los países del Este destruyó todas estas certezas que, hoy lo sabemos, fueron consuetas sobre las ilusiones, pero también sobre la mentira, el ocultamiento de los datos, la deformación de los hechos. La aceptación incondicional de la democracia representativa en cuanto método y sistema, la universalización del principio democrático, al mismo tiempo que el rechazo del estalinismo económico, van juntos como componentes que unifican las distintas experiencias por encima de las insalvables diversidades nacionales. Y aunque sea prematura definir claramente los perfiles productivos y sociales que esos países tendrán en el futuro, nadie en su sano juicio puede imaginar un retorno a situaciones anteriores. Una transformación tan profunda como la que está ocurriendo en los países del "socialismo real" quita sustento teórico y político a una izquierda latinoamericana que, no importa su matriz populista o socialista marxista, hizo y aún sigue haciendo de esas dos ideas centrales el núcleo irreducible de sus propuestas programáticas.

## Tradicón y modernidad en la encrucijada

La comparación entre ambas regiones, entre esos dos extremos de Occidente que son Europa Oriental y América Latina, es no sólo posible sino también útil porque ilustra

acera de problemas irresueltos de la modernidad. En ambas regiones hay una grave crisis del estado y de la sociedad y ambas se enfrentan a la compleja tarea de emprender reformas aptas para asegurar, en el marco de democracias estables, un crecimiento económico a la altura de las demandas crecientes de sus sociedades. Además, los referentes políticos y culturales con los que hasta hoy se había encarado esta doble tarea se han desintegrado y no existe ni en el pensamiento ni en la acción de la izquierda una alternativa clara y convincente respecto de las propuestas neoconservadoras. Crisis de la realidad y crisis de la teoría, en resumen.

Por su condición histórica, por ser confines de un Occidente en vertiginoso proceso de cambio, el centro del debate político e ideológico en ambas regiones ha girado históricamente en torno a la relación posible de establecer entre una modernidad que aparece como inevitable y una tradición que debe ser transformada, pero en modo alguno abandonada.

Si volvemos la mirada hacia el pasado y recorremos la experiencia de ambas áreas del mundo, podemos reconocer que los cambios de similitud que se han patentado fueron, en realidad, expresiones distintas y variadas de este gran tema. Más aún, se puede afirmar sin temor a ser contradictorio, que el tema de la relación entre modernidad y tradición estuvo siempre en el centro del pensamiento socialista latinoamericano al igual que en el nuestro. Este es el motivo por el que resulta posible encontrar con facilidades aproximaciones, similitudes y hasta coincidencias sorprendentes, en las tradiciones del pensamiento social de ambas áreas. Por esa razón, para dar un ejemplo, los voceros de la Internacional Comunista cuestionaron las ideas de Mariátegui acerca de la funcionalidad de la comunidad indígena peruana para un proyecto socialista titulado de "populista", o sea, utilizando una expresión correspondiente a un movimiento social del que Mariátegui conocía muy poco o nada y con el que no tuvo relación alguna.

Es interesante comprobar hasta qué punto igualdad o similitud de situaciones provocó igualdad o similitud de respuestas teóricas y para el caso sigue siendo una lectura provechosa y saludable el tal citado libro de Alexander Gerschenkron sobre el atraso económico en su perspectiva histórica. En definitiva, lo que mancomuna ambas regiones de la periferia de Occidente es la ambigüedad de sus respuestas frente al problema de la modernización capitalista y al tema de la modernidad en general. Por razones diversas andaron en ambos mundos fuertes resistencias a una modernización de signo crudamente capitalista, a un individualismo salvaje, sin límites ni fronteras.

El ingreso de América Latina en la corriente de universalización de la democracia en los años 80, este hecho singular que precedió en una década lo que hoy ocurre en los países del Este, debería ser visto como una clara señal de que los países de la región están preparados para atravesar, en la década que se inicia, los "umbrales" de la modernidad? Entre mantener una situación que los

ha conducido a una crisis sin precedentes, y acoplarse al modelo de desarrollo que le propone Occidente con los penosos costos sociales que éste supone, están en condiciones de escoger un camino autónomo?

Plantadas las preguntas en estos términos, las respuestas no pueden hoy ser positivas. No hay demasiados indicadores que permitan afirmar que esta preparación existe, o abrigar esperanzas de que un futuro próximo se la logre. Por lo que observamos, se hace simplemente mención algunos hechos, lo que se está produciendo en América Latina es un profundo cambio de tendencia en un sentido negativo. Si a partir de la condición de países periféricos que en la primera y en la segunda posguerra encarrilaron procesos de industrialización, los países de la región fueron considerados como sociedades "en desarrollo" o "en vías de desarrollo", hoy es evidente para todos que es una región de países estancados o en regresión. De fuertemente importadora de capitales América Latina se ha convertido paradójicamente en exportadora de capitales no obstante la crisis profunda por la que atraviesan sus países. Como tantas veces se ha dicho, entre nosotros está operando un plan Marshall "al revés". El bloqueo de las perspectivas de crecimiento, el estancamiento económico, la desintegración del tejido social y cultural, los fenómenos de generalización de la delincuencia y del narcotráfico (hasta el punto de permitir la formulación machabona de una "civilización de la cocaína"), la pérdida de fe en el futuro, la crisis de los estados nacionales, la sensación generalizada de que nuestros países no tienen lugar en un mundo en recomposición, todos estos hechos negativos tienen la vida nacional y el estado de ánimo de sus pueblos.

## Los límites de la democratización

Una caracterización como la que acabo de esbozar no por su misma menoscua parecería ser incompatible con el avance de los procesos de democratización alcanzados en los '80. Como una demostración más de la media verdad de aquel postulado que establece una relación causal y necesaria entre los procesos de democratización y los procesos de crecimiento económico, América Latina vuelve a presentar una nueva paradoja al mundo, un nuevo desafío a las verdades acaudadas, encerrando la democratización de sus regímenes políticos en momentos de profunda regresión económica de la región y de metamorfosis del mercado mundial. Una situación semejante plantea más preguntas que las que está en condiciones de responder. Porque resulta improbable una consolidación de estos procesos sin una cierta capacidad de resolución o por lo menos de neutralización o atenuación de demandas legítimas de la sociedad. Salvo que en favor del sostén a todo costo de las instituciones representativas se acepte de hecho el camino de la separación cada vez más pronunciada entre sistema político y sociedad civil, como hoy ocurre en todos los países de la región. Pero en tal caso, si se mantiene y abraza esta situación, ¿hasta qué punto la llega entre participantes y no participantes de estructuras de poder cada vez más coradas sobre sí mismas no ha de volverse necesariamente catastrófica y destructiva? ¿Sobre qué razonamiento de teoría política puede basarse quien está dispuesto a defender la peregrina idea de una prolongación ad aeternum de esta paradoja? Si no es posible concebir procesos de democratización cada vez más avanzados con situaciones semejantes nunca pueden ser descartadas. Lo que es la democracia es el único camino que puede permitir a nuestros países latinoamericanos alcanzar la modernidad y con ella un sentido aceptable de su futuro. Es posible imaginar que con gobiernos de poderes excepcionales puedan superarse las más penosas situaciones de hambre y de miseria. Pero ninguna otra forma de resolución de los



Los problemas económicos podría estar en condiciones de colmar el hambre en infinita de justicia y de libertad que tienen los pueblos latinoamericanos. Ni atajos ni hombres providenciales pueden sustituir una empresa que requiere de más política responsable y de más compromiso ciudadano y popular para poder ser llevada a cabo con efectividad real.

## Relaciones entre democracia y modernidad

Pienso que es preciso arrancar de este reconocimiento porque sólo así la constitución de una democracia política, es decir, la creación de un conjunto de instituciones y de prácticas a través de las cuales puede llegar a sostener decisiones legítimas, compartidas por una comunidad determinada, sólo de este modo, repito, puede ser concebida como un camino que conduce a la reconstrucción del estado, pero también, y en primer lugar, a la construcción de las propias sociedades nacionales.

Según esta perspectiva el problema de las relaciones entre democracia y modernidad, o dicho de otro modo, entre la consolidación de la democracia y la integración de América Latina en el mundo moderno, adquiere un carácter decisivo. Y en torno de estas relaciones debe girar el debate, o más bien la investigación y la búsqueda, de todas aquellas fuerzas que piensan que es posible encontrar caminos propios para resolver la grave crisis por la que atraviesan nuestras sociedades.

Pero integración tiene una significación no unívoca, quiere decir muchas cosas a la vez y dejar una de lado en favor de otras conlleva mutilar el concepto porque en de-

finitiva ninguna de sus acepciones tiene que ser contradictoria con las demás, cuando se habla de integración de América Latina en el mundo no se habla solamente de una integración internacional de América Latina en la corriente dinámica del mundo moderno. Tampoco se habla exclusivamente de una integración regional tendiente a superar las divisiones nacionales y a permitir las mejores condiciones para una cooperación en escala más amplia de los países latinoamericanos. Se habla también, y es esta la acepción sobre la que debería ponerse el acento puesto que siempre es dejado de lado, de integración social, o sea, de la superación de la división entre quienes están integrados y reciben sus beneficios, y quienes no lo están y sufren las consecuencias.

## Necesidad de una perspectiva continental

La América Latina que debe quedar atrás, la que hoy debe ser superada, es ese inmenso hinterland dividido, compartimentado en estados nacionales incapaces de encarar profundos caminos de reformas; estados cada vez más obsoletos y agotados frente a las dificultades que plantea cualquier alternativa europea para los socialistas europeos nos enseña el proceso de unificación europea es la imposibilidad de imaginar proyectos de reformas en un estrecho marco nacional. El tipo de estructuración de las economías mundiales, y de integración de las economías nacionales a las economías mundiales, plantea los límites insuperables de todo proyecto de reformas europeas encarrado dentro de esos marcos nacionales. Las posibilidades de las grandes reformas sociales en Europa dependen del proceso mismo de unificación y de las fuerzas políticas y sociales que lo dirigen. Por esta razón la idea de la reunificación de la casa europea es para los socialistas europeos consustancial a sus propósitos de ofrecer una plataforma continental a los programas de reformas. Sin esa reunificación no hay posibilidad alguna de implementar cambios significativos.

Si después de un largo y conflictivo camino socialista europeo ha llegado a esta conclusión y se abre para él una etapa de renovación teórica y programática que lo habilite para afrontar los nuevos desafíos que genera la unificación europea, ¿por qué los socialistas latinoamericanos deberían privarse de explorar caminos similares? Y más en general, ¿cuáles son los obstáculos que impiden a los socialistas latinoamericanos la búsqueda de una integración que todos consideren necesaria? La unidad europea puede ser un hecho porque existió una firme voluntad que animó a las élites políticas e intelectuales. Es el resultado de la fe en el futuro y de la confianza en el mundo moderno, aceptaría quedarse con la tradición, defendiendo una causa perdida y descargando sobre los demás culpas que son también propias. ¿Pero es posible pensar que los procesos de democratización no han dejado saldo alguno en términos de un nuevo reconocimiento de la realidad? ¿No están apareciendo en la cultura y en la política fuerzas que todavía son débiles pero que pueden fortalecerse en el futuro y conducir de que sepan descubrirse? En la crisis de la confianza ilimitada en la revolución se encierra el error de un conocimiento más



acabado de los obstáculos que se oponen a cualquier política de cambio. En este sentido hay un reverso de la medalla y únicamente a aquellos que se proponen cambiar las cosas pueden y deben explorarlo con mayor cuidado y tesón que en el pasado. Las crisis acaudan o liberan. Hoy sabemos lo que ha quedado clausurado en América Latina; insistir en las visiones populistas, nacionales-populares o socialistas estatistas es una manera de quedar anclado en el pasado. Rechazar las alternativas conservadoras que se postulan como sustitutas obliga a pensar de otro modo a la sociedad, al estado y a la política. Y para poder pensar de otro modo es necesario volver a recorrer con una mirada distinta el intrincado problema de la relación entre modernidad y tradición que mencionamos al comienzo de esta exposición.

#### Tomar conciencia de las potencialidades

Algunas personas tienden a pensar que si uno indaga en la historia de nuestros países es mejor sostener que Iberoamérica está mejor equipada que el mundo anglosajón para sostener construcciones alternativas de la realidad social. Esta es la postura que defiende Richard M. Morse en una pequeña obra, pero cargada de sugestivas observaciones, que valdría la pena que los intelectuales y políticos latinoamericanos frecuentaran. Me refiero a *El espejo de Próspero* editado en español hace unos años.<sup>1</sup> Si esta hipótesis tiene algo de verdad, así es cierto que para nuestros países está abierta la posibilidad de construcciones alternativas de la realidad social, para el pensamiento crítico latinoamericano no puede haber otra tarea que la de imaginar, ampliar, dilatar la visión que se puede alcanzar de ta-

las posibilidades. También para él se le plantea el desafío de abroquelarse en el pasado o someterse al presente, como formas más o menos encubiertas de aceptar el status quo, o abrirse a esas posibilidades inéditas que la crisis hace aflorar. Se me podrá decir que la frase de Morse es apenas una profesión de fe, ¿pero qué otra cosa que profesiones de fe fueron por muchos años las apelaciones de los Altiero Spinelli y seguidores, para citar un ejemplo, que con voluntad, inteligencia y clarividencia contribuyeron a que la unidad europea fuera un proyecto verosímil?<sup>2</sup>

Si me permite una cita más, y esta vez de un sociólogo que conoce como pocos a América Latina y no es afecto a soñar con los ojos abiertos, me refiero a Alain Touraine y a su reciente libro *La palabra* y la sangre, podrán observar ustedes la coincidencia de sus conclusiones con las de Morse.

“La América Latina, como los países industrializados desde hora temprana... necesita por encima de todo pensar de nuevo en términos de desarrollo, aumentar su capacidad de actuar, tomar conciencia de sus posibilidades más allá que de sus dificultades, luchar por la inversión productiva y contra las desigualdades sociales. Si consigue transformar su modo de desarrollo mostrará al mundo que es posible salir del dilema en que hoy parece ese mundo estar encerrado: ¿hay que escoger la civilización de los países ricos, que consumen y derrochan locamente, cuyo poder crea desigualdades crecientes en el plano mundial y que hacen pesar sobre el planeta la amenaza de conflictos devastadores, o hay que encerrarse en la defensa de la identidad cultural de los países pobres, que conduce a dictaduras nacionalistas o teocráticas, cuando no lleva a la descomposición de naciones débilmente integradas? Tanto en sus debilidades como en sus fuerzas, América Latina siempre ha buscado una tercera vía, que combina croci-

miento económico y participación social. En el transcurso del último siglo, lo ha conseguido parcialmente, pero dejando subsistir inmensas zonas de exclusión y aceptando una dependencia demasiado grande respecto a inversiones extranjeras. La crisis ha destruido este edificio más brillante que sólido. Pero ¿no hay que continuar negando la opción devastadora entre el crecimiento económico y la participación social? Entre el orgullo occidental, convencido de ser depositario del único modelo de modernización, y el culto al mundo del ex Tercer Mundo encerrado en la búsqueda de una especificidad nacional más ideológica que real, América Latina ha intentado construir un modelo de desarrollo que combina la universalidad de la razón con la especificidad de las culturas.”<sup>3</sup>

#### Defender la posibilidad de una “tercera vía”

Tal cual lo expresa Touraine, el dilema que tiene hoy por delante el pensamiento social avanzado de América Latina y las fuerzas políticas animadas de una voluntad de cambio es compatibilizar dos principios que el pensamiento de derecha plantea como excluyentes. Saber combinar los procesos de crecimiento económico con la elevación de la participación social, supone abrirse a nuevos caminos, aceptar una “tercera vía” que se corresponde con toda una historia donde los principios de soberanía popular, de comunidad y de persona eran considerados valores a los que no se debía renunciar. El reto de imbricar estos valores con aquellos que privilegia la modernidad debe ser asumido por un pensamiento social avanzado que aún no accierte a escapar del desmoronamiento en que lo ha sumido la desintegración

#### Notas

<sup>1</sup> Richard M. Morse, *El espejo de Próspero. Un estudio de la dialéctica del Nuevo Mundo*, México, Siglo XXI, 1982. Véase el apartado “Pajas al viento” en pp. 184-220.

<sup>2</sup> Altiero Spinelli, militante de la izquierda italiana fue el dirigente más relevante del Movimiento Federalista Europeo, creado en la inmediata posguerra. Su línea política general defendía la idea de que una verdadera unidad europea no podía ser realizada simplemente sobre la base de las iniciativas de los gobiernos nacionales e independientemente de un impulso popular eficaz hacia tal objetivo. Antes entre muchos otros trabajos de uno cuyo título es por sí mismo todo un tema que los latinoamericanos deberíamos retomar: *El Europa non cade dal cielo*, Bolonia, Il Mulino, 1960.

<sup>3</sup> Alain Touraine, *América Latina. Política y sociedad*, Madrid, Espasa Calpe, 1989, págs. 452-453. [Por qué traducir de modo tan neutralizante la contraposición entre la “palabra” y la “sangre” que resume el título original en francés: *La parole et le sang. Politique et société en Amérique Latine?*]

**Identidad y Diferencia (A 170.000), Habermas, Identidades Nacionales y Posnacionales (A 96.000); el brillante Vattimo con su El sujeto y la máscara - Nietzsche y la liberación (A 283.000) y Girard, La ruta antigua de los hombres perversos (A 150.000). Estudios sobre la sociedad y su devenir en la historia son trabajados desde ángulos novedosos por el conocido T. Todorov, Cruce de culturas y aprendizaje cultural (A 225.000), R. Assies con el original análisis de La guillotina y la figuración del terror (A 192.000); R. Fossier explica La infancia de Europa (A 486.000, dos volúmenes). La dimensión social, esa bruma de la modernidad, es desmenuzada en su actualidad por el reciente visitante J. Petras, Estado y régimen en Latinoamérica (A 96.000); aunque no se queda atrás el sueco G. Therborn en Por qué en algunos países hay más paro que en otros (A 108.000). Dos bocados exquisitos para el final: la más completa biografía escrita sobre Ezra Pound debida a N. Stock (A 283.000) y la imponente de Dublin sobre sus cuatro grandes, Wilde y Joyce, Yeats y Beckett, en un penetrante estudio de R. Eilmann, Cuatro Dublineses (A 150.000). Más allá del margen y el borde existe una zona aún en actividad para pensar, una y otra vez, lo “posti” a pesar de la barrera ficticia del precio...**



# gandhi

Libros - Café - Foro Cultural

Montevideo 453 (1019) Bs. As, Argentina ☎ 46-1994

## La Ciudad Futura

Suplemento/9

### Walter Benjamin, el aguafiestas

De intelectual “aguafiestas” calificó Benjamin a Kracauer en una nota memorable. Precisamente porque su pasión era desenmascarar, quitar esas construcciones ideológicas que en el estado de clase tornan inhumano al ser social. Y a nadie como al propio Benjamin le cabía mejor el apelativo. Porque lo era en todos los sentidos, hoy, a cincuenta años de su muerte voluntaria, todavía no sabemos dónde colocarlo. Reconocido como una de las figuras principales de la filosofía moderna, su importancia polémica parece ser profundamente oscura y convertida. En realidad, por su vida y por su obra estuvo en el centro de tensión de diversas y contrastantes corrientes de pensamiento. Gershom Scholem, su amigo desde los años de juventud, estaba convencido que fue la influencia novicia de Brecht y de la letona Asja Lacia la que apartó a Benjamin de la metafísica y el judaísmo; Theodor W. Adorno responsabilizó a un marxismo incomprendido su inclinación por el materialismo burdo y la falta de dialéctica que creyó descubrir en sus escritos sobre Baudelaire. Brecht, a su vez, culpabilizó al Instituto de Frankfurt —en las personas de Korheimer y de Adorno— por obligarlo a corregir o a velar sus reflexiones. Unos rechazaban su marxismo, otros no soportaban sus metáforas teológicas y su judaísmo. Tensionado entre Palestina y Moscú, al margen de la carrera universitaria y de los grupos intelectuales, comunista sin partido y judío no sionista, Benjamin manifestaba simpatías por intelectuales tan dispares como el filonazi Carl Schmitt, el sionista Scholem o el marxista Brecht. ¿Un marginal incomprendido e irreductible o un pensador valiente y astuto que se propuso llevar adelante un proyecto propio en las circunstancias adversas de un campo cultural lacerado por la intolerancia y el espíritu faccioso? En el perfil biográfico que le dedica Julian Roberts se dice —y creo que con mucha razón— que la historia de su carrera intelectual es la historia de una lucha difícil y extenuante por plegar a ese proyecto propio estructuras organizativas insensibles y sordas. En este sentido, si su coraje nos sigue pareciendo admirable, no debemos dejar de reconocer lo aleccionador de su astucia.

Las dificultades para contornear con rasgos firmes su figura no se desprenden, en consecuencia, de una ambigua actitud suya que las justifique, sino más bien de una incomprensión generalizada acerca de sus propósitos, de la estrategia que se trazó en favor de una organización revolucionaria de la cultura. A diferencia de lo que algunos de sus críticos sostienen, nunca pensó que fuera necesario encerrarse en un aislamiento parnasiano para preservar a su investigación intelectual de cualquier interferencia profesional o de clase. Todo lo contrario, contó con ellas como dimensiones insuprimibles de una labor teórica y de difusión orientada a un público. Por razones ideológicas y políticas, pero también de subsistencia. Trabajó en distintas organizaciones porque siempre

visivo preocupado por insertar su obra en la práctica inmediata. Y no deja de ser emblemático que para graficar el sentido de su práctica intelectual y de las formas a utilizar para llevarla a cabo con eficiencia evocara, en alguna de sus cartas, la figura croniana del agente secreto. Dado que su propósito era tornar inutilizable para los historiadores burgueses a la crítica literaria, o a la historia de las ideas, se sentía obligado a trabajar en forma “ilegal” y “de incógnito entre los autores burgueses”. La intensa actividad de crítico militante que Benjamin desplegó desde fines de los años veinte, es decir cuando inicia su camino hacia el marxismo y el socialismo, no puede por consiguiente ser olvidada, menospreciada o ignorada, porque de tal modo se dejaría fuera buena parte de su labor y los nudos centrales de su reflexión permanecerían oscuros. No se podría advertir, por ejemplo, hasta dónde su obra sobre los pasajes de París —equivalente, en el espacio multiforme de las superestructuras, al análisis de la estructura de la sociedad moderna llevada a cabo por Marx en *El capital*— hunde su terreno nutricio en esa intensa actividad crítica de los fragmentos

cotidianos y dispersos de la modernidad. Lamentablemente, la casi totalidad de esta labor sigue siendo desconocida para los lectores de habla no alemana. Confiemos en que en un futuro no lejano la errática edición de sus escritos en español ceda su lugar a un proyecto más integral y exhaustivo de publicación de una obra cuya fragmentariedad alimenta muchas veces el equívoco. En el presente suplemento sólo deseamos estimular el deseo de una aproximación más cabal a su pensamiento. En los textos que hemos escogido se advierte con claridad la preocupación benjaminiana por definir la función intelectual en una época de crisis política. Pero por sobre todo resulta evidente hasta dónde la identificación con el modelo brechtiano significó en Benjamin el reconocimiento del proletariado como el destinatario y a la vez el demandante de la posesión de los instrumentos de la reflexión literaria. Hacer justicia a un pensador que en su vida y en su reflexión expresó el difícil tránsito a la política revolucionaria de un intelectual en los trágicos años de entreguerras obliga a admitir sin cortapisas aquellas dimensiones de su pensar que definen el sentido de toda su labor. Cuando la “caza al marxista”—ese nuevo fantasma que recorre el mundo— amenaza ser un modo burdo y trivial de disfrazar la incapacidad del pensamiento crítico para volverse práctica transformadora, rescatar el carácter militante de la crítica benjaminiana sigue siendo un modo de cuestionar la aceptación indiscriminada de lo existente. Un modo, en fin, de ser también como él, un aguafiestas.

José Aricó

# Un instituto alemán de libre investigación

Walter Benjamin



autoridad y su continuación un vivo interés. En las grandes democracias, especialmente en Francia y en América, la solidaridad del mundo de la cultura ha dado a estos investigadores alemanes algo más que un refugio. En América hay anexo a la Columbia University un "Institute for Social Research", en Francia l'Ecole Normale Supérieure incluye un "Institut des Recherches Sociales". Allí donde existe todavía una libre discusión científica, viene disputada en este ambiente de trabajo. Muchos motivos inducen a remontar esta discusión desde las muy recientes consignas y locuciones hasta los problemas fundamentales de la filosofía europea que no han sido todavía esclarecidos. El hecho de que aun no hayan sido aclarados se vincula estrechamente con el estado de emergencia social.

Este es el motivo de una discusión sobre el positivismo — sobre la "filosofía empírica", como se dice hoy — realizada por el Instituto en estos últimos años. La escuela vienesa de Neurath, Carnap, Reichenbach ha representado su interlocutor principal. Ya en 1932, en las *Observaciones sobre la ciencia y la crisis*, Horkheimer atrajo la atención sobre la tendencia tan característica para el positivismo, a considerar a la sociedad burguesa como eterna y a minimizar sus contradicciones, tanto las teóricas como las prácticas. Tre años después el ensayo *Sobre el problema de la verdad* coloca esta consideración sobre una base más amplia. La investigación toma en consideración el entero contenido de la filosofía occidental dado que la sumisión acrítica a lo subsistente que acompaña el relativismo del investigador positivo como su sombra aparece originariamente en Descartes, "en la unión de la duda metódica universal [...] con su sincero catolicismo" (*Zeitschrift für Sozialforschung*, año IV, núm. 3, p. 322). Dos años más tarde se dice: "La teoría en el sentido tradicional, instituido por Descartes, como opera en el ejercicio

de todas las ciencias especializadas organiza que emergien en conexión con la reproducción de la vida en el interior de la vida contemporánea" (*ZfS*, VI, 3, p. 625). En rigor, el hecho de tomar en consideración "el ejercicio" científico significa criticar el positivismo. No por azar se ha desinteresado de las cosas de la humanidad y le ha resultado tan fácil concluir un contrato de trabajo con los poderosos. "El girar en vacío de ciertas partes del ejercicio universitario del mismo modo que la sutileza inconcluente, la formación ideológica metafísica y no metafísica [...] su significado social, sin [...] estar verdaderamente de conformidad con los intereses de cualquier mayoría de la sociedad en la que valga la pena hablar" (*ZfS*, VI, 2, p. 261).

¿Qué esperanzas podrían nuevamente despertar, en particular, en el ejercicio científico, los estudiosos exiliados, desde el momento que su función más positiva — tutelar las relaciones internacionales entre los investigadores — es hoy impedida en tan amplia medida? Distintas ramas de la ciencia, como el psicoanálisis, están impedidas en muchos países; doctrinas de la física teórica son proscribas; la autarquía amenaza el intercambio intelectual, aunque sólo sea por motivos materiales; los congresos, que tendrían la finalidad de asegurarlos, están llenos de tensiones políticas no resueltas. La teoría se ha convertido en un caballo de madera y la universidades literarum una nueva Troya en la que los enemigos del pensamiento y de la razón han comenzado a salir de su escondite. Tanto más es importante contrastar el predominio de las relaciones actuales sobre la marcha de la investigación con la actualización de ésta último. Dicho intento es común en las contribuciones de la *Zeitschrift für Sozialforschung*. Sobre sus metas más precisas informa una discusión con el pragmatismo, que había anticipado tal actualización según su propia modalidad, en verdad bastante problemática.

Una teoría del conocimiento científico en América podría sobrevalorar sobre el pragmatismo mucho menos aun que sobre el positivismo. El pragmatismo se distingue de este último sobre todo por la concepción de la relación que mantiene la teoría con la práctica. Según el positivismo la teoría vuelve las espaldas a la práctica; según el pragmatismo debe convertirla ésta en su propio criterio. Según el pragmatismo la confirmación de la teoría por las prácticas el criterio de su verdad. En cambio para el pensador crítico, "la prueba, la demostración de que el pensamiento y la realidad objetiva coinciden" constituye "a su vez un proceso histórico, que puede ser obstaculizado e interrumpido" (*ZfS*, IV, 3, p. 346). El pragmatismo busca en vano no tener nota de estado de cosas histórico, haciendo de la primera "práctica" el mejor criterio del pensamiento. En cambio para la teoría crítica "las categorías de lo mejor, lo útil, lo oportuno" (*ZfS*, VI, 2, p. 261) con las que opera no pueden ser aceptadas directamente, sin reflexión sobre ellas. Dicha teoría concentra, en particular, su atención sobre aquel punto donde la conceptualización científica comienza a privarse del recuerdo crítico de la práctica social, para contemporizar con su sublimación. "En la medida que en lugar del interés para una sociedad mejor [...] ha penetrado el esfuerzo por justificar la eternidad de la presente, en la ciencia se introduce un factor de impedimento y desorganización" (*ZfS*, I, 1/2, p. 3). Tal esfuerzo tiende a aculterarse detrás de la apariencia del rigor conceptual; desalojarlo era la finalidad acorde con la cual eran tratados, en la revista, algunos de los conceptos fundamentales de la crítica del conocimiento y de la ciencia: los conceptos de verdad, de esencia, de demostración, de egoísmo, de "naturaliza" humana.

Quien ha sufrido un daño tiende a convencer a sí mismo y a los demás de la indiscutible legitimidad del propio ser y actuar. Esto ocurre también en toda emigración. El medio más saludable contra esta tendencia consistiría en buscar, en el daño sufrido, el derecho. No se puede afirmar que los intelectuales hayan previsto el futuro, y mucho menos que hayan liberado su camino. De la ciencia "positiva" que con tanta frecuencia se ha convertido en cómplice de la violencia y de la brutalidad, más allá de los titulares de sus cátedras, las miradas deben dirigirse a la "intelectualidad libre". Esta pretendía una forma de primacía que no le corresponde. La tarea que se plantea actualmente a los investigadores libres es la de considerar sus propios libros, a ellos reservados, de frenar el repliegue de la humanidad que se está verificando en Europa. Para cumplir esta finalidad "no tienen necesidad de la enseñanza académica en torno de su llamada posición" (*ZfS*, VI, 2, p. 275). Por otro lado, son igualmente poco suficientes las consignas, cualesquiera sea su proveniencia. "El intelectual que se limita a considerar con mirada arrodadora y a proclamar la fuerza creadora del proletariado [...] ignora el hecho" que la ausencia de un esfuerzo teórico que podrá también llevarlo, de manera tal vez útil, "a un temporario contraste con las

masas, vuelve a estas masas más ciegas y más débiles de lo necesario" (*ZfS*, VI, 2, p. 268). No es la sublimación del proletariado lo que puede disolver el nimbo imperial del que se han circundado aquellos que aspiran al milenio. En este conocimiento está ya implícito el objeto de una teoría crítica de la sociedad.

Los trabajos del Instituto para la Investigación Social convergen en una crítica de la conciencia burguesa. Esta crítica no proviene del exterior; aparece bajo la forma de una crítica. No está ligada al momento actual, sino que está dirigida al origen. Los trabajos de Erich Fromm le fijaron la cornisa más amplia. Sus investigaciones se remontan a Freud y, más allá, hasta a Bachofen. Freud ha indicado los numerosos estratos que se acumulan y entrelazan en la pulsión sexual. Sus descubrimientos tienen un carácter histórico; pero concuerdan con mayor frecuencia a la prehistoria que a las épocas históricas de la humanidad. Fromm plantea con energía el problema de las variables históricas de la pulsión sexual. (Análogamente, otros estudiosos del grupo plantearon el problema de las variables históricas de la percepción humana.) De la idea de las estructuras institutivas "naturales" Fromm hace un uso muy cauto; le interesa determinar el condicionamiento de las necesidades sexuales en sociedades históricamente dadas. Y le parece un error considerarlas en cada momento como homogéneas: "La clase dependiente debe reprimir sus pulsiones en mayor medida que la dominante" (*Studien über Autorität und Familie*, Investigación llevada a cabo en el Institut für Sozialforschung, París, 1936 [*Schriften des Instituts für Sozialforschung*], a cargo de Max Horkheimer, vol. VII).

Las investigaciones de Fromm comienzan a la familia como elemento de transmisión gracias a la cual las energías sexuales influyen sobre la estructura sexual. El análisis de la familia lo remite a Bachofen. Hace suya la teoría del condado particular de la familia, matrilineal y patrilineal, que en su tiempo Engels y Lafargue habían considerado como una de las mayores adquisiciones históricas del siglo. La historia de la autoridad, en la medida en que es la historia de la creciente integración de la coacción social por parte de la vida interior del individuo, coincide sustancialmente con la familia patrilineal. "La misma autoridad del pater familias se funda en última instancia en la estructura autoritaria de la sociedad en su conjunto. Respetto del hijo, el jefe de familia es ciertamente el primer mediador (desde el punto de vista temporal) de la autoridad social, pero (desde el punto de vista del contenido) no es el modelo de ésta última, sino más bien su copia" (*op. cit.*, p. 88). En la interiorización de la coacción social, que en la familia estrechamente patriarcal formada en la sociedad moderna assume un carácter cada vez más lúgubre, más hostil a la vida, la crítica de Fromm tiene su objeto más urgente. Su argumento principal es el que en el ensayo *Sobre El significado sociológico de la teoría matrilineal*, donde se dice: "Si bien hasta los más progresistas filósofos del Iluminismo francés se han liberado de la estructura sentimental y mental patrilineal, no obstante se vuelve profundamente super [...]. Los temas patriarcales y matrilineales [...] en la que los impulsos hacia una vida dedicada enteramente al trabajo derivan sustancialmente de una coacción económica, y sólo en parte de una coacción interiorizada" (*ZfS*, III, 2, p. 225).

Los trabajos de Fromm son verificadas por Horkheimer en un ensayo sobre la situación de la conciencia de quienes guiaron las luchas de emancipación de la burguesía. El autor llama a esta investigación sobre *Egoísmo y movimiento liberador*, una contribu-



Aquí fue el suicidio de Walter Benjamin

ción a la "antropología de la época burguesa". Su consideración de la historia de la emancipación burguesa traza un gran arco que va de Cole di Rienzo a Robespierre. El radio de este arco está determinado por una reflexión de la que es evidente su analogía con las obras antes citadas. "Cuanto más pura es la prevalencia de la sociedad burguesa [...] tanto más los hombres son recíprocamente indiferentes y hostiles". Pero "en el sistema de esa realidad egoísta la crítica al egoísmo se acomoda mejor que su abierta defensa, pues el sistema se apoya cada vez en la denegación de su carácter". En la edad moderna la relación de dominio ha sido ocultada, económicamente, mediante la aparente independencia de los sujetos económicos, filosóficamente por medio del concepto idealista de una libertad absoluta del hombre, e interiorizada por medio de la

domesticación y amortiguamiento de las exigencias libidinales" (*ZfS*, V, 2, pp. 165, 169, 172). Entre los pasajes más significativos del ensayo están los que el autor se empeña en reconducir a la espiritualización, la abundancia autoritaria solemne y también aséptica que es común a los movimientos revolucionarios de la burguesía y las energías de las masas desencadenadas dirigidas ya durante el movimiento "desde afuera hacia adentro" (*ZfS*, V, 2, p. 188). Esto aparece en particular en la experiencia de la revolución francesa. Las masas que ella había puesto en acción como fuerza instintiva histórica finalmente estuvieron muy lejos de ver satisfechas sus reivindicaciones. "Robespierre es un caudillo burgués [...] El principio de la sociedad que él representa está en contradicción con su idea de la igualdad general. La incapacidad para ver esta contradicción

imprime a su carácter, a pesar de todo su apasionado racionalismo, el sello de lo fantástico" (*ZfS*, V, 2, p. 209). De qué modo a esta fantasía se une el terror, y que interiorización es aquella que puede manifestarse como crueldad, son motivos que se esclarecen en una perspectiva histórica que se prolonga hasta la actualidad de nuestros días. En efecto, una serie de otros estudios desarrolla los mismos temas considerando fenómenos del presente. Hektor Rotweiler (Theodor W. Adorno) estudia el jazz como complejo sintomático social. Löwenthal se remonta a la prehistoria de la ideología autoritaria en Knut Hamsun; Kracauer analiza la propaganda en los estados autoritarios. Estos estudios tienen en común la característica de indicar, en las obras de literatura y arte, la técnica de la producción, de una parte, y la sociología de la recepción de la otra. De este modo pueden aproximarse a objetos a los que una crítica basada sobre el puro gusto no logra fácilmente acceder.

En el centro de un trabajo científico que se asume con toda seriedad se ponen los problemas metodológicos. Aquellos tocados aquí constituyen todos juntos el campo de otro área de problemas, concéntrica precisamente con la del Institut für Sozialforschung. En nuestros días los escritores libres hablan mucho de la "herencia cultural" alemana. Esto es comprensible si se considera el mismo con el que hoy es escrita la historia alemana, es administrado el patrimonio alemán. Pero no se ganaría nada si, por otra parte, aquellos que callan en la patria o que en el exterior pueden hablar por ellos revelasen la suficiencia de los herederos legítimos, si se pusiera de moda el injustificado orgullo de un *otro omnia mea mecum porto*. Porque en nuestros días las propiedades espirituales no son garantizadas más de cuanto lo son los materiales. Y los pensadores e investigadores que conciben todavía una libertad de la investigación tienen la tarea de distanciarse de un patrimonio de bienes culturales disponibles de una vez por todas, inventariado de una vez y para siempre. A los en particular les corresponde la elaboración de un concepto crítico de la cultura contrapuesto a aquel "afirmativo" (*ZfS*, VI, 1, pp. 174 y ss.). Como otras falsas riquezas, este último concepto deriva del período de la imitación del estilo renacentista. Mientras la consideración de las condiciones técnicas de las creaciones culturales, de su recepción y de su supervivencia crea el espacio para una tradición auténtica, a expensas de las cómodas convenciones.

La duda sobre "el concepto afirmativo de cultura" es una duda alemana y debe ser computada entre aquellos que se expresaron claramente al respecto y lo enunciaron con todo su peso en este mismo lugar (*Mass und Wert*, I, 4). "La derrota de la democracia — se separa — es tan peligrosa porque el espíritu a lo que ella se reclama está agonizando". Esta frase indica implícitamente de qué depende, en última instancia, la salvación de la herencia cultural, si consideramos los momentos del presente el resultado final es que todo "lo que ya fue alcanzado está dado solamente como algo que está en peligro y desapareciendo" (*ZfS*, VI, 3, p. 640). "Todavía es posible salvar del proceso de disgregación de la sociedad democrática, los elementos — vinculados a lo primordial y a sus sueños — no renegien de la solidaridad con una sociedad futura, con la humanidad misma? Los estudiosos alemanes que han abandonado su país no habrían salvado mucho y habrían tenido muy poco que perder, si la respuesta a esta pregunta no fuese un "sí". El intento de leerlo en los libros de la historia no es un intento académico.

(Walter Benjamin, *Críticas e reseñas*, Turín, Einaudi, 1979, pp. 284-292, Traducción del italiano por J.A.).



Algunas consideraciones a propósito de un radiodrama

## Dos géneros de popularidad

Walter Benjamin

Entre 1931 y 1933 Benjamín redactó tres radiodramas, uno de los cuales, *Qué leían los alemanes mientras sus clásicos escribían*, fue transmitido por radio el 16 de febrero de 1932 por la Funkstunde Berlín, es decir, apenas un año antes del ascenso de Hitler al poder. Culminaba así una experiencia que había comenzado en 1925 con la Südwestdeutsches Rundfunk escribiendo textos de crítica literaria, teatral y de costumbres, destinados a la lectura radiofónica. El modo en que encaró un medio nuevo para él da cuenta de su estilo de trabajo, escrupuloso y fino, abierto a la experimentación y de ruptura con los esquemas preconstituídos. Esta exigencia de profundización de las perspectivas teóricas y prácticas que la radiofonía ofrecía a los intelectuales se pone claramente de manifiesto en el escrito que incluimos y que explica los criterios a los que se atuvo para la composición de su radiograma. El clima político de la época, profundamente adverso a las ideas de izquierda, explica tal vez el cuidado extremo que puso Benjamín en eludir la terminología marxista que aparece recurrentemente en otros escritos del período, no destinados a los medios de prensa o de radio.

El radiodrama *Qué leían los alemanes mientras sus clásicos escribían* trata de tomar en cuenta algunas consideraciones fundamentales sobre ese género de popularidad al que la radio debe tender en sus transmisiones literarias. Al presentarse, desde muchos aspectos, en términos revolucionarios, la radio es o debería serlo sobre todo respecto a lo que se entiende por popularidad. En su vieja concepción, la vulgarización que no se distinguió para nada de aquellas a través de las cuales la investigación científica transmitía sus progresos a grupos especializados. La difusión destinada a la gran masa se efectuaba, por lo tanto, bajo las formas típicas de la difusión científica y debía renunciar, en consecuencia, a una metodología original propia. Le bastaba revelar el contenido de ciertas ramas del saber de una forma más o menos coloquial, y hasta quizás buscar puntos de referencias en las experiencias cotidianas, en el buen sentido de la gente. Pero todo lo que esto proporcionaba era siempre de segunda mano. La divulgación era una técnica subordinada, y lo demostraba la escasa estima de la que gozaba.

La radio —y ésta es una de sus consecuencias más interesantes— ha transformado profundamente dicha situación. Por efecto de la posibilidad técnica que ofrece de dirigirse simultáneamente a una masa innumerable de personas, la divulgación ha crecido más allá de su carácter de mera intención filantrópica y se ha convertido en una tarea que debe llevarse a cabo según leyes de forma y de modo que se diferencian de los viejos métodos no menos claramente que la moderna técnica publicitaria de los intentos del siglo pasado. La experiencia dice con precisión: la divulgación al viejo estilo se basaba en un patrimonio científico consolidado y experimentado, y lo ilustraba tal cual las propias ciencias lo habían desarrollado, dejando de lado sin embargo los razonamientos más difíciles. Lo esencial de este tipo de vulgarización era la omisión; en cierto modo, su esquema era el libro escolar, con sus partes principales impresas en letras mayores y las digresiones en letras más pequeñas. La popularidad muchísima más vasta, pero también mucho más intensa, que la radio se propone no puede sin embargo limitarse a este procedimiento. Requiere una completa transformación y un distinto empaquetaje del material del que parten ambos desde el punto de vista de la divulgación. Por consiguiente, no es suficiente seguir en cierto sentido el interés con algún toque de actualidad, para ofrecer después nuevamente, a quien pone con curiosidad su oreja, aquello que puede escuchar en cualquier serie de conferencias más o menos decenas. Se trata más bien de comunicar al escuchante la certidumbre de que su interés personal tiene un valor sustancial para la materia objeto de examen, y que sus preguntas, aunque no encuentren modo de expresarse en voz alta al micrófono, requieren de nuevas aproximaciones científicas. De tal modo la relación exterior que antes reinaba entre ciencia y divulgación es sustituida por un procedimiento



o nuevo que la propia ciencia no puede ya ignorar. Porque aquí se trata de una divulgación que ya no moviliza solamente la ciencia hacia el público, sino al mismo tiempo el público hacia la ciencia. Dicho de otro modo, el interés auténticamente popular es siempre activo, transforma la materia de

estudio y actúa también sobre la propia ciencia.

Cuanto mayor es la vivacidad exigida por la forma en la que se desenvuelve este trabajo didáctico, tanto más intransigente es la pretensión de que desarrolle en verdad un saber vivo y no solamente una abstracta, no verificable, vitalidad genérica. Por consiguiente, lo dicho aquí vale de manera particular para el drama radiofónico que tenga un carácter instructivo. En cuanto al argumento literario, no se combina mucho ni con diálogos artificiosamente contruidos mediante citas o extractos de libros o cartas, ni mucho menos usando de la dudosa audacia de poner en boca de Goethe o de Kleist, delante del micrófono, las palabras del que escribió el texto. Y dado que un modo es tan equívoco como el otro hay una sola vía de salida: encarar directamente la problemática científica. Y es esto precisamente lo que he intentado hacer con mi experimento. Los campeonos de la cultura alemana no intervienen aquí en persona, ni se han considerado justo hacer conocer una vasta gama de extractos de sus obras. Para llegar a la esencia se tomaron más bien intencionalmente los movimientos de la superficie. Se ha intentado, en efecto, ilustrar las escuchas sobre aquello que era tan difundido y popular como para permitir una tipificación: no la literaria, por cierto, sino las chécharas literarias de la época. Pero como estos debates en los cafés y en las ferias, en las subastas públicas y durante los pasos, influían de un modo no discutible sobre la evolución de las corrientes poéticas y de los periódicos, sobre la censura y sobre el mercado de libros, sobre la cultura juvenil y sobre las bibliotecas circulares, sobre el iluminismo y sobre el curantismo, manuvieron al mismo tiempo estrechísimas relaciones con la problemática de la investigación literaria progresista, que tiene siempre cada vez más a escrutir las condiciones que los acontecimientos de su tiempo ponían a la creación poética. Reconponer las chécharas sobre el precio de los libros, sobre los artículos de los periódicos, sobre los libelos o las nuevas publicaciones —por sí mismas de lo más superficiales que se pueda imaginar— es una de las tareas menos superficiales para la ciencia, desde el momento que esta reconstrucción póstuma impone una no fácil búsqueda sistemática en las fuentes de los hechos. En síntesis: este trabajo radiofónico se esfuerza por establecer el más estrecho contacto con las investigaciones que en los últimos tiempos se emprendieron en el ámbito de la así llamada sociología del público. Su más bella afirmación consistiría en convencer al experto no menos que al profano, aunque sea por distintos motivos; y con esto también el concepto de una nueva popularidad parece haber encontrado su definición más simple.

(Walter Benjamin, *Tre drammi radiofónici*, Turín, Einaudi, 1978, pp. 143-145, Traducción del italiano por J. A.).

## Benjamin en español



Sociedad, 1971. *Iluminaciones II. Poesía y capitalismo*, 1972. *Iluminaciones III. Tentativas sobre Brecht*, 1975) a los que se sumaron *Discursos interrumpidos I* (1973) y *Háschich* (1974) editados por Taurus, incluyen trabajos de fundamental importancia como las "Tesis de Filosofía de la historia", "Historia y coleccionismo: Eduard Fuchs" y las discusiones con Brecht, pero presentan los inconvenientes de una traducción deficiente de Aguirre, la ausencia de un imprescindible aparato crítico para situar esos escritos en el conjunto de las obras de Benjamin, y una cuestionable y excesivamente personal interpretación del significado y el valor de su pensamiento. Tal vez hayan sido estas limitaciones las que contribuyeron a malagar un esfuerzo editorial meritorio.

Hasta la publicación de *Ensayos escogidos* (una selección de trabajos tomados de los *Schriften*, editados por Suhrkamp Verlag en 1955), Walter Benjamin era prácticamente desconocido para el público de habla española. La selección, en una versión memorable realizada por Héctor A. Murena, fue publicada por Sur en 1967 en la colección de estudios alemanes que dirigían, entre otros, Eresmo Garzón Valdés, Rafael Gutiérrez Girardot y el propio Murena. Por primera vez se daban a conocer en español textos como los dedicados a Baudelaire, a Kafka, y a las famosísimas "Tesis de filosofía de la historia", que desde entonces merecieron varias nuevas ediciones.

La publicación de Sur fue en este sentido pionera, pues a partir de ella se suceden inintermittentemente distintas recopilaciones basadas todas en la edición alemana de los escritos preparada, como se sabe, por Theodor W. Adorno y Gretel Adorno. Su publicación, además, se produce en un clima político y cultural que favoreció una lectura de los textos de Benjamin que acentuaba sus aspectos críticos, y así lo hace constar el '68 incluyó a Benjamin entre sus héroes. Esto contribuyó a hacer conocer su nombre mucho más que a extender la lectura de sus obras.

Hasta 1967 lo poco que se conocía de Benjamin derivaba, tal vez, del ensayo que le dedicó Adorno en su libro *Prismas*, editado por Ariel de Barcelona en 1962 ("Caracterización de WB", pp. 244-259), o del capítulo final de la difundida *Historia social de la literatura y del arte*, de Arnold Hauser (Guadarrama, Madrid), titulado "Bajo el signo del cine" en el que recoge las ideas acerca de la función de la reproducción técnica en el arte, que Benjamin expuso en su celebrado ensayo. Fue la influencia de la lectura de Hauser la que condujo a que en los inicios de los sesenta, la editorial Pasado y Presente intentara el proyecto frustrado de la edición de "La obra de arte en la época de su reproducibilidad técnica", traducida por Enrique L. Revol.

Por esos años, la revista *Eco*, de Bogotú, publicaba algunas traducciones de sus escritos breves y daba a conocer al público de habla hispana la primera versión del magnífico ensayo biográfico que Hannah Arendt le dedicó ("Walter Benjamin: 1892-1940"). Este escrito será luego recogido junto a obras sobre Brecht, Broch y Rosa Luxemburgo, en un volumen publicado por Anagrama en 1971. La compilación del cual estos ensayos fueron tomados, *Hombres en estado de oscuridad*,afortunadamente ha sido recientemente editado en forma completa por la editorial Gedisa de Barcelona.

En los sesenta, la difusión amplia de los textos de György Lukács, cuya gravitación sobre el pensamiento de la izquierda intelectual fue dominante, se constituyó, a su vez, en un fuerte obstáculo cultural para que el pensamiento de Benjamin, no obstante el fuerte impulso que objetivamente le daban las sucesivas ediciones encapadas por Jesús Aguirre en España, pudiera expandirse.

La aparición de los tres tomos de *Iluminaciones* (*Iluminaciones I: Imaginación y*

signado por la desintegración del marxismo positivista, constituye la invitación a reeditar el legado benjaminiano y el argumento a partir del cual se hilvana una nueva lectura de sus escritos. Disueltos los obstáculos culturales que limitaban su expansión, junto al Benjamin crítico revolucionario y filósofo de la historia se despliegan las figuras del teólogo, el viajero, el niño, el amante y el coleccionista. Avanzando en el laberinto de una escritura —la vez sobria y enigmática, el lector de habla hispana aprende a perderse en los trabajos desconocidos como el autor en las calles de Berlín.

La publicación de los textos más expresamente autobiográficos desvían el camino de la hermenéutica de la obra benjaminiana al tiempo que sugieren las instrucciones para transitarla. En 1982 aparece en español, publicado por Alfaguara, *Infancia en Berlín hacia 1900*. Cinco años después, la misma editorial presenta *Dirección Única*, rara colección de pequeños fragmentos y borradores, que desafia, como casi todo el trabajo de Benjamin, la eficacia de las taxonomías y los límites de los géneros y que el autor dedicó, en 1928, a su fervorosamente amada Asja Lásic.

Puede agregarse a este conjunto de obras el magnífico relato de la estancia del berlinés en la capital soviética, *Diario de Moscú*, publicado por Taurus en 1988. Este trabajo es, acaso, el que de modo más elocuente ilustra, en singular amalgama de estética, filología y política, una técnica que distingue la mirada benjaminiana.

Los trabajos de Gershom Scholem son otro de los pilares sobre los que se edifica la interpretación contemporánea de Benjamin. De este autor, Península publicó en 1987, *Walter Benjamin: historia de una amistad*. En 1987, Taurus edita la abundante correspondencia que los dos amigos intercambiaron entre 1933-1940. El puntilloso cuidado con el que Scholem preparó estas ediciones permite acceder a una fuente de vital importancia para reconstituir el itinerario biográfico de Benjamin, no menos sinuoso que su obra.

Curiosamente, a la par que el éxito de sus trabajos se extiende, durante la década del ochenta pocos textos específicamente teóricos se agregan a la serie de traducciones. En 1982, la editorial mexicana Premia publica *Para una crítica de la violencia*, texto a partir del cual puede precisarse el tono particular de lo revolucionario como forma de la política adquiere en la voz del berlinés. Para completar el semblante del Benjamin crítico sólo se agregaron dos nuevas traducciones. La primera de ellas, publicada por Península en 1988 recoge su tesis doctoral de 1920. *El concepto de crítica de arte en el romanticismo alemán*.

El otro volumen es una compilación de trabajos sobre literatura infantil, los niños y los jóvenes titulado *Escritos* en la edición de 1989 de Nueva Espira. La misma editorial había publicado con el título de *Reflexiones sobre niños, juguetes, libros infantiles, jóvenes y educación*, en 1974, algunos de estos, pequeños ensayos. La nueva edición agrega entre otros textos "Abecedarios de hace cien años" y un estudio introductorio

del profesor turinés Giulio Schiavoni.

Algunas de las conferencias radiofónicas que Benjamin redactara fueron recogidas por el sello Icaria en un libro aparecido en 1988: *Berlín dominicano*. Según noticia consignada en el suplemento que el diario El País de España publicara en conmemoración del cincuentenario de la muerte de Benjamin, es de esperar que en el curso de este año pueda accederse a la traducción de uno de sus más importantes trabajos: *El origen del drama barroco alemán*. *El Trabajo sobre los pasajes* y el cuarto tomo de *Iluminaciones: Burgesia y Revolución*, esperan desde hace varios años completar el proyecto editorial de Taurus.

Aún en ausencia de la posibilidad de acceder al conjunto del corpus benjaminiano (posibilidad que, por otro lado, solo se realizó para el lector alemán después de quince años de accedida la muerte del autor) podrá el lector del castellano acceder a un numeroso conjunto de ensayos y exégesis referidos a Benjamin, los cuales, en mayor o menor medida, podrán colaborar en el boquete de un perfil del autor.

Entre los últimos ensayos de Adorno, Arendt y Scholem cabe mencionar a los menos célebres y valiosos como los de Jürgen Habermas ("Walter Benjamin: crítica conceptualizadora y crítica salvadora") y Susan Sontag ("Benjamin, el último intelectual"). Todos ellos definen el territorio en el que se desarrolla el debate actual sobre la obra y el pensamiento de Benjamin.

Los trabajos al referidos escritos originalmente en español no son numerosos. Existe una biografía, preparada por Silvia Pappel, profesora de la Universidad Autónoma Metropolitana de México, editada por el sello de esa casa de estudios bajo el título de *La mesa de trabajo, un campo de batalla*. El trabajo subraya el nomadismo melancólico del pensamiento del berlinés y espera encontrar en momentos singulares de la experiencia biográfica los nudos conceptuales que capturen el misterio de una escritura fugitiva. Otro profesor, español en este caso, J. F. Vvays, dedica tres ensayos de su compilación de escritos *Modos de Persuasión* (Península, 1988) a la figura de Benjamin. Los trabajos de Vvays evocan tanto en su "formulación" como en su "contenido" el duelo entre filosofía y literatura, ética y política que constituye la marca del estilo-Benjamin. Cual sí los objetos albergaran en su cuerpo el alma del motor que les ha dado forma, la obra de Benjamin perpetuó y reprodujo el *pathos* colectivista de su autor. Solamente almas tan febrilmente apañadas por el misterio de la letra impresa pudieran rescatar del poder de los cancerberos una producción que parecía definitivamente condenada al silencio.

El lector de habla hispana precisa también de la viveza del coleccionista para acceder a traducciones que gustan demorarse y que no siempre son felices. Conocerse de impresiones para coleccionar en español: he aquí lo que el coleccionista de Benjamin ha encontrado.

José Aricó  
Marcelo Leiras

Por un nuevo concepto de razón

## Marxismo y melancolía

Leandro Konder



Descosida de las doctrinas que nacen a la manera de Minerva, compleja y armada. Caeña en las que crecen con el tiempo.

(Machado de Assis, A semana, 1894)

**M**elancolía la palabra deriva del griego, *melankholía*, combinación de melanos (negro) y *kholé* (bilis). Designaba un estado patológico del hígado, que producía bilis oscura y acarrea depresión, malestar, irritación. Podía, también, llevar a la muerte: según Luciano de Samosata, el filósofo Empédocles, en la Grecia Antigua, se había suicidado, lanzándose al cráter de un volcán, a causa de una crisis de bilis negra. Evidentemente el melancólico es el *atrabilionario*, palabra de origen latino que significa exactamente aquél cuyo organismo está tomado por la bilis negra (*atra* quiere decir "negro" en latín).

En el Renacimiento, el aspecto que ha predominado en la figura del melancólico es menos el de la irritación que el de la depresión: el hombre de la bilis negra ya no está tan en el estado de guerra con la humanidad cercana a él, sino que se sumerge en su tristeza evitando la convivencia con los demás. En el grabado en que el genio renacentista de Alberto Dürero representó la *Melancolía* (un grabado que Benjamin admiraba mucho), la figura central aparece desilustrada de las actividades de los otros seres humanos; en sus ojos, con todo, ella todavía muestra inequívocos trazos de *clera* (palabra que, dicho sea de paso, también designa de la *kholé*, bilis). El arte barroco abrió camino para una diferenciación mayor entre el "melancólico" y el "atrabilionario". Para la sensibilidad de los hombres de la nueva época, cierta tristeza provenía, inevitablemente de la tema de conciencia, por parte del individuo, de los estrechos límites de sus fuerzas y de la profundidad de sus incertezas.

El romanticismo, (en la senda del barroco), "heroicizó" al melancólico. La melancolía pasó a ser considerada como coronación de la orgullosa independencia de un espíritu capaz de reconocer su soledad. Y Benjamin estaba, sin duda, profundamente marcado por el romanticismo. Michael Lowy examinó de manera convincente las marcas que algunos textos románticos dejaron en nuestro crítico. "Para Benjamin — como para muchos jóvenes intelectuales judíos de principios de siglo — el romanticismo era el punto de partida, el clima cultural decisivo, la fuente básica de valores y sentimientos". Las raíces románticas fortalecieron en Benjamin la disposición a aceptar la melancolía de su temperamento, que vino creciendo en él a lo largo de una trayectoria sufrida, atravesada por experiencias dolorosas. Al mismo tiempo, no obstante, esa aceptación de su propia melancolía se desdoblaba en una firme recusación de aquello que el mismo llamó, despreciativamente, "melancolía de izquierda", en su crítica a Erich Kästner y otros. Las ambigüedades de la melancolía exigían que el pensamiento la dominase, para que ella no viesiese a dominar al pensamiento. Caba a la reflexión distinguir, en el ámbito de la melancolía, lo que

precisaba ser digerido y asimilado, de un lado, y lo que debía ser repellido y recusado, de otro. La "melancolía de izquierda" de Kästner era inaceptable porque perturbaba el reconocimiento viril y la decidida transformación de la realidad. Ya entonces Charles Péguy — como refiere Hella Tiedemann-Bartels — merecía el respeto y la admiración de nuestro ensayista, porque era una "inmensa melancolía controlada".

**E**n un estudio clásico titulado *Duelo y Melancolía*, Freud llamó la atención sobre la fuerza de una relación mal resuelta del melancólico con el pasado; incapaz de liberarse del pasado, el melancólico es llevado a sentirse culpable por lo que sucedió. Esta situación patológica encierra, entre tanto, un muelle gremioso en el caso de Benjamin: él es melancólico, sufre y se siente culpable, impotente, en función de una apasionada identificación con la humanidad y con la lucha de los hombres por rescatar las energías libertarias soterradas en su pasado.

En cierto sentido la melancolía de Benjamin era parte de un movimiento por el cual la estructura sensible del yo asumía valientemente su dolor y con eso conseguía preservar, de algún modo, su unidad, reaccionando contra la escisión interior, contra una adaptación a la duplicidad o a la ambivalencia. Julia Kristeva observó ese tipo de fenómeno cuando escribió: "El afecto, deprimido puede ser interpretado como una defensa contra la fragmentación". Y agregó: "La tristeza reconstituye una cohesión afectiva del yo".

La desconfianza que Benjamin sentía en relación con las "mediaciones" de la dialéctica hegeliana, su necesidad de colocar el pensamiento en ligazón "inmediata" con las cosas (como si el pensamiento teórico, diése o mordiese la cosa, según la observación de Adorno) todo eso contribuía a que él se sintiese directamente vinculado a "los dolores y frustraciones acumulados por la humanidad y contribuía a que él — solitario, débil, derrotado — se sintiese corresponsable (culpable) por los fracasos de aquellos de quienes se sentía legítimo heredero.

Mas la defensa de la cohesión afectiva del yo, en Benjamin, no podía ser asegurada apenas por la tristeza. La melancolía, en el espíritu de nuestro autor, precisaba ser un tipo especial, para excluir el riesgo del efecto paralizador de la abulia y para combinarse con el impulso activo, transformador, del rebelde radical, del luchador. Precisaba ser una melancolía en la cual reapareciera el elemento desaparecido de la acepción original del término: la *clera*, la indignación de los justos (sin la dimensión patológica que ese sentimiento tenía en los "atrabilionarios").

El melancólico, para ser fiel a su tradición combatiente, era un "melancólico". La dedicación apasionada al combate era acompañada por retenciones que ayudaban a impedirle entregarse al entusiasmo acrítico que los revolucionarios sienten, con frecuencia, en relación con lo que están haciendo. La melancolía no se disipaba, pero debía asumir un carácter especial, transformándose en una "melancolía heroica", de acuerdo con las palabras de Ernst Fischer. Debía colocarse en sintonía con las exigencias de "venganza" de las clases sociales tradicionalmente explotadas, estimulándolas en sus movimientos contestatarios.

**B**enjamin constataba, melancólicamente, que no bastaba protestar: era preciso actuar, tomar iniciativas, ir a la lucha. El capitalismo nos sofoca, nos destruye, cabe a nosotros — sin ilusiones — movilizarnos contra él. Si no nos movilizamos para superarlo, estamos perdidos, porque — advierte nuestro autor — "el capitalismo no es a favor de muerte natural".

Para que esa movilización sea eficaz, para que las energías transformadoras de los seres humanos sean bien empleadas, hay un instrumento que no debe ser reconocido como imprescindible: la razón. Es difícil descartar sumariamente como irracionalista a un autor que escriba: "Todos los terrenos precisaban ser transformados en transitables por la razón, precisaban ser despejados de la soberbia, de la alienación y del mío".

Benjamin no era un irracionalista; no es casual, sin embargo, que algunos críticos haya entrevistado elementos de irracionalismo en su pensamiento. El se rebeló, muchas veces, contra todo aquello que le parecía constituir una formalización "congeladora" de la razón, empujando en el desenvolvimiento de una razón capaz de abrirse constantemente hacia lo "nuevo", capaz de mostrarse a una permanente revisión autocrítica, capaz de enriquecerse a cada instante en una ligazón profunda e ininterrompida con la vida. Y tal vez sea ese el aspecto filosóficamente más estimulante del legado de Benjamin: su fascinante aventura espiritual en la búsqueda apasionada de un nuevo concepto de razón.

Esá búsqueda — es claro — no podía darse de ser intrínseca e inevitablemente problemática: una razón que se pretende creadora y autocrítica permanente es, para sí misma, una cuestión abierta, una cuestión que jamás puede ser dada por resultado.

La razón que Benjamin buscaba se colocaba voluntariamente en una situación de extrema vulnerabilidad, renunciaba a cualquier tipo de coraza o escudo, para poder recibir los golpes de lo irracional y renovarse

a través de ellos. Era una razón masoquista, convencida de la necesidad de sufrir. Para no ser llevada a sublimar, inadverentemente, la riqueza de algún movimiento nuevo, llegado de fuera de su área, ella precisaba estar siempre dispuesta a despojarse de cualquier patrimonio suyo, propio, en una vocación de pobreza todavía más radical que la de San Francisco de Asís. Y las personas, frente a esta razón, casi inevitablemente se preguntaban: ¿en qué medida es ideal, por exceso de dialéctica, no acababa dejando de ser dialéctico? O, aún: ¿hasta qué punto es objetivo — de una razón tan drásticamente modesta — no terminaría por revelarse demasiado ambicioso? La dialéctica, como se sabe, rechaza el relativismo. Nada más natural, por tanto, que el dialéctico Benjamin se empujase en la búsqueda de una referencia al absoluto. La dialéctica depende de referencias que valgan por sí mismas, que sirvan de punto de apoyo seguro para el conocimiento que guía la *praxis*, que jerarquiza y establece prioridades en la acción transformadora. No habrá dialéctica en medio de un noche en la cual todos los gatos sean pardos. No habrá razón donde no haya base para que algunas cosas prevalezcan sobre otras. ¿Será, sin embargo, que la razón dialéctica sólo puede encontrar en la teología su imprescindible referencia a lo absoluto?

¿El absoluto proporcionado por la teología sería, finalmente, compatible con una dialéctica materialista? Una dialéctica que se dispone a ser enteramente consecuente, que no se detiene delante de cosa alguna y, justamente para no disolverse en el relativismo, recurre al absoluto, ¿proviene por la teología, en último análisis, no se estaría inviabilizando?

**T**ales objeciones, sin duda, no eran ignoradas por nuestro pensador. Podemos imaginar que él se había enfrentado con ellas innúmeras veces, escuchándolas con su proverbial paciencia, meneando la cabeza, sin dejarse convencer, más reconociendo que ellas manifestaban reservas legítimas, que debían ser tomadas en cuenta.

Podemos suponer que, en más de una ocasión, sus interlocutores le hubieron dicho, con respecto a su ideal de razón, lo que Ismael dice a Antígona, en la pieza clásica de Sófocles: "Estás corriendo detrás de lo imposible". Y podemos suponer que Benjamin les hubo respondido con las mismas palabras que Antígona empleó para responder a su hermana: "Pues entonces, / en la última frontera de lo posible, / desistiré".

(Leandro Konder: *Walter Benjamin, o marxismo da melancolia*, Rio de Janeiro, Campus, 1988, Traducción del portugués por M. L.).

Suplemento/9

Este suplemento fue preparado por José Arieo y Marcelo Leiras.

In Memoriam

## Reencontremos la dimensión utópica

Alberto Flores Galindo

**Q**ueridos amigos: El 3 de febrero del año pasado fui asaltado sorpresivamente por una dolencia: un glioblastoma multiforme en el lado izquierdo del cerebro. En otras palabras: un tipo poco frecuente de cáncer que por su difícil diagnóstico y ubicación requería un tratamiento fuera del país. Gracias a los amigos pude viajar para tratarme durante dos meses en New York (Presbyterian Hospital). Tiempo después tuve que regresar una semana más a ese mismo hospital.

Imaginarlo lo costoso que fue todo esto. A pesar de la buena voluntad de algunos funcionarios públicos, del seguro social peruano sólo recibimos promesas, que condujeron a dilatadas reuniones, trámites y pérdida de tiempo. El seguro social, además, apenas reembolsaría parte de los gastos. Durante varios meses, casi todos los días, debimos ir a una y otra dependencia, buscar los papeles. Parte de nuestra documentación se perdió; el resto daba vueltas por las oficinas y nosotros, entonces, también. Ese engaño lleva ya diez meses. Estuvieron, a pesar de todo, amigos y, excepcionalmente, algunos dirigentes nacionales que efectivamente viajaron y estuvieron conmigo, pero si un año no pudieran pasar de la intención. Esto, sin embargo, es lo que más vale. El mío no es un caso excepcional. Al seguro social no le interesa ayudar a nadie, dificultad intencional entre los trámites y la atención. El estado y su burocracia no sirven, habíamos.

En cambio los amigos sí. Por ellos pude viajar, hacer que me atiendan y enfrentar los males. La amistad aquí no es sólo una abstracción. Es un sentimiento cotidiano y efectivo. Sin la intervención espontánea de mis amigos no podría estar refiriendo esta historia, que me mostró la riqueza de la amistad. Experimentar eso que llamamos solidaridad. Muchos intervinieron e inmediatamente armaron un gran movimiento de solidaridad. Hubo desde quienes aportaron muy elevadas cantidades, hasta quienes entregaron las monedas que tenían en el bolsillo. Otros, sus visitas. Algunos sus palabras. Estuvieron también esos niños a quienes se les ocurrió llegar con sus propias. Más importante fue verles y compartir su afecto. Lo más movilizador fue la amistad. Conocidos y desconocidos de fuera y dentro del país han intervenido. De España, Francia, Inglaterra, Alemania y Estados Unidos llegaron colaboradores con ellos me he sentido no sólo peruano, sino parte de todos los países. En esos momentos en el Perú, cuando todo parece derrumbarse, rostro y solidaridad me mostraron otros rostros del país. Hubiese querido agradecer personalmente a cada uno.

No importa que no se haya podido derrotar al cáncer. Pero sí me ha resultado ineludible. Me aguará — tarde o temprano, en semanas más o menos — la muerte. Pero lo trascendente es el despliegue de apoyo que aún sostiene mi tratamiento y a mi familia, que acompaña a Cecilia, Carlos y María. En los momentos más difíciles. La solidaridad moral es importante. Los amigos llegaron incluso a vigilar mi recuperación en el hospital, apoyaron a mi esposa,

A los 40 años, el 27 de marzo de 1990, Alberto Flores Galindo, historiador, maestro y amigo falleció en Lima. Su agonía recuerda la de su admirado Mariátegui, al que le dedicó un conjunto de trabajos imprescindibles. En la carta que dirigió a sus amigos y compañeros poco antes de morir se pueden encontrar los ecos de la respuesta que Mariátegui dio a la encuesta que le hiciera Angela Ramos: "Soy un alma agónica como diría Unamuno. (Agonía, como Unamuno con tanta razón lo remarca, no es muerte sino lucha. Agoniza el que combate). Hace algunos años yo habría escrito que no ambicionaba sino realizar mi personalidad. Ahora, preferiría decir que no ambiciono sino cumplir mi destino. En verdad, es decir la misma cosa. Lo que siempre me habría aterrado es traicionarme a mí mismo. Mi sinceridad es la única cosa a la que no he renunciado nunca." Quienes compartimos su amistad deseamos rendirle un homenaje, no porque necesariamente coincidamos con las ideas y posiciones que en su carta defiende, sino porque nos sentimos identificados con el espíritu que la anima y los valores que la nutre; los valores y espíritu de una sociedad sin oprimidos ni opresores. J.A.

atendieron y cuidaron a mis hijos. Mi familia es pequeña, los amigos son muchos. He debido reubicarme, dejar a un lado mi habitual pesimismo. Descubrir la fuerza de la solidaridad.

Aunque muchos de mis amigos ya no incorporación de todos nosotros al orden establecido. Mientras el país se empobrece de manera dramática, en la izquierda duramos nuestras condiciones de vida. Dejaré a los años de crisis, debo admitirlo, gracias a los centros y las fundaciones, nos fue muy bien y terminamos absorbidos por el más vulgar determinismo económico. Pero en el otro extremo quedaron los intelectuales empobrecidos, muchos de ellos provincianos, a veces cargados de resentimientos y odios.

En definitiva, lo que nos resultará más costoso es haber separado moral de cultura. Socialismo es crear otra moral. Otros valores.

A pesar de algunos intentos y ciertos personajes minoritarios, hemos convivido con el despliegue del autoritarismo y la muerte. La mayoría de los intelectuales y demasiados dirigentes políticos de izquierda hemos perdido la capacidad de vivir y sentir la indignación. Supimos de tantos enfrentamientos como el de Molinos, en el que se pensó y actuó. Lo que resulta quizá imposible sin una ruptura con esos tradicionalistas excesivamente ansiosos de poder, apenas interesados en lo que realmente sucede.

Sospecho que no hay tiempo indefinido. Desde el siglo XVI las culturas andinas excluidas y combatidas han podido resistir, cambiar y continuar. Fueron derrotadas al terminar el siglo XVII. Desaparece entonces la aristocracia andina, se combate a la sociedad rural, se deporta y extermina a sus

blino, sin romper y colocarse fuera del "orden democrático". Pero si no lo dicen todo emporea. Puedo decir todo esto con tranquilidad y sin miedo. No temo a lo que me puedan hacer. No deberíaamos aceptar el armanamiento que nos quieren imponer. También nos hemos acostumbrado a los crímenes del otro lado. En este clima no nos asombra que se quiera hacer proyectos de paz y desarrollo imponiendo el orden de las fuerzas armadas. Imposición de los dominadores.

No creo que haya que entusiasmar a los jóvenes con lo que ha sido nuestra generación. Todo lo contrario. Tal vez exagero. Pero el pensamiento crítico debe ejercerse sobre nosotros. Creo que algunos jóvenes, de cierta clase media, tienen un excesivo respeto por nosotros. No me excluyo de esas clases; todo lo contrario. Ha ocurrido sin disculpe, pensarse y, menos, interrogarse. Espero que los jóvenes recuperen la capacidad de indignación.

Estos problemas ya han sido planteados, aunque sin éxito, en otros sitios y tiempos. Fue el caso de los populistas. Nombre muy diverso, pero insistir con total fuerza en Rusia y otros países de Europa Oriental desde mediados de siglo pasado. Al principio enfrentados con Marx, quien luego admitió la posibilidad de otra vía al socialismo que no implicara la destrucción del mundo campesino. Hasta allí llegó. Los populistas, a su vez, se diversificaron y se dividieron entre sí. Desde los legalistas hasta quienes promovieron la práctica del terror. No tuvieron una sola línea y sus videntes por los problemas que percibieron y las respuestas y políticas que desarrollaron. Planteados los problemas siguieron presentes hasta cuando, tiempo después, se eliminaron todas estas discusiones con los muchos desaparecidos o muertos por el estalinismo.

En el Perú sólo hemos pensado en una tradición comunista, olvidando a quienes fueron derrotados pero que quizá plantearon caminos que pueden ser útiles para discutir. No busca otra receta: hacerlos una. En todos los casos insistir con total fuerza imaginación. Hay que volver a lo esencial del pensamiento crítico, lo que no siempre coincide con mostrarse digerible o hacer proyectos rentables. Es diferente pensar para las instituciones que hacerlo para los sujetos.

El socialismo en el Perú es un difícil encuentro entre el pasado y el futuro. Este es un país antiguo. Es necesario redescubrir las tradiciones más lejanas pero para encontrarlas hay que pensar desde el futuro. No repetir. Al contrario. Encontrar nuevos caminos. Perder el temor al futuro. Renovar el estilo de pensar y actuar. Lo que resulta quizá imposible sin una ruptura con esos tradicionalistas excesivamente ansiosos de poder, apenas interesados en lo que realmente sucede.

Sospecho que no hay tiempo indefinido. Desde el siglo XVI las culturas andinas excluidas y combatidas han podido resistir, cambiar y continuar. Fueron derrotadas al terminar el siglo XVII. Desaparece entonces la aristocracia andina, se combate a la sociedad rural, se deporta y extermina a sus

miembros. Sin embargo, subsistirá el mundo campesino. En el siglo XX, nuevos enfrentamientos. Primero a principios de la década de 1920, después alrededor de 1960, y ahora. El capitalismo no necesita de ese mundo andino; lo ignora. Se propone desahuciarlo. Sobre todo ahora que tenemos nuevamente un discurso liberal, repetitivo y dirigido contra las formas de organización tradicionales. Dispone de instrumentos y posibilidades que antes no tenía.

Esto ha sucedido en otros lugares, pero aquí no es inevitable destruirlo.

**H**ay que proponer otro camino. Fue advertido por José María Arguedas, pero desde su muerte han transcurrido veinte años y nuestro desafío es cómo y de qué manera evitarlo. La respuesta no sólo está en un escritorio. Exigirá un cambio de vida. Lo que propugna Arguedas en *El zorro de arriba y el zorro de abajo* no es el regreso al pasado, sino la construcción de una nueva sociedad, donde:

"Todo eso es para ganar plata... Y cuando ya no haya la imprescindible urgencia de ganar plata? Se desmoralizará lo mariconizado por el comercio, también en la literatura, en la medicina, en la música, hasta en el modo como la mujer se acerca al macho. Pruebas de eso, de lo renovado, de lo desvelado en Ecuador en Cuba. Pero lo intolado por la vanidad y el lucro está, como el resto de cambios sustanciales. Sin embargo, allí surgió el socialismo que, años más tarde, después de la segunda guerra mundial, se expandió a otros continentes, a la América Latina. La empresa capitalista, en cambio, lleva ya algunos siglos de expansión. Las puertas al socialismo no están cerradas, pero se requiere pensar otras vías. Una tercera, cuarta, quinta forma. Un socialismo construido sobre otras bases; que recoja también los sueños, las aspiranzas, los deseos de la gente. Uno que no se deba combatir a las necesidades. Un socialismo que se requiera de los intelectuales. Pero insisto: lo lamentable es el desencuentro entre aquellos y la militancia política. Aquí también hay una responsabilidad de quienes han estado demasiado preocupados por la militancia, la imposición de una secta, la disputa del poder minúsculo. Así se envejece. Será muy difícil que estemos a la altura de las circunstancias. Pero no todo está perdido. Pueden aparecer otros personajes. Además, ya tenemos hijos. Ojalá pierdan admiración y respeto esos jóvenes, y asuman en sus vidas, o en los momentos de los cuarenta años en este país es haber hecho demasiadas transacciones, consentimientos, silencios, retrocesos. Domesticados.

Algunos imaginaron que los votos de quienes los pertenecían. Pero las clases po-

La derecha avanzó en todos los terrenos. Quisieran estar listos militarmente. También dan la ilusión de un nuevo discurso. Un discurso en realidad cínico, que tiene tras suyo muchos muros. Pero esa derecha sí que siendo una suma heterogénea de individuos con intereses particulares, muchas veces demasiado vinculados al exterior. Aparte de las discrepancias hasta ahora no han asumido la construcción de una sola alternativa.

Ante ello, algunos izquierdistas frecuentan más las recepciones que las polémicas y cultivan los buenos modales, se visten a la medida. En otros lados de la ciudad, los enfrentamientos callejeros, largos, agresivos, se han vuelto frecuentes. Reclaman respuestas urgentes. «Las buscamos».

La cuestión se plantea sólo como el dilema entre quienes admiten la violencia y quienes optan por la vía legal. Así como hace falta una nueva alternativa, es necesario pensar el camino. Algunos creen que hay recetas ya establecidas y que apenas tienen que aplicarlas. Cuando las revoluciones han tenido éxito no ha sido así. Todo lo contrario: siempre han sido y serán excepcionales.

El socialismo en el poder empezó sorpresivamente en 1917, hace sólo setenta años. Apareció apenas terminada la primera guerra mundial en un país y en un lugar que se suponía uno de los espacios más atrasados, donde no se produciría uno de estos cambios sustanciales. Sin embargo, allí surgió el socialismo que, años más tarde, después de la segunda guerra mundial, se expandió a otros continentes, a la América Latina. La empresa capitalista, en cambio, lleva ya algunos siglos de expansión. Las puertas al socialismo no están cerradas, pero se requiere pensar otras vías. Una tercera, cuarta, quinta forma. Un socialismo construido sobre otras bases; que recoja también los sueños, las aspiranzas, los deseos de la gente. Uno que no se deba combatir a las necesidades. Un socialismo que se requiera de los intelectuales. Pero insisto: lo lamentable es el desencuentro entre aquellos y la militancia política. Aquí también hay una responsabilidad de quienes han estado demasiado preocupados por la militancia, la imposición de una secta, la disputa del poder minúsculo. Así se envejece. Será muy difícil que estemos a la altura de las circunstancias. Pero no todo está perdido. Pueden aparecer otros personajes. Además, ya tenemos hijos. Ojalá pierdan admiración y respeto esos jóvenes, y asuman en sus vidas, o en los momentos de los cuarenta años en este país es haber hecho demasiadas transacciones, consentimientos, silencios, retrocesos. Domesticados.

Algunos imaginaron que los votos de quienes los pertenecían. Pero las clases po-

culares piensan, aunque no lo crean ellos. No dan cheques en blanco. Recordemos cómo fluctúan las vocaciones. Los pobres no les pertenecen.

**P**ero el socialismo —insisto— exigirá por su futuro un cambio radical en el discurso. Revolución no es sinónimo sólo de violencia. Hace falta proponer una nueva sociedad alternativa. Ahora es un poco tarde. En una revolución hay siempre un sector demasiado radical que aparece al final de 1990, cuando la revolución ya está un día más diferente. Ha surgido primero y no obstante emerge desde un sector reducido, ha conseguido seguir existiendo y hasta incrementar el número de sus seguidores. Ha aparecido un sector demasiado radical, que ha derivado en el fanatismo, el sectarismo y el crimen. Ha conseguido funcionar y por lo menos tener un relativo éxito en ciertas regiones. Con el tiempo se ha ido tornando más sectario y su acción política ha derivado en una práctica contaminada con lo criminal. Sin capaces de eliminar a dirigentes populares, como hace la derecha. «¿Qué horrible! ¿Esta gente que era de izquierda? Y los demás no se lo recuerdan. Guardan silencio».

Aquí —como más o menos en otros espacios— no se puede predecir y anunciar el futuro. El futuro no está cerrado. Si hoy sea una impresión me corrijó. No hay una derecha. Tampoco un camino trazado, sino una alternativa definida. Hay que construirlo, resultado de los múltiples factores: la experiencia de la izquierda, los discursos del pasado, los nuevos problemas. Ahora, en el Perú, hay demasiadas posibilidades contrapuestas. Los enfrentamientos son más duros con enormes costos en vidas, pero los caminos siguen apareciendo. No es frecuente pero queda también la posibilidad de un socialismo masivo, revolucionario, pero sin asesinos.

En estos momentos podemos dividir el espectro político del país básicamente en tres. Tenemos de un lado a la derecha, aglutinada y representada por el FREDEMO, aparentemente homogéneo, pero en realidad con diversos intereses que pugnan en su interior. Tenemos también a Sendero Luminoso y al MRTA, uno transitando a la acción criminal y el otro insuficientemente creativo y sin propuesta social. Está también la Izquierda Unida en el centro, entre uno y otro.

Esta izquierda oficial empujada en participación en las elecciones o en los momentos tradicionales de poder, se aleja del movimiento popular, es étnica y culturalmente distante de las mayorías populares. No puede sentir como ellos y no los incorpora en los cargos dirigenciales. Pero no es tampoco

homogénea. De una izquierda que hace algunos años se pensaba toda revolucionaria, se han ido desgajando y delimitando algunos sectores. Uno transita hacia la derecha o el APRA. Aparentemente la mayoría quiere seguir existiendo en el centro. Se empuja por las reformas. May pagado a ellos hay también un sector, más pequeño, que quiere ser revolucionario, no criminal, que quiere remover las estructuras, no reformarlas, que empieza a plantearse el problema de la construcción de un socialismo original. Todavía no existe una alternativa revolucionaria diferente, cuidada, requiere de un esfuerzo, de creación; están allí los elementos pero no puede crecer liderado por profesionales de la clase media.

No repetir, crear otro tipo de dirigente. Dar cabida a otros sectores sociales y a los jóvenes. Ellos no deben seguir haciendo lo mismo, no pueden seguir pensando como antes. Las cosas han cambiado. Hay quienes sienten su urgencia y quienes piensan que tienen tiempo. Es más: no es sólo un problema de tiempo. Hay también uno geográfico. Las posibilidades de acción política son diferentes según las regiones del país. Los problemas no se pueden pensar igual desde Lima, desde Ayacucho o la región central.

No se tome todo esto como una crítica por alguien —insisto— que se imagina por encima. Todo lo contrario. Es en parte una autobiografía. Termino evitando ponerme como ejemplo de cualquier cosa. Lo cierto es que, como en otros países, hemos sido una intelectualidad muy numerosa, pero la vez poco creativa. Incapaces de dar a nuestro propio país la posibilidad de un marxismo nuevo. Intelectuales y políticos ignoran el pasado, la historia, lo que han sido. Demasiado modernos. Incapaces de elaborar un proyecto. Todos son mis amigos. Insisto que mientras en muchos otros países latinoamericanos el socialismo ha sido destruido, aquí sigue vigente. Todavía. A pesar de estar arrinconado. La izquierda se divide. La mayoría, en estos momentos, parece derrocharse. Pero también está esa minoría que se radicaliza. Hay una posibilidad de intensidad en todo esto, pero debe tomar forma.

**M**uchas gracias a todos los amigos y desde luego, sobre todo, a quienes discrepan conmigo. Siempre mi estilo agresivo pero no anula el cariño y el agradecimiento con todos ustedes, más aún con quienes se han dividido. Dejaré por otra manera de aproximarnos. Y, desde luego, cuando acudieron a ayudarme no les interesó saber qué posición tenía en la cultura o en la política.

Un abrazo, ¿o qué buenos amigos!

En un momento en el cual las izquierdas peruanas, situadas en una agenda prolongada de lo que se ha expresado en sus magras cosechas electorales de noviembre de 1989 y en enero de 1989, sin una elaboración seria del discurso ideológico con los medios de actuación política disponibles. Una búsqueda de consecuencia parece empujar a los dos sectores existentes hacia la redefinición. A unos, a través de una reconsideración de la interpretación conceptual que se ha dado a las izquierdas que crecieron en el país en los últimos veinte años. A los otros, mediante la revisión de su permanencia entre quienes apuestan a cambiar el país por la vía del sufragio periódico.

Otra es la mirada de los caminos que se bifurcan explícita no sólo la división actual de las izquierdas en el Perú sino que acaso también pueda ser útil para avizorar algo del complejo futuro político peruano. En efecto, convertidos unos en asistentes social-demócratas de un presidente que, como Fujimori, no tiene rumbo conocido, y definidos otros por su reencuentro con una tradición guerrillera que parecía ineludible para la izquierda latinoamericana, identificamos a ambos como protagonistas de una tragedia parcialmente ya escrita.

El pobre es el sujeto privilegiado por esta izquierda rousseauniana que proyecta en él no sólo la calidad de protagonista revolucionario sino que, por la proclama la Teología de la liberación, la falta de médula de poder original y de mal social alguno. Es el izquierdista puequeburgués, no el hombre o la mujer del pueblo, quien aspira al ascenso social. Es aquel que pasó por la universidad, no el villero ni el campesino, quien vive en las viviendas, desconfinadas y roncadas. El sujeto pobre es sano; no es a él sino al puequeburgués a quien la sociedad lo comormenta.

Una buena remuneración y un coche de alquiler una forma de corrupción burguesa. Otra es la mirada de los caminos que se bifurcan explícita no sólo la división actual de las izquierdas en el Perú sino que acaso también pueda ser útil para avizorar algo del complejo futuro político peruano. En efecto, convertidos unos en asistentes social-demócratas de un presidente que, como Fujimori, no tiene rumbo conocido, y definidos otros por su reencuentro con una tradición guerrillera que parecía ineludible para la izquierda latinoamericana, identificamos a ambos como protagonistas de una tragedia parcialmente ya escrita.

II

Las izquierdas entraron a jugar en el sistema político en 1978. A regañalientes, las izquierdas peruanas, al mirando un fusil de juguete en alguna plaza pública, presentaron candidatos. Y con votaciones que durante diez años oscilaron entre un cuarto y un tercio del electorado, hicieron elegir a diputados y senadores, a intendentes y regidores. Pero, desde curules y municipalidades, las izquierdas peruanas no ataron a hacer algo propio. Se movieron entre la denuncia estéril y el cauce para ejercer la función pública que es común a los demás partidos. No supieron imponer, imaginar visiones distintas para acortar la distancia entre estado y pueblo, o formas de participación popular más allá del sufragio.

Si en América Latina la severidad de la crisis impide que las izquierdas puedan seguir el camino sin ilusiones de Felipe González renunciando su electorado, en el Perú los grupos alzados en armas colocaban además un parámetro clásico que, recordando a la izquierda legal el haber escogido la vía electoral, se proponen como beneficiarios del desencanto. O de la desespecialización. Reconocer la existencia de un sector dirigente que supo mantenerse apegado a las reglas ortodoxas de la familia fue aquello que impidió a las izquierdas legales, durante tanto tiempo, condenarlo. Fue necesario que los senderistas asesinaran a varios dirigentes de la Izquierda Unida que los partidos integrantes de este frente pasaron de la discrepancia —por poner de lado a las masas, en favor de un accionar puramente militar, según le impugnaban— al ataque político. Se dejó entonces la benevolencia calificada y sociocompatibilizadora para considerarlos, finalmente, adversarios.

El cambio costó muchas muertes. Pero no hizo más fáciles las cosas a esa izquierda ubicada en el sistema político legal con una alta dosis de mala conciencia. En el centro de la política, el sistema político peruano de algo distinto al marxismo-leninismo, del cual seguían reclamando fieles. Y si a uno les incomodaba mantener la profesión de fe, a los otros les empezaba a molestar la ubicación en la legalidad.

Así llegaron las izquierdas a fines del gobierno de Alan García, el cual al agotamiento del aprismo en el poder parecía adjudicarse el rol de recambio, con el rostro de Alfonso Barrantes como candidato presidencial. Él había sido un asesor de confianza y respetado como intendente de Lima entre 1983 y 1986. Era el hombre, de estilo afable y circunspeto, que el país imaginaba como un posible mandatario de izquierda. El llevo a las izquierdas a una ruptura con el poder.

Barrantes intuyó que ser gobierno no era compatible con posiciones maximalistas. Quiso depurar al frente izquierdista de todos aquellos que participaban del juego democrático en procura de ventajas sólo tras el triunfo de suma, intentando que los partidos para afianzar un liderazgo carismático sobre un electorado que simpatizaba por la izquierda sin ser militante ni participar del credo ortodoxo.

Todos los participantes jugaron mal sus

cartas. Nunca hubo un debate claro sobre las cuestiones que dividían a las izquierdas, entre una tendencia socialdemócrata y otra revolucionaria. Se llegó al I Congreso de IU en enero de 1989, sin una elaboración seria acerca del tipo de fuerza política en construcción y su opción estratégica. En documentos de letra pequeña y muchas páginas, repletos de clichés con significado accesible sólo a iniciados, se logró un acuerdo aparente que permitiera la existencia de dos o más luchas personales. IU quedó rota.

La ruptura llegó —y habría de traducirse luego en dos candidaturas presidenciales— que la izquierda peruana se hubiese hecho cargo de la crisis del socialismo en el mundo. En un momento en que Gorbachov procuraba un debate interno. Sin que los cambios en Europa del Este dieran lugar a una discusión. Sin que la caída del muro de Berlín abriera paso a la pregunta de qué estaba ocurriendo con el socialismo. Como ejemplifica el testamento de Alberto Flores Galindo, este tema no ha recibido tratamiento hasta ahora, cuando Alemania vuelve a ser una sola y Moscú enfrenta al lado de Washington la crisis del Golfo Pérsico. Desde el punto de vista ideológico, entonces, la ruptura a la izquierda fue estéril: no produjo ideas nuevas.

**E**n su texto, Alberto Flores Galindo no se limitó a ser transparente, lo más distante posible de los aparatos burocráticos y prebendados burocráticos de éste o el otro lado —reivindica piadosamente a Cuba. No todos los lideres de izquierdas se han atrevido a hacerlo en el Perú, en un momento en el cual el curso histórico seguía el de la izquierda peruana, como en el territorio en una insularidad política. Cuando los presos políticos de la isla son inagotables. Pero el monopolio del poder por el partido comunista es indefendible. Cuando, por todo lo anterior, queda de manifiesto que el modelo cubano no es aplicable sino el soporte soviético que empieza a diferenciarse.

En medio de ese cuadro, curiosamente, Cuba no divide a las izquierdas peruanas. El moderado Barrantes y algunos de los hombres de su entorno que han aceptado cargos del gobierno de Fujimori regalan expresiones de consideración a Castro. Los guerrilleros "lupacamaristas" profesan respeto por la revolución cubana. Hombres y mujeres de ambos lados del espectro político que representa a la izquierda peruana disfrutan de los cada vez menores pasajes aéreos para visitar Cuba, por razones de turismo político o de salud.

Flores Galindo rinde tributo a Cuba cuando se refiere a los intelectuales jóvenes, como los intelectuales de provincia o los jóvenes —nada en el país merece un elogio político suyo. Esto, incluso cuando —en una célebre edición de su *Buscando un inca*— quizá el más importante de sus libros —el mismo que inspiró el título del libro que aquí se publica— habla una expresa condena de Sendero Luminoso, para no dejar lugar a la ambigüedad de que al respecto el lector podía encontrar en otros de sus textos.

Los viejos feñiches vuelven al imaginario en las horas difíciles. En un trance regresivo nos asimos a las antiguas certezas, con la esperanza de que nos den aquello que nos hace falta. La inocencia campesina. El socialismo construido en una sola isla. Y, quizá, en el futuro inmediato, la violencia purificadora de la lucha armada.

**L**as izquierdas legales llegaron divididas a las elecciones municipales de noviembre de 1989. Les fue mal. En el distrito limeño de Villa El Salvador —donde la retórica izquierdista sostiene que tiene lugar la experiencia de construcción de una ciudad autogestoria— el candidato de Izquierda Unida a la intendencia de Lima fue derrotado por un animador de televisión "peruano" que hizo del cargo, en su elección, el electorado empezó a tomar distancia de los candidatos propuestos por los partidos. Se beneficiaron los independientes, los ajenos a la clase política. Y resulta

ron castigados los hombres del sistema, fueran de derecha o de izquierda.

Perjudicó electoralmente a las izquierdas habérselo dividido, porque las socavó como la propuesta alternativa de gobierno. Pero acaso las perjudicó más haber ocupado los espacios parlamentarios y sillitas de intendentes sin abrir paso a una experiencia política distinta. La evaporación de las izquierdas como opción viable es, sin duda, un terreno fértil para argumentos de diverso tipo.

Flores Galindo ensayó un comentario a una vuelta a los orígenes, atendible por un auditorio cada vez más reducido. Una parte de su generación —que son criticados en su texto— se profesionalizó en la política de izquierda peruana, nada despreciable en términos numéricos, pasó a militar en la derecha, pasaje que entusiasmado por la candidatura presidencial de Mario Vargas Llosa. Otros, finalmente, prefirieron tener distancia de la política y los políticos. En esas condiciones, sin haber resuelto las diferencias ideológicas, debilitadas por la deserción de parte de sus cuadros, las izquierdas llegaron a las elecciones de abril de 1990. Las dos candidaturas presidenciales de Alfonso Barrantes y Henry Pease —sustituido por el candidato de izquierda socialista electoral más baja desde que en 1978 esta nueva izquierda hiciera su presentación en sociedad.

Las izquierdas, así derrotadas, sostuvieron que el verdadero poder de la primera línea era Mario Vargas Llosa, y una propuesta liberal el pueblo se había pronunciado. Decidieron entonces ambos sectores políticos apoyar resueltamente, en la segunda vuelta que habría de definir el camino, a la candidatura de Alberto Fujimori, contra el candidato de izquierda, esta apuesta. Las izquierdas intentaron una pirueta que nunca se dio. En Fujimori una expresión popular, dadas sus características étnicas y otros rasgos asignados. Esta argumentación, en un momento en que el gobierno Fujimori fue electo por el 50% de los votos.

Después vino el shock estabilizador de agosto, cuyo balance aún no puede hacerse, ni en términos económicos ni en términos políticos, pero que, claramente, no puede ser de los que favorecieron a las izquierdas como un triunfo popular. Las medidas fueron adoptadas por un equipo ministerial al cual el sector de izquierda moderada ha aportado dos ministros y el de izquierda radical, dos. Esta última debió renunciar posteriormente a Izquierda Unida, para ahorrarse explicaciones al frente. Pero la cuestión, en esta nueva fase del proceso de las izquierdas que Flores Galindo no alcanzó a ver, es qué alternativas disponibles pueden implementarse para un curso degradado.

En el caso del sector moderado, la viabilidad de una construcción socialdemócrata es más difícil que en el resto de la región, dado el nivel de estrecheces económicas y políticas en el Perú actual. Aparte de algunas debilidades que este sector sufre, por la definición ideológica y en el liderazgo, principalmente —, el horizonte político peruano parece ser adverso a una propuesta de este tipo, habida cuenta del escaso margen de maniobra habilitado por la situación económica y el cada vez mayor grado de polarización política resultante de los múltiples conflictos en curso.

**L**a propuesta radical se encamina a encontrarse con la lucha armada. Puede que la ruta no sea recta; es probable que en su recorrido vaya quedando varias fracciones y muchos individuos; y con seguridad la recta final sería apurada por un posible golpe militar. Pero resulta difícil imaginar una desmembrada distinta para aquellos que sin haber hecho la crítica de las armas pasaron por una experiencia democrática, sin convicción y con frutos escasos. Alberto Flores Galindo será considerado "peruano" por el hincapié en el sector, cuyo destino es apenas algo más trágico que el del país que en América Latina mejor caracteriza el drama de no encontrar salida viable.

# Flores Galindo, y la agonía de la izquierda peruana

Luis Páscar

**A**lberto Flores Galindo murió en marzo de este año. Fue, más que un historiador brillante, alguien que se sirvió de la historia como recurso para pensar el país desde una vocación socialista. Se ocupó, así, de muchos temas y, a pesar de los cuarenta años, había publicado

proflicamente. Multiplicándose, como si el presentimiento de ese tumor maligno en el cerebro le hubiese aconsejado cierta prisa.

Ciertamente, para Flores Galindo no se trataba sólo de interpretar la historia del Perú, sino, sobre todo, de transformarla. Desde esa preocupación, él se vino a constituir en

el intelectual peruano más destacado en un estilo de ver al país. Aprentemos su contenido a través de una síntesis evidentemente simplificada: el trauma nacional tiene su origen en la conquista, el fracaso republicano no es imputable a la clase dirigente; un Perú auténtico y popular, postergado desde Pi-

zarro, ha cobrado protagonismo en las dos últimas décadas; y es este actor quien constituye el sujeto del socialismo a ser construido, que como demostrará el caso cubano, es la única salida efectiva y posible a la crisis secular.

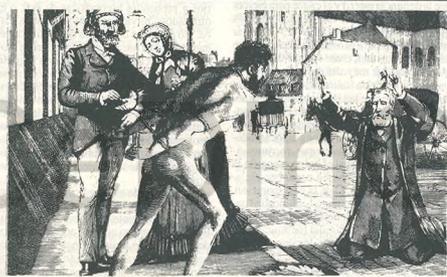
La muerte de Flores Galindo ha ocurrido

"La vieja guardia sindical y Perón"

# El gran juego

Gali Moreno

El reciente libro de Juan Carlos Torre sobre la vieja guardia sindical y Perón relanza un debate nunca saldado acerca de los orígenes del peronismo. En el número anterior de LCF publicamos un ensayo sobre este tema del autor que hoy comentamos. El artículo de Moreno privilegia las iluminaciones que ofrece un abordaje del tema desde una "retórica de la narración histórica" y el esfuerzo de Torre por devolver la dimensión subjetiva a una historia concebida como aventura, como zona franca o tierra de nadie.



La vieja guardia sindical y Perón se lee como un libro de aventuras. La historia de "los orígenes del peronismo", sobre la cual hay tantas páginas escritas, reaparece en esta nueva versión con sus personajes y situaciones originales, aunque entrelazados de manera un tanto diferente. El autor optó por la retórica de la narración histórica, como lo dice en el prefacio, antes que de la del análisis sociológico (aunque éste subyace a largo del libro). Y después de su lectura, y de la nota que el propio Juan Carlos Torre publicara en el número anterior de La Ciudad Futura, más que de redactar una crítica bibliográfica surge el impulso, a partir de esa relación particular del autor con el lector, de contar algunas impresiones.

Un libro de aventuras. Sí, porque el surgimiento del peronismo fue más una aventura que el resultado necesario o ineluctable de un proceso o una conjunción de causas. Existía una crisis de legitimidad política de los gobiernos de la década infame ¡quién lo va a negar! Como que también existieron un proceso de industrialización desde mediados de los años treinta, y una amplia migración interna del campo a las ciudades y del interior hacia Buenos Aires. Y que sobre esta nueva realidad social y económica, luego de la revolución de junio de 1943, se fue perfilando el liderazgo del coronel Perón y la conformación de un nuevo movimiento político.

Pero de ahí a deducir que el peronismo fue la consecuencia lógica, natural y necesaria de aquellos procesos objetivos, hay una distancia muy grande. El desenlace político de aquel período turbulento (1943-1946) pudo ser muy distinto al que efectivamente fue: he aquí la primera tesis de La vieja guardia sindical y Perón. En segundo lugar, las migraciones internas no han tenido la influencia decisiva que generalmente se les atribuye en la formación del movimiento peronista. Hacia 1943 el trabajador industrial medio no era el obrero rural recién llegado a las ciudades. La fuerza del trabajo (tanto en la industria como en los servicios) estaba compuesta fundamentalmente por hijos de inmigrantes extranjeros, y de migrantes internos de más larga radicación en las ciudades. Los migrantes rurales recién llegados ocupaban los puestos menos calificados de la actividad terciaria, en tanto que la mano de obra industrial comprendía a principios de la década del cuarenta a casi dos millones de trabajadores. Y tanto en la industria como en los servicios existía una fuerte tradición sindical (en sus orígenes, anarquista, y luego con predominio del sindicalismo independiente, el socialismo y el comunismo).

Y es esta fuerza de trabajo del campo de maniobras donde se va articulando el liderazgo de Perón. Los primeros interlocutores del joven secretario de Guerra fueron los dirigentes sindicales, entre agosto y octubre de 1943. Las reuniones, casi secretas, se hacían en el edificio del Ministerio de Guerra en Callao y Viamonte. No pocos de los invitados tenían orden de captura del Ministerio del Interior, y Perón no quería provocar una reacción en su contra del Ejército. Entre los participantes de aquellas reuniones habían sin-

dentra no se percibe en la Argentina la presencia de un movimiento obrero combativo y menos todavía la amenaza de una revolución social. Y los patronos, tras un momento inicial de confusión, rechazaron lo que consideraron un chantaje del gobierno y se opusieron abiertamente a la política social de Perón, a la que acusaron de crear "un clima de sospecha, provocación y rebeldía" en los lugares de trabajo, según decía el "manifiesto de las fuerzas vivas" de junio de 1945. A los sindicatos, obviamente, no les queda otro camino que el de defender las conquistas sociales obtenidas desde fines de 1943.

Y es en este punto donde se produce lo que Torre llama "el efecto no querido" de la política de Perón: el sobredimensionamiento del lugar político de los trabajadores organizados en un proyecto que inicialmente les asignaba un papel más modesto. De los tres componentes del esquema de 1943 (la política social, la búsqueda de apoyo de la UCR y el discurso en la Bolsa de Comercio) sólo queda en pie el primero, produciendo de este modo un "desequilibrio" a favor de los sindicatos y la masa popular en un movimiento que, como el PRI mexicano, genera tantas ramas como sectores corporativos hubiera. Y este desequilibrio del proyecto original, además de afectar la ideología de la paz social y de una "comunidad organizada", hizo que Perón tuviera que revalidar su liderazgo "a través de una renegociación constante de su autoridad sobre las masas obreras", y que aquella ideología de la paz social diera lugar "a un desplazamiento de la palabra de Perón, que en la palabra de Evita revive una y otra vez el clima de 1945" y reactualiza los antagonismos sociales originales. Estas es, tal vez, la idea central de La vieja guardia sindical y Perón.

Del fascismo social al Labour Party

### Del fascismo social al Labour Party

Había fracasado, pues, la estrategia inicial de Perón de intensificar la movilización obrera (a través de su política social), y luego invocar la potencial amenaza de esa movilización para forzar a las clases propietarias a delegar el poder en un estado arbitral. Y no le quedaba otro camino que afirmarse en un todavía inexistente movimiento de masas. La relación líder-masa se iba a establecer plenamente recién entre las jornadas de octubre del 45 y las elecciones de febrero del 46. Mientras prosiguió el gran juego entre Perón y la vieja guardia sindical: los interlocutores privilegiados del secretario de Trabajo y Previsión continuaban siendo las organizaciones sindicales, que pasaban alternativamente de la colaboración al neutralismo, o del compromiso a la autonomía. La dirigencia gremial mantenía firme a Perón una actitud ambivalente: reivindicaba su política social y su reconocimiento a las demandas de los trabajadores, pero el mismo tiempo pedía el restablecimiento de la democracia y condenaba al fascismo y al nazismo (lo que contrastaba con el filo-fascismo de los militares [o ju rto]).

Hasa que llega el año de gracia (e 1945,

cuyo transcurso es descrito en La vieja guardia sindical y Perón como un gran frenco político y social, en el que los acontecimientos se reúnen frente a la Secretaría de Trabajo. El 13 Perón y Mercante son detenidos y llevados a Martín García. El 15 el ministro de Guerra dice que Perón no está detenido. En medio de un absoluto vacío de poder y ante la arrogancia y la oscuridad de la oposición democrática, la CGT decide el 16 una huelga general para el 18 en apoyo de Perón. La renuncia y detención de Perón son vistas por las organizaciones sindicales en términos de lucha de clases, como un golpe de estado destinado a anular las conquistas obtenidas por los trabajadores. La huelga del 18 no se realiza. Un día antes, el 17 de octubre, se produce la gran movilización popular sobre Plaza de Mayo, y esa noche Perón habla desde el balcón de la Casa Rosada. A la respuesta orgánica de la CGT se habían sumado espontáneamente miles y miles de obreros y gente humilde. A partir de ese momento, como dice Torre, se redefine la relación de Perón con los trabajadores. Como fruto de una movilización popular organizada por los sindicatos había surgido un nuevo líder de masas.

Sin embargo, todavía quedaba un último y fundamental capítulo de esta historia: la creación del Partido Laborista, que fue la hermanada del triunfo electoral de Perón el 24 de febrero de 1946. Fue el último capítulo de la vieja guardia sindical, ya que después de la victoria Perón disolvió el Partido Laborista y purgó a sus principales dirigentes, en su mayoría de origen sindical. Lo mismo ocurrió con la CGT meses más tarde. Sólo se salvaron los que se pusieron al servicio incondicional del nuevo régimen. La autonomía sindical, que siempre había sido defendida por la vieja guardia desapareció totalmente.

Lo que ocurrió después es muy conocido: el 9 de octubre Campesino de Mayo pide la

renuncia de Perón a todos sus cargos. Esa misma noche comienzan a movilizarse los sindicatos, y al día siguiente setenta mil trabajadores se reúnen frente a la Secretaría de Trabajo. El 13 Perón y Mercante son detenidos y llevados a Martín García. El 15 el ministro de Guerra dice que Perón no está detenido. En medio de un absoluto vacío de poder y ante la arrogancia y la oscuridad de la oposición democrática, la CGT decide el 16 una huelga general para el 18 en apoyo de Perón. La renuncia y detención de Perón son vistas por las organizaciones sindicales en términos de lucha de clases, como un golpe de estado destinado a anular las conquistas obtenidas por los trabajadores. La huelga del 18 no se realiza. Un día antes, el 17 de octubre, se produce la gran movilización popular sobre Plaza de Mayo, y esa noche Perón habla desde el balcón de la Casa Rosada. A la respuesta orgánica de la CGT se habían sumado espontáneamente miles y miles de obreros y gente humilde. A partir de ese momento, como dice Torre, se redefine la relación de Perón con los trabajadores. Como fruto de una movilización popular organizada por los sindicatos había surgido un nuevo líder de masas.

Sin embargo, todavía quedaba un último y fundamental capítulo de esta historia: la creación del Partido Laborista, que fue la hermanada del triunfo electoral de Perón el 24 de febrero de 1946. Fue el último capítulo de la vieja guardia sindical, ya que después de la victoria Perón disolvió el Partido Laborista y purgó a sus principales dirigentes, en su mayoría de origen sindical. Lo mismo ocurrió con la CGT meses más tarde. Sólo se salvaron los que se pusieron al servicio incondicional del nuevo régimen. La autonomía sindical, que siempre había sido defendida por la vieja guardia desapareció totalmente.

Los tres últimos capítulos del libro, que van desde la fundación hasta la disolución del Partido Laborista y cooptación de la CGT, describen ese inútil esfuerzo por preservar la autonomía de los sindicatos. El Partido Laborista había sido concebido a imagen y semejanza del Labour Party británico, que se acababa de obtener un gran triunfo electoral nada menos que sobre los conservadores de Winston Churchill. Esa simbiosis de reformismo social, libertad política y democracia económica, tan en boga en la posguerra, parecía ajustarse a la proyección que se hacía de sí mismo el nuevo partido. Pero sobre todo había un aspecto en el que la vieja guardia pretendía seguir el modelo del Labour Party: el de esa especie de relación contractual entre los sindicatos y el partido, entre la rama sindical y la rama política. Fue un sueño de verano. En el otoño de 1946 el presidente electo, Juan Domingo Perón, anuncia la disolución del laborismo y la creación del Partido Único de la Revolución Nacional (germen del futuro Partido Peronista). Meses después la CGT fue depurada. El nuevo régimen quedó a mitad de camino entre el fascismo social y el Labour Party, más cerca de aquél en los primeros años de gobierno, más cerca de éste en otros momentos de la vertiginosa historia del peronismo, pero siempre a medio de una esencial ambigüedad o hibridez ideológica.

Al doblar la última página de La vieja guardia sindical y Perón queda, en efecto, la sensación de que la historia no ha terminado. La experiencia del laborismo fue fugaz (apenas unos meses) pero su espíritu resurgió una y otra vez en el peronismo de la derrota, el llanto y el exilio, y también fuera del movimiento de masas amanecido el 17 de octubre de 1945. La reivindicación de la autonomía sindical frente al estado y los partidos políticos ha sido una constante de

las tres últimas décadas, aunque la mayor de las veces haya estado mezclada con la reafirmación de antojos lealtades partidarias o movimentistas. Y hoy, cuando esas lealtades están siendo puestas en duda, las banderas de la vieja guardia sindical podrían ser izadas de nuevo, sea proclamando la presidencia política de los sindicatos, sea proponiendo un compromiso político fundado en un contrato que preserve la autonomía sindical y la identidad obrera. A mediados de la década del sesenta se produjeron fenómenos similares a los que hoy parecen insinuarse en el sindicalismo argentino. Y otro libro de Juan Carlos Torre (*Los sindicatos en el gobierno, 1973-1976*, Buenos Aires, CEAL, 1983) relata las marchas y contra-marchas de un poder sindical que en aquel control período se resistió a aceptar el contrato de estado y el pacto de gobierno, antes y después de la muerte de Perón.

Y queda, finalmente, la idea de la historia como drama, en la que inesperadamente se pueden abrir grandes paréntesis, dejando en suspenso o desarticulando configuraciones políticas y sociales que se consideraban inamovibles, acelerando bruscamente los tiempos convencionales y dando lugar a la elección de nuevos y muy diferentes caminos, con nuevos y viejos actores políticos y sociales entrecruzados en una azarosa lucha por el poder y la imposición de proyectos o modelos de sociedad, cuyos resultados (o algunos de sus efectos) suelen ser muy distintos a los queridos por su protagonistas. Esa idea nos devuelve la dimensión subjetiva de la historia, de la historia como aventura, como zona franca o tierra de nadie, en la que la voluntad de poder, el azar o el talento político pueden tener tanta importancia (a veces más) que las estructuras o procesos económicos, sociales, demográficos o culturales.



## Novedades del Fondo

Novedades de edición argentina  
Colección Claves

<p>Robert Nozick <b>Anarquía, Estado y utopía</b></p> <p>León Edel <b>Vidas ajenas</b></p> <p>Jean-François Lyotard <b>Economía libidinal</b></p>	<p>Marcelino Cerejido <b>La nuca de Houssay</b></p> <p>Julien Hervier <b>Conversiones con Ernst Jünger</b></p>
---	--

De próxima aparición

Rudolph Binion  
**Poseritismo**

**Sobrevivencias cristianas en la cultura poscristiana**

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Suipacha 617, 1008 Buenos Aires, ☎ 322-0825/9063 Fax: 322-7262

## ALGO ESPECIAL de gedis para CONOCER A BENJAMIN

WALTER BENJAMIN: DE UN SIGLO A OTRO  
Pierre Missac

Un libro que reúne secuencias de la vida de Benjamin, su reflexión sobre el tiempo que reúne secuencias de la vida de Benjamin, sus escritos y su retórica. La historia de este libro escrito por uno de los mejores amigos de Benjamin — invita a observar de otro modo ese mosaico al que damos el nombre de modernidad.

WALTER BENJAMIN: UNA BIOGRAFIA  
Bernd Witte

Benjamin es un pensador discutido y defendido con pasión, sin neutralidad. Calificado como gremio marxista y marxista alemán, todavía es un caso de su enfoque nuevo de la experiencia y las traducciones. Una bio-obra con cosas para descubrirse. Mientras las traducciones de la biografía que sigue el trazado de su vida, descubierto con ella la evolución de su pensamiento. Hoy publicamos esa biografía.

HOMBRES EN TIEMPOS DE OSCURIDAD  
Hannah Arendt

Algunos ensayos biográficos sobre los "intelectuales" contemporáneos resaltarán ser best-sellers. Los que escribió Hannah Arendt —incluyendo el espléndido estudio sobre Walter Benjamin—, en cambio, son serios.



De los Midachi a "Salsa criolla"

## Las metáforas con la mierda

Antonio Marimón

"Mídad mídad mídad mídad chí chí chí... Mídad mídad mídad mídad chí chí chí... Mídad mídad mídad mídad chí chí chí... El que se quede sentado, que no venga nunca más..." Como es de imaginarse, a esa altura de las cosas en el teatro Astral, cuando tan pagadizo himno —cuya versión original fue popularizada por la brasileña Xuxa— atruena desde la banda sonora a toda la platea, al mismo tiempo que Miguel Torres del Sel, Dady Brevia y Chino Volpato, integrantes del trío Midachi, saludan entre ascensos y descensos del telón, cada vez con menos ropa hasta salir en calzoncillos, pocos serán los audaces con capacidad espiritual para permanecer sentados. En consecuencia, desfilada fuera de las butacas, la concurrencia que colma dicha sala noche a noche, sin excepciones, hasta materializar el éxito más electrificante de los últimos años en la industria del espectáculo porteño, saluda con las manos alzadas y se mueve al compás de la música: de alguna manera, deja correr una especie de fiesta. Pero, ¿cuáles resultan las razones de este verdadero acto sónico furioso que establece el trío Midachi con la gente? Las más visibles son diversas y trataré de mencionaras, aunque el orden no correspondiera a su importancia. Hay que hablar sin duda de la imitación: ésta implica ante todo parodia a partir de un modelo, e implica también establecer un sistema de préstamos y saques con respecto al sujeto aludido. En este caso, el repaso de modelos de Midachi sirve para obtener más de una pista, porque Loco Mía, Pablo Ruiz, Tomás Sosa, Andrés Sosa, Chasman y Chorlota o el dúo de rockeros italianos que entona el tema del fútbol mundial de fútbol, remiten a un paradigma: el videoclip y la televisión más vulgares. Así, este grupo se nutre en buena medida de un intercambio con la televisión, aspecto que parece notable no sólo en el síno en otras expresiones del humorismo argentino contemporáneo: la *Humor*, por ejemplo, sería inconcebible —entre varias cosas— sin su juego de recusación, glosa y respuesta con los mitos de la pantalla pequeña.

Un segundo aspecto que mimetiza a Midachi con la TV surge de la estructura de su espectáculo. Ésta es una yuxtaposición a ritmo vlot de cuadros, gags, sketches con escasísimos nexos, apenas las pausas fúcticas imprescindibles para algún cambio de vestuario; tal estructura, por lo tanto, se realiza como una combinatoria de show y videoclip, colocada encima de un escenario teatral bajo costuras argumentales y de producción. El juego de la fuerza de Mianan y eso: la pericia en el gesto del gag, el ajuste para la distorsión mínima de la imitación, que sustentan la fuerza de su comunicatividad. Si nos detenemos de nuevo en ciertos modelos, como Pablo Ruiz o Loco Mía, y los sumamos a los cuadros de travestimiento u otras sugerencias, sale un elemento más: el sexo, pero fundamentalmente el sexo ambiguo masculino, aquel que continúa la tradición de broma pesada, segregadora, con centro en los homosexuales y proveniente del cabaret y la revista. Empero, creo que to-

La circulación de metáforas escatológicas, figuras traviesas de lo inmemorable que mueve a risa, es una de tantas prácticas inmemorables. Cuando estas imágenes monopolizan el escenario cultural el motor simbólico subterráneo se convierte en síntoma. Marimón encuentra en el ritmo afiebrado de circulación de estas imágenes el perfil de un clima histórico.



do lo dicho: mímesis con los medios, videoclip, erotismo equívoco, ritmo abigarrado, banda de sonido ruidosa, a lo cual se añadirían el uso de la postalografía, algunos toques de provincialismo retórico, dejos de Landrián, la onda gruesa del cabaret, se completa y se corona con algo que atraviesa al mensaje de arriba hacia abajo cualquiera sea el ángulo que se mire: las metáforas con la mierda. No es casual que un monólogo de Torres del Sel, caracterizando a un dicharcho cubano, remate con el grito "¿quién se cagó?", tampoco que el mejor cuadro de la noche sea una imitación de Lili Sullos formulando una desopilante tabla astrológica del pedo según los signos del Zodiaco, porque, en realidad, todo el stock de palabras y giros del habla popular que designan a la mierda excretada por el ano se despliega por doquier aquí, en este espectáculo "con perdón de especia", como dicen los Midachi.

El asunto no llama al asombro, sino a una cierta lloca de sí: hay un mimetismo de esta clase de humor con la TV —los préstamos entre televisión y teatro son cada vez más obvios en el difícil *show business* argentino, siendo generalmente la primera la legitimadora y guía del probable éxito del segundo—, entonces este trío no hace más que exacerbar una tendencia ya presente en la "caja idíota". Para comprobar y dicho silogismo basta con ver ciertos programas paradiplomáticos como *El mundo de Antonio Gasalla* y muchos otros, o seguir en la prensa el entredicho, las tensiones y las pruebas de fuerza que intercambian los empresarios televisivos y algunos núcleos conservadores de la sociedad, todos a la búsqueda de ese equívoco punto de equilibrio donde las metáforas con la mierda están allí, pero a condición que se las disimule o se les ponga un pudoroso límite. Creo que el debate desde este punto de vista no corresponde ahora a nuestra nota, pues antes cabe plantear o al menos esbozar las preguntas que

vienen a cuento con el tema; por qué tal intensidad de frecuencia de la mierda verbal en el mundo del espectáculo?, ¿por qué, en síntesis, la designación de la mierda es tan vendadora en estos tiempos en los que nadie o muy pocos venden?

Un ejemplo también notable de ese mismo residuo, claro está, en *Salsa criolla* de Enrique Pinti, cuyo unipersonal comparte con Midachi la tesitura de costos de producción módicos. Sin embargo, ahí donde Midachi apuesta a los gags y a la acumulación de éstos, siendo la mierda un disparador de chistes dentro de un plan que no persigue nada más (o sea, nada), Pinti a la otra, la diversión, la evasión, Pinti acumula otra cosa: el bombardeo y atiborra a la gente con palabras, vale decir con el discurso, doblando rastrearse sus modelos en el café concert, el cómic de la lengua o el cabaret más elaborado. Ello le concede una madura artística de grado diverso que el de nuestro santafesino. "Hay una mierda en nuestro cuerpo, y en la zona de la memoria hay un sitio", dice Pinti a la platea: "Me grito a mí. Y si no te diges se parecen a mí, yo no tengo la culpa" —los préstamos entre televisión y teatro son cada vez más obvios en el difícil *show business* argentino, siendo generalmente la primera la legitimadora y guía del probable éxito del segundo—, entonces este trío no hace más que exacerbar una tendencia ya presente en la "caja idíota". Para comprobar y dicho silogismo basta con ver ciertos programas paradiplomáticos como *El mundo de Antonio Gasalla* y muchos otros, o seguir en la prensa el entredicho, las tensiones y las pruebas de fuerza que intercambian los empresarios televisivos y algunos núcleos conservadores de la sociedad, todos a la búsqueda de ese equívoco punto de equilibrio donde las metáforas con la mierda están allí, pero a condición que se las disimule o se les ponga un pudoroso límite. Creo que el debate desde este punto de vista no corresponde ahora a nuestra nota, pues antes cabe plantear o al menos esbozar las preguntas que

democracia, fascistas de cabotaje?", grita Pinti al público. Se trata, con todo, de un humor referencial y de una materia artística que no impresiona por demasiado rica: en realidad no lo es.

Entonces, cuando uno observa su récord arrasador de casi 2.000 representaciones con sala llena en esta Argentina de la pobreza y fragmentación de los mercados culturales, o el actual fenómeno Midachi, salta ciertas dudas: si la fiesta del trío abre una catarsis de la para curajada y del movimiento, *Salsa criolla* ¿no es asimismo un espejo caudático y lingüísticamente reconocible para un público muy amplio? Y si lo fuera, ¿cuál aspecto predomina: el del simple reconocimiento, el del masoquismo al tipo de "los argentinos somos soreses", el del sustrato ético, o acaso una combinación de todos sabiamente dosificada por Pinti?

De cualquier manera, un resumen de lo ya apuntado verifica la posición de partida: Midachi o *Salsa Criolla* en el teatro, Gasalla y muchos otros con monostaleno en la televisión, la revista *Video* dentro del área de la gráfica, son bastantes casos que confirman por vías distintas y con recursos y contextos distintos, una comprobación práctica: la circulación de metáforas con la mierda, el sexo, la materia escatológica. Eso dista de ser malo, como piensan los grupos conservadores; ha existido siempre como un motor cultural jócuo, subterráneo, provocador, desde los tiempos de los griegos a Rubellat, desde Quevedo a Marchal, desde los restos de Pompeya a Waldeck o Andy Warhol, y enhorabuena por lo que hay y por todo lo que vendría. Puro despliegado en medio de crisis, sin otros productos que encajen con la misma posibilidad de penetración en el mercado, tendiendo por instintos a inudar con sus variantes ciertas zonas de la industria cultural, y unido a cosas que ocurren en un ámbito más global de comportamientos sociales: la abolición verbal de las distancias, la erosión de las cortesis, el paulatino deterioro de las formas que parece reintermentarse pues opera por arriba —sobre todo, desde los usos del poder que hace el gobierno peronista— y se manifiesta sin diques por todas las direcciones, tenemos el perfil de un clima histórico. En una palabra, de lo que podríamos llamar un clima de época. Y es, por supuesto, un perfil plagado de desarticulación, como si a partir de múltiples tensiones de los mitos metropolitanos, la sociedad argentina no fuera capaz hoy de generar otra cosa que síntomas, originales pero por su densidad de asunto. ¿Nada más?, vale preguntarse. La industria del espectáculo no obstante está llena de esfuerzos desinimados, muchos que permanecen oscuros, a veces sostenidos con heroísmo, para detender el tejido de una creatividad que escape de dicho universo. Acaso el símbolo de ese espacio de resistencia lo hacen cinco músicos sin parangón, desarrollando su instrumental de patufisca y aquellos juegos que exponen químicamente puro el *feeling* de los '60: Sentimios, amigos, escuchemos a Les Luthiers.

*El ausente*", tercer largometraje de Rafael Filippelli, está inspirado en un relato homónimo de Antonio Marimón que recrea los avatares políticos ligados a la desaparición, en 1976, del dirigente clasista cordobés René Salamancá, evocado desde la figura de un intelectual dedicado a asesorarlo. La película de Filippelli tiene entonces la historia cercana como referente, pero a la vez pone en escena este cruce de escrituras, —de lenguajes— que se interrogan sobre varias legitimidades: la del "compromiso" intelectual, la del propio cine ante la necesidad de dar materia y cuerpo a todas estas cuestiones. Es decir, el cine enfocado desde una opción ética. Esto responde a la pregunta que formulaba un personaje en una de las muy politizadas películas de los '60: "¿qué leyenda le podemos agregar a una foto sin que se oclute?" En todo caso: ¿qué imágenes, qué sonido —qué narración, en fin—, agregar a una "leyenda" para darle vigencia en el presente?

No es asunto que hayan fatigado demasiado las películas nacionales, dedicadas a gran parte durante los 80' a convertir fragmentos de la tragedia político-social de la década pasada, en espectáculo de sus ficciones. De ahí que la película misma de Filippelli y su estructura, terminen por constituirse en un pretexto —una suerte de metáfora— para recrear el cuerpo de la acción política: para desmontar la empuerada, formarla. Una empresa que mezcla modestia y ambición, con tantes que aparecen esbozados apenas en *Hay unos tipos abajo* (1987) y se resuelven en *El ausente* con propuestas formales arrojadas y realmente estimulantes.

El film se inicia con un prólogo en el que el personaje de la Directora en la ficción (Beatriz Sarlo), la inscribe de entrada en un género preciso, la tragedia ("Lo que ustedes van a ver, es una historia cuya suerte está echada desde el principio"), para relatar luego suscitadamente los hechos en una *narración verbal*, anticipatoria de las imágenes y "efectos de realidad" que en su ficción van a ser construidas con otro lenguaje, el cinematográfico. Es la Directora, como primer estabon de un complejo tejido de mediaciones narrativas, —el director real filtra cada tanto sus propias órdenes en el sonido—, la que establecerá y organizará el sistema de circulación, de simetrías y de recosivos entre varios personajes: Salas (Omar Reza), el dirigente obrero protagonista de esa encrucijada histórica-política de 1970-1976 con la que él estuvo comprometida —"todos éramos jóvenes, creíamos que el futuro nos pertenecía"; Muñiz (Roberto Sutter), el intelectual vinculado a Salas, con cuyas evocaciones se interrelaciona; y los avatares y personajes de las conflictivas relaciones establecidas entre el sindicato, el partido y el gobierno nacional. Muñiz será, con dudas e interrogantes que convergen en el agujero negro de una ausencia, el mediador de cuestiones idénticas planteadas por la Directora.

Pero en esa introducción hay otros interpellados, los espectadores mismos ("ustedes van a ver...") que adquieren imprimevamente

Sí a la memoria

## Historia, ficción y recorrido ético

Ana María Amado

Sin desembocar en una estética de la pobreza, "El Ausente", de Rafael Filippelli, trasciende con inspiración los duros condicionamientos económicos que supone una película hecha en cooperativa animándose a no dejarse aplastar por la ansiedad que recorre hoy a nuestro país.

apunta con el objetivo de su cámara. El gesto sacude desde el principio la beatitud consuetudinaria que suelen sostener desde la butaca con las imágenes narrativas habituales y los incorpora activamente a un proceso en el que el tema y su enunciación, lejos de ocultarse, pasan a primer plano.

Mostrar en la pantalla los instrumentos técnicos de realización, particularmente la cámara, poner en abismo el proceso de rodaje de un film —construir una ficción con otra que se resuda dentro de la política— impide a un maledito que la representación porque toca su nervio mismo al romper la condición lúida que es al film y sus espectadores. Las implicaciones ideológicas de ocultar mostrar "el trabajo del film" con sus aparatos de producción formaron parte de áridas polémicas y hoy —sea por la devaluación del interés en el "materialismo" o por la reiteración del recurso— puede considerarse algo históricamente en sus efectos. De acuerdo, la cuestión es válida y vigente en cambio al empleo de la lógica del *in y el off* —lo que se incluye en el encuadre y lo que queda fuera de él— a la que se invierte. En la película de Filippelli, el *fuera de campo* termina por erigirse en el espacio privilegiado, material y simbólico, el único posible desde el cual construir "una historia de ausentes".

En principio, porque en ese *fuera de campo* queda la mayoría de los referentes históricos aludidos por imágenes artificiosas, enardecidas, con un tono de indeterminación que se refuerza desde el discurso mismo de los protagonistas ("¿cómo circular entre el pasado y el presente? ¿dónde acaba o comienza uno y otro? Si no sé cuando muero, no puedo construir una historia..."), rumia el Intelectual, acosado por la cámara de la Directora). También el juego escénico, desdramatizado "a la Bresson", cumple la misma función: los actores despliegan algunas acciones o enuncian sus parlamentos sin énfasis casi. La entrevista de Salas con los burocratas sindicales de Buenos Aires, sus discusiones con el enlace político del sindicato o con el mandamás del partido, o las asambleas sindicales mismas están lejos de exhibir "bellezas" que sin duda deben haber tenido. Se muestran en tanto duros e imprescindibles de una realidad a la que se alude, de ahí que sólo queden en la superficie los argumentos de la política, las posiciones, las razones que los organizan en tanto en ellas radica, finalmente, la fuerza que empuja a Salas hacia su destino. En este sentido el conjunto funciona sobre todo como una puesta en escena de discursos, y ahí encuentra su coherencia. Por eso puede hacer concesiones a cuotas de realismo, pero sin condicionar con éste el funcio-

namiento de su ficción histórica. Es a la vez una puesta en escena de la política como pasión, por eso en las estaciones que llevan a su desenlace se van relevando palabras e imágenes, tanteando incluso su legitimidad poética ("ta gente que se mueve en un sueño, dentro de una pecera..."), "puedo escribir cosas como ésta", se interroga Muñiz, cuando todo avanza hacia finales definitivos).

Ciertos lugares precisos, ciertas geografías urbanas sirven de marco a las condensas su condición de *tipos* (especialmente aquí el realismo es enturbado por el exceso, por la ironía, por el descalce sistemático entre imágenes y sonido. Por ejemplo, las dos secuencias en el cabaret, en el que la cámara traza complicados movimientos para descubrir arduamente a una prostituta que recibe una paliza, a sindicalistas que despatchan sus asuntos sin inmutarse, mientras sus discusiones políticas se confunden con la letra de un bolero; o la vez del muy conversado partido de bochas. Por otro lado, hay en todo esto una especie de exhibición del protagonismo masculino, compacto, excluyente, típico de la política en general y el sindicalismo en particular; lejos de acomodarse en el relato como una obviedad sentida, esto adquiere quizás, un plus de realismo a través de una mirada femenina, la de la Directora de la ficción).

Los espacios ligados a las figuras de los personajes protagónicos, en la medida que se refieren a la historia, a los hechos, históricos y también morales, están trazados con elementos de lo real y otros imaginarios o fuertemente simbólicos. La Directora, flanqueada en la imagen por la cámara o la moviola, imagina a su vez a Muñiz, el Intelectual, en una suerte de *loft* muy escénográfico, con áreas imprecisas y un *off* sonoro semejante, en el que se allean o superponen sus monólogos, sus diálogos imaginarios y reales y veros de la *Masmédula* de Girondo.

El proceso de construcción de Salas en cambio, está puesto en relación con una fábrica abandonada. La *fábrica* precisamente, al estar que está se resquebraja y se desmenuza al máximo en tantas ficciones políticas como la escenografía ideal (con los obreros de figurantes o de espectadores), se representa aquí con un claroscuro ruinoso y desolado. Aunque esa textura onírica de la imagen puede quebrarse abruptamente y rozar lo real desde el emotivo cuando Filippelli elige desplazar la cámara a las manos de Salas: un primer plano de manos de torero que acaricia pequeñas esferas de metal encontradas entre los restos de la usina. Las bases

obreras mientras tanto, omnipresentes en el discurso abusivo de los dirigentes sindicales, encuentran su lugar en el espacio sonoro, fuera del encuadre de las imágenes, aún durante ruidosas y concurrencias asambleas. El personaje de Salas planteaba el desafío y la necesidad de ser sostenido como sujeto de la ficción y no solo como objeto de la narración de una "ficción ajena". Hacia el final, su figura se apropia de todo el film, que cambia de tono y de ritmo. Imágenes de tiempo real ralentizan la espera de la muerte. O del vicio. Al desaparecer los mediadores del relato (la Directora, Muñiz), el espectador queda expuesto a esa duración, sin posibilidad de desvío. Hasta el plano final, que certifica la ausencia definitiva.

En el buceo de esa ausencia es donde el film trabajó todos sus interrogantes: en la figura del dirigente obrero desaparecido, la suma de aciertos y de errores que condujeron al fracaso de una política y a la tragedia colectiva. Como lo sugieren los versos que acompañan las últimas imágenes, hay una condensación del juicio en busca de *sentidos*. ¿Cuáles somos hoy? ¿En qué podemos reconocernos, reencuentrarnos, para pensar una historia posible? ¿Se puede todavía hablar de cosas que pasaron en este país? Pero sobre todo, ¿cómo puede el cine testimoniar de todo esto? Para construir ahora una ficción histórica, ¿qué tributos se deben pagar a la realidad, a la "verdad"?

Filippelli, logró ensamblar fines y medios en *El Ausente*, más allá de los duros condicionamientos económicos —cuando se habla de cine este punto es fundamental— que supone hacer una película en una empresa cooperativa. No se trata de desembocar en una estética de la pobreza (como lo demostrara aquel entrañable *Nuevo Cine Alemán*), sino de trascender las limitaciones por medio de un dominio pleno de recursos expresivos que concuerden entre sí y que inspiren. Como sucede en este caso. El resultado fue un film que desde su contenido, anota a decir si la memoria, a no dejarse aplastar por la institucionalización de la amnesia, a partir de un lenguaje que no teje una red amable al espectador, sino que la violenta a su modo. Sobre todo, con su falta de intenciones didácticas, de "efectos de saber" o de inútiles estrategias de seducción.

Nota

\* *El ausente* (Córdoba-1988) Dirección: Rafael Filippelli. Basado en el relato "El ausente" de Antonio Marimón. Guion: R. Filippelli y Carlos Dímazo Martínez. Fotografía: Andrés Silvetti. Intérpretes: Omar Reza, Roberto Sutter, Beatriz Sarlo, Ana María Reza, Omar Vilva, Ricardo Beronzi, Miguel Quintana. Producción: R. Filippelli. Cooperativa Unión de Cineastas Argentinos, C.A.U.C.A.

\*\* No proyectada en circuitos comerciales, esta película se pre-estrenó en un ciclo especial de la Facultad de Filosofía y Letras el 31 de agosto. El 31 de octubre se exhibió en el Festival Internacional de Teatro de la Ciudad de Córdoba, y los días 8 y 9 de noviembre en el Instituto Goethe, de Buenos Aires.





dades tiene la virtud de alertarnos sobre un hecho en el que pocos reparan: el Poder Legislativo existe. Es bueno recordarlo, y resaltar de suma utilidad que la Guía del parlamento argentino, que acaba de publicar la Fundación Ebert, circula por los despachos de la Casa de Gobierno.

El trabajo elaborado por los dos científicos argentinos resume la función del congreso en un sistema republicano y democrático, su organización interna y mecánica de funcionamiento. Ofrece, a la vez, una descripción de la conformación política del congreso desde 1983 hasta ahora. La preocupación de los autores y de la Fundación Ebert por producir y difundir una sistematización de datos sobre distintos aspectos políticos y particulares cuya participación a la que el ciudadano contempla con más rechazo que espíritu de transformación. Pero las razones de esta actitud repleta de preguntas que esta guía, como es lógico, no se propuso plantear.

**Ernesto Semán**

**Roberto Bergalli y Enrique E. María (coords.)**

**Historia ideológica del control social (España-Argentina, siglos XIX y XX)**  
Barcelona, PPU, 1989

El trabajo contiene algunos datos muy interesantes, como la composición de cada generación de los dos científicos según sexo, edad y profesión; otros ilustrativos, como la composición política y los despidos y fracturas que se produjeron dentro de cada bloque (en especial, el judicialista) y otros que se podrían pensar como innecesarios, si

no fuera porque todo lo relativo al congreso es sólo accesible si uno se abre a recorrer los pasillos de la valedad bibliotecaria del pensamiento desarrollando los manuales de Instrucción Cívica que soportó en su adolescencia.

En la misma dirección del trabajo, el análisis de tres datos como la cantidad y temática de los proyectos presentados y aprobados por cada generación o los enviados por el Poder Ejecutivo en uno y otro gobierno, aportarían una información imprescindible para un diagnóstico más adecuado del funcionamiento de nuestra democracia. En síntesis, una dilucidación de la trama de trabajo para investigadores y analistas políticos y también, ¿por qué no?, para dirigentes políticos y particulares cuya participación a la que el ciudadano contempla con más rechazo que espíritu de transformación. Pero las razones de esta actitud repleta de preguntas que esta guía, como es lógico, no se propuso plantear.

En la parte dedicada a Argentina los artículos son más variados, menos globalmente asimilables a la problemática del control social y despliegan una gran variedad de enfoques, temáticas y períodos. Entre el análisis y la historia cultural, el ensayo histórico social y de las ideas científicas y políticas, las colaboraciones de nuestro país abordan un elenco de temas sobre la Argentina moderna y actual. Se destacan los análisis dedicados a crisis y cuestión social (J. C. Portantiero), movimiento obrero (H. Cordone), inmigración italiana (F. J. Devoto) y el socialismo de J. B. Justo (D. Jotio).

La obra reúne, en una fructífera combinación binacional, un conjunto calificado de trabajos sobre formaciones sociales e ideológicas, instituciones y producciones culturales de ambos países. Precedentes de disciplinas diversas dentro del campo de la ciencias sociales

y políticas, estos estudios entretienen un espectro abierto de relaciones entre sí y, además, hacen posible una consideración histórica comparativa de la constitución de dispositivos institucionales y discursivos de control social y sus modos de implantación en el estado y la sociedad.

Los trabajos sobre España delimitan áreas concretas de ese proceso histórico, articuladas a partir de categorías de análisis contradas en los mecanismos de dominación. En ese sentido, el elenco de tópicos, más bien ligados a la "cuestión social", se despliega en el período histórico de constitución y consolidación del capitalismo y la organización del estado. El eje del conflicto social subyace a un repertorio de análisis, sostenidos en investigaciones de pareja calidad, que abordan cuestiones cruciales: la institución religiosa; la educación; la situación de la mujer; instituciones de beneficencia; políticas psiquiátricas y el aparato político y judicial.

En la parte dedicada a Argentina los artículos son más variados, menos globalmente asimilables a la problemática del control social y despliegan una gran variedad de enfoques, temáticas y períodos. Entre el análisis y la historia cultural, el ensayo histórico social y de las ideas científicas y políticas, las colaboraciones de nuestro país abordan un elenco de temas sobre la Argentina moderna y actual. Se destacan los análisis dedicados a crisis y cuestión social (J. C. Portantiero), movimiento obrero (H. Cordone), inmigración italiana (F. J. Devoto) y el socialismo de J. B. Justo (D. Jotio).

La obra reúne, en una fructífera combinación binacional, un conjunto calificado de trabajos sobre formaciones sociales e ideológicas, instituciones y producciones culturales de ambos países. Precedentes de disciplinas diversas dentro del campo de la ciencias sociales

**La búsqueda del coronel patriota**

Los carpintados de Hugo Chumbita

Editorial Planeta

Anunciándolo como una "porción de un estudio de investigación", Editorial Planeta puso en las librerías el trabajo periodístico *Los Carpintados* de Hugo Chumbita.

Los Carpintados —subtítulo "Historia de un malentendido argentino", vaya nombre — no se detiene demasiado en analizar posibles relaciones causales — históricas o sociales — del conflicto, limitándose a ser realista al relatar los hechos basándose en una información periodística conocida y en entrevistas a analistas y a los protagonistas de tales hechos.

La primera parte del libro está dedicada a posibles causas históricas, rematando sus orígenes al papel cumplido por las fuerzas armadas a partir de 1976 y 1982. Los embarrados de la documentación nunca va más allá de lo ya conocido por la opinión pública. Cabe destacar que una de las bases de información es el semanario *El Informador Público*, periódico que agrega que además de "emergente histórico", los carpintados son hombres que usaron las armas, quebraron la disciplina militar y mantuvie-

ron a la sociedad en vilo durante días. Un sistema político es, además del producto de determinado relación de fuerzas, un sistema de reglas, o por lo menos será deseable que así fuera.

La antinomia liberal-republicana. En trabajo en cuestión, el conflicto carpintado es presentado en el marco de la tan mentada antinomia "liberales-nacionales". Planteando una opción de hierro, en la que no cabían otros lugares, Chumbita les otorga los jóvenes rebeldes el beneficio de poder convertirse — aunque se aclara que no necesariamente — en herederos de la tradición nacionalista en el ejército. Las posiciones de los carpintados ante la XII CEA en Mar del Plata se relacionan con el sugestivo título "La 3ª posición".

El coronel nacional. Chumbita simboliza en el mayor Barreiro, el teniente coronel Ricos y el coronel Seineldín los tres rostros de los carpintados: el represor, el combatiente y el conductor. En el caso del último de los tres, le otorga la posibilidad de convertirse en el cuarto integrante de la serie "San Martín-Rosas-Perón", sin reparar en que las otras caras del movimiento carpintado son parte indisoluble de un pasado y un presente que a Seineldín le costará mucho borrar.

Los Carpintados resulta ser, en suma, el producto de la recopilación de información pública o semipública, un trabajo que intenta ser imparcial con el fenómeno que más parcialidades generó en la Argentina de los últimos años. Qué decir...

**Julián Gadano**

**Ensayo**

**Un Welfare para todo Europa**

de Heinz Timmermann

La contribución de Heinz Timmermann (prestigioso exponente del Partido Socialdemócrata de Alemania

Occidental y estudiosos de política internacional) se refiere a un tema de crucial actualidad: la transición de la Europa oriental desde lo que resta del llamado "socialismo real" hacia un nuevo ordenamiento democrático. Aparece aquí en un primer plano la reconstrucción del tejido de la sociedad civil junto a las expresiones políticas por ésta generadas. El autor se concentra esencialmente sobre cuatro sectores: los Forum de resistencia al viejo poder colectivista, las corrientes nacional-conservadoras, los partidos comunistas y las nuevas formaciones de tipo socialista y democrático.

ra a formar un bloque compuesto por las tres corrientes conservadoras y reaccionarias: los conservadores del partido, los conservadores nacionales (exacerbada afirmación de la propia nacionalidad) y los conservadores sociales (ideología de la convalecencia).

**Los peligrosos del nacional-populismo**

De todos modos, no son los restos de los PC, todavía en el poder, los que como *tales* obstaculizan el giro de los países de Europa Oriental hacia Europa. El obstáculo principal es la herencia ruinosas que la dictadura comunista, que duró 40 años, ha dejado sobre todo en el sector económico. Algunas carencias clave son: los mecanismos económicos ineficientes, las infraestructuras subdesarrolladas, la falta de capacidad de exportación y las deudas sofocantes y, finalmente, una realidad social ante la cual la expresión "sociedad de los tercios" sería un puro eufemismo. En esta situación, es indudable que sin el afianzamiento de la democracia y el pluralismo político las reformas económicas profundas resultan imposibles. En la Europa Oriental de los años sesenta las reformas económicas se limitaron a un simple reajuste tecnocrático y resultaron ineficaces porque fueron pronto asimiladas y anuladas por un sistema político rígido. Pero asimiladas podría llegar a producirse lo contrario: la democratización política experimenta duros condicionamientos y también podría fracasar. Así el tránsito desde la economía de administración, centralizada a mecanismos eficientes fuese demasiado lento y/o las medidas de política económica y financiera, y los costos sociales a los que están vinculadas, fueran sentidos como insoportables por la población. Esta población podría terminar buscando refugio en los tradicionales valores, y en los nuevos nacionalismos, que no pueden ser guiados por el liberalismo, sino orientados por la tolerancia o la disponibilidad al compromiso.

También es cierto que en Europa Occidental está creciendo un nacionalismo que tiene ante todo motivaciones de tipo social. Pero este encuentra contrapeso en amplios sectores medios — en la multiplicidad de las flexibles pequeñas y medianas empresas, en los sectores de servicios en continua expansión y entre los grandes grupos de trabajadores autónomos, como los médicos y abogados — que se inclinan hacia una democracia consensual y se constituyen en el soporte político y social esencial de las sociedades occidentales. Pero en Europa Oriental estos sectores medios, estabilizadores de la democracia, casi no existen, lo cual podría determinar que las crisis sociales, estrechamente vinculadas a las crisis económicas más agudas, fueran fácilmente canalizadas hacia los nacionalismos (sentencia andalga que podrían y pueden observarse en América Latina, donde la disgregación de los sectores medios es acompañada por nacionalismos crecientes).

Los máximos representantes de las nuevas élites de Europa Oriental destacan también la conflictividad que existe con relación a la nación. Por una parte — afirma Gernick, político de Solidarismo — el remitirse al sentimiento nacional "ha sido la única posibilidad de resistir a un régimen totalitario que había destruido todos los vínculos informativos y asociativos entre los individuos" (*L'Unità* 17.2.1990). Después de más de 40 años de opresión, decidida desde otro lugar, la población percibe en la nación el continente de las propias aspiraciones democráticas, de búsqueda de lo nacional y de afianzamiento de la autonomía (tal como lo hiciera contra el Imperio de los Habsburgos, en el siglo XIX, la oposición intelectual).

Pero en el ámbito de las crisis económicas que se van actuando, en algunos países existe además como riesgo evidente que esta renovada vitalidad de las corrientes nacional-populistas puede alentar a aquellas fuerzas que ven la salvación en una vuelta al estado nacional del pasado, con sus antagonismos étnicos, sus conflictos nacionales y

senso para su política de más del setenta por ciento de la población. Pero, como ha señalado acertadamente el líder comunista polaco Rakowski (*Le Monde*, 28.1.90), luego de 20 años de estancamiento y represión "los partidos surgidos de la III internacional están terminados". La población de los países de Europa Oriental y Central, según el periodista de origen polaco Wlodek Goldkorn (*MonDoperaio* 12.1989), considera a las dictaduras de posguerra como "un paréntesis trágico de la historia, que ahora retoma su curso natural".

Ante esta situación, los partidos comunistas — no obstante las posiciones que todavía ocupan en los aparatos centrales y en las provincias — no son capaces de intentar un contragolpe violento; tanto menos cuando fueron obligados a rendirse ante una rebelión pacífica del pueblo, cuando tenían todavía en la mano todos los recursos del poder represivo. Además, son tan mal vistos por la población, que aún cuando se convierten en partidos de tipo socialdemócrata no logran conquistar consensos, ni participar de manera decisiva en los nuevos planes de desarrollo. Según estimaciones confiables efectuadas en Hungría, en Polonia y en la RDA, estos partidos ex comunistas, ahora rebautizados como partidos del "socialismo democrático", difícilmente podrán superar el 10/15 por ciento del consenso. La ex *Sed* (Partido Comunista de Alemania del Este) ha logrado el 16 por ciento en las recientes elecciones políticas de la RDA.

Es probable que ahora, tras el derrumbe de aquellos que los mantenía unidos, a saber, la ideología del marxismo-leninismo y los mecanismos de sanción ligarlos a ella, estos PC, ya fuertemente divididos en su interior, se disgreguen en dos o más corrientes político-programáticas y organizativas. Tal como ocurrió en Hungría, en un ala orientada con preferencia hacia la Internacional Socialista (el modelo occidental es el PCY) y la otra orientada hacia el nacional-populismo de izquierda (el conjunto en Occidente es el PCF). Pero mientras los comunistas reformistas buscan conectar-se con la socialdemocracia, que se genera por todos lados, los tradicionalistas del marxismo-leninismo podrían llegar a comprometer el proceso innovador. Como posible si bajo el impulso de una crisis económica más acentuada se llega-

En los países del Este europeo, con estos elementos de base, se ha esbozado el sentido del tránsito desde la dictadura de tipo estaliniano-brezneviana hacia las democracias de tradición europea. Pero con sus inestabilidades estructurales y la dispersión del poder, el camino para alcanzar este objetivo reserva muchas inseguridades, incertidumbres y peligros. Las sociedades del "poscomunismo" no podrán reconectarse simplemente con los elementos de modernización del período precomunista. El socialismo real, con sus cuarenta años de dominio, con la industrialización forzada de la sociedad, ha producido también trastornos sociales. Con la liquidación de rat de estructuras políticas, económicas y sociales enraizadas, ha desmotivado a las personas. Y ha dejado espacios vacíos, que de alguna forma deberán ser llenados a partir de la confrontación entre diferentes valores, intereses y corrientes.

El principal obstáculo en el tránsito hacia la democracia no son los comunistas (quizá con la excepción de Rumania y Bulgaria). Estos últimos han desperdiciado sus oportunidades, aquellas que se le ofrecieron por última vez durante la Primavera de Praga en 1968, en forma definitiva. En esa época, serían investigaciones revelaban que los unionistas del PC checoslovaco podían contar con un con-

sus rabiosas disputas fronterizas, y no en orientarse hacia Europa. El remitirse a la nación, que originariamente era sólo un "medio para la resistencia", podría transformarse de ese modo en "ideología nacionalista" y provocar a su vez "una vuelta al poder autoritario en todos los países post-comunistas de Europa" (Géremék). Tampoco faltan antecedentes históricos de esta hipotesis: en los años veinte y treinta, con excepción de Checoslovaquia, en todos los países de Europa Oriental se implantaron regímenes autoritarios de tipo nacionalista.

El mutuo entendimiento y la política de la Alemania unida tendrán una influencia notable sobre los procesos de desarrollo futuro de esta región. Un nuevo "Reich", que se vuelva sobre sí mismo, que ponga el acento en el logro de las aspiraciones nacionales y deje de lado los intereses de sus vecinos, hará reverter en Europa Oriental miedos históricamente enraizados y estimulará andalgos posturas nacionalistas. Pero una Alemania unida, que esté sólidamente anclada en Occidente, y que busque enlazar constructivamente el proceso de unificación en sus diversas dimensiones (en Alemania, en Europa occidental, en la Europa Unida), también reforzará en los países orientales a ciertos factores que se reaccionan a la política de unificación de Europa y quieren impulsar a sus países dentro de los procesos de integración europea.

### Los Forum, contramovimiento de la sociedad civil

Pero la perspectiva de una vuelta anacrónica al período entre la dos guerras, o incluso al siglo pasado, es solo una de las posibilidades en los procesos de desarrollo de cada uno de los países de Europa Oriental. La historia está abierta. A pesar de todos los problemas parecería prevalecer en esta región la posibilidad de mantener el equilibrio entre la autoafirmación nacional y orientación europea. Esto se volverá una certeza si los europeos del Oeste se brindan a los europeos del Este y les allanan el camino "hacia Europa", incluyendo la ayuda material y el asesoramiento para generar una economía eficiente.

Las estructuras en que se apoyaron las tendencias europeas fueron —y lo son en gran parte todavía— los movimientos cívicos que surgieron en la resistencia para los sistemas comunistas, que aparecen con frecuencia bajo la denominación de "Forum" ("Forum democrático" en Hungría; "Neues Forum" en la RDA; "Forum cívico" en Checoslovaquia), expando así su intención de unir personas de diferentes corrientes ideológicas y políticas. El más importante denominador común de los "Forum" ha sido el deseo de suplantar, de manera pacífica, las dictaduras de los PC por sociedades cívicas de base democrática y pluralista, mediante la formación de una coalición de la sociedad contra los sistemas totalitarios y la búsqueda de un diálogo entre las diversas tendencias. En los términos "Comité cívico" (Polonia) y "Forum cívico" (Checoslovaquia), se manifiesta con claridad esta aspiración de crear una sociedad civil que se remita a las tradiciones europeas.

Muchos miembros de los movimientos cívicos quieren mantener esta forma de organización, el "Forum", también en el futuro. La ven como expresión o como instrumento de una democracia de base, con frecuencia, también como un instrumento de presión política para la construcción de una específica "tercera vía" (entre capitalismo y socialismo o, como en Hungría, como línea de base para una sociedad nacional alejada del Este y del Oeste). Pero olvida que las asociaciones cívicas de las comunidades de los "Forum" nacieron como "asociaciones de emergencia" y como contramovimientos de las dictaduras de los PC. La historia nos muestra que los movimientos de protesta de este tipo pierden su cohesión y su carácter abarcativo en la medida que logran poner contra la pared o derrotar a su enemigo común.

### Dos corrientes políticas básicas

En cuanto al espectro de las varias corrientes políticas y nuevos partidos en cada uno de los países de Europa Oriental, debemos decir que el cuadro es más bien confuso, en parte porque la etapa de tránsito de la dictadura a la democracia se verifica un continuo surgimiento y recomposición de nuevos grupos. Los procesos de desarrollo en Europa del Este se diferencian netamente de los existentes en Europa Occidental debido a las experiencias específicas de "soviétización". En casi todos los partidos, los ex-comunistas incluidos, se encuentran, por ejemplo, tendencias más o menos fuertes al neoliberalismo económico. Pero a pesar de la confusión y la poca claridad programática, en muchos países del Este europeo se van delineando dos corrientes ideológico-políticas de base, que —tal como suce-

dió en la "Primavera de los pueblos" del 1848— en su interrelación podrían determinar el futuro de cada uno de los estados. Aunque estas corrientes fundamentales constituyen agrupaciones de ideas-tipo que no están aún realmente estructuradas, cuyos contenidos con frecuencia se superponen y con diferencias respecto de sus fuerzas, su formación y su carácter programático en un país y otro.

La corriente de base *conservadora-nacional*, en general con fuerte influencia cristiana, encuentra adhesión en todos los sectores de la sociedad y sobre todo en las personas fuertemente religiosas de las zonas campesinas, pero también en la intelectualidad urbana conservadora. Enraizada con las corrientes nacionales que, durante el proceso de disolución interna sufrida dentro de los imperios de principios de siglo, vieron en la nación el bien supremo y luego se agregaron a aquéllas de tradición liberal, a críticas de los períodos de la Primavera de los pueblos de 1884.

La puesta del acento en la identidad política y cultural de la nación —cosa que sucede por ejemplo en el "Forum democrático" en Hungría y en el ala clerical de Solidarnosc en Polonia— tiene aspectos fuertemente ambivalentes. Por una parte pone de manifiestación rasgos antiburlescos, nacidos de la fuerza que se reacciona a la política autoritaria, entremetidos con una actitud escéptica ante las estrategias de modernización de corte occidental y capitalista. Pero por la otra es ésta la fuerza conservadora que tiende la vista hacia Europa y sus valores humanistas, su cultura y su bienestar material. Y la prueba de ello es su deseo de conectarse, cada vez más estrechamente, también con los partidos ideológico-políticos que existen en Europa occidental. Si se conformara entonces los costos económicos vinculados a las reformas económicas dentro de límites aceptables y contener al nacional-populismo, hecho de tradicionalismo, de conservadurismo social y del remanente de los partidos comunistas, entonces sería posible la formación, también en Europa de Este, de ese tipo de partidos "cívicos" de centro-derecha, que en todas sus variantes caracterizan a Europa Occidental.

La *fracción de base social-liberal* se relaciona en Europa oriental con dos movimientos sociales: los movimientos liberales de liberación de 1848 y las corrientes tradicionales democrático-sociales del movimiento obrero en su forma específica del "autonomarismo". Inspirada, y en gran parte conducida por intelectuales, es particularmente fuerte en el sector de la educación, entre las fuerzas de la cultura y los trabajadores de los servicios. Formada en parte de este corriente, entre otros, la Liga de los Democráticos Libres y el Partido Socialdemócrata, de Hungría, es la ala radicalmente democrático-laica de Solidarnosc de Polonia y el PSD de la RDA.

Estas formaciones se caracterizan por un anticomunismo radical, que con frecuencia incluye, luego de la experiencia negativa con el socialismo real de tipo stalinista, también un profundo escepticismo con relación a todo tipo de "socialismo". Para ellos, la "tercera vía" entre capitalismo y socialismo soviético tampoco representa una alternativa. Las líneas programáticas de esta fracción de base tienden más bien hacia un estado social-democrático de tipo occidental, con sus elementos básicos, como la parlamentarización de signo político pluralista, la economía de mercado funcional social y ecológicamente, la creación de un estado de derecho constitucional conforme a la tradición europea. Los representantes de las agrupaciones social-liberales ven su punto de referencia principal en Europa occidental. No es casual que el acercamiento a la Comunidad europea y la integración total de sus países a la CEE, sean los puntos cruciales en que basan sus programas de política exterior. Lo cual permite tener también una visión bastante clara de su concepción político-cultural.

En lo concerniente a la política económica, la corriente liberal-democrática de Europa oriental, con sus dos componentes: el partidario de una revitalización de la socialdemocracia y el partidario del liberalismo radical-democrático está en general "más a la derecha" que la Europa occidental. Es ésta sin duda una reacción —comprensible— contra los resultados de la economía administrada centralmente, de la cual se alimenta el escepticismo con relación a toda forma de intervencionismo por parte del estado. Es por eso posible que la corriente social-liberal se divida ante el tema del carácter de la economía de mercado en relación con la cual hasta ahora se había mantenido unida. Pero de todos modos esto no cambia el carácter pro-europeo de todos los componentes y no hace mella en su ambición de acelerar una unión generalizada de sus países con Europa occidental.

### La responsabilidad de la política occidental

Todos los países del Este de Europa, y las más importantes

fuerzas políticas que actúan en su interior, están interesados —aunque en forma diferente— en una estrecha relación con Europa occidental. Esto plantea a los europeos del Oeste responsabilidades enormes y al mismo tiempo les brinda la posibilidad de construir una "casa común europea" (Gorbachov) o una "confederación europea" (Mitterrand), donde se debería incluir también la unión de los dos estados alemanes. Esta posibilidad es tanto más grande por cuanto la Unión Soviética ya no entiende la ayuda occidental a los europeos del Este como una injerencia indebida en su esfera de influencia. La ve más bien como un apoyo constructivo a una región que podría ejercer en el ámbito de su propia recuperación y su propia modernización una importante función de vínculo entre Europa occidental y la Unión URSS. Para la Unión Soviética, las preocupaciones mayores no derivan de la erosión ideológica, sino del nacionalismo latente en Europa del Este.

La ayuda más importante que Europa occidental puede proporcionar es la de proveer a los europeos del Este de una perspectiva posible para su "tendencia hacia Europa". Ésta sería una contribución fundamental para las aspiraciones comunes de bloquear las atajadas hacia el nacionalismo y para detener autoritarias y también antisemitas, entremetidos que podrían marchar más veloz que los procesos de integración ambicionados. Y no hay que pensar solo en la ayuda económica y en la formación de personal dirigente: empresarios, expertos en finanzas y dirigentes sindicales; se necesita apoyar a los europeos del Este, cuando así lo desean, en la construcción de mecanismos democráticos, estructuras de mercado eficientes, sistemas de seguridad social adecuada, y en el desarrollo de un estado de derecho. No se trata de enseñar que es la libertad a los habitantes del Este europeo cuando la conquistaron por su cuenta con sus revoluciones populares. Se trata, por el contrario, de hacerles conocer los mecanismos de la democracia viva, cuyas bases fueron completamente destruidas desde 1947 en adelante, antes por Stalin, y luego por los duos del poder locales apoyados por él.

Un sistema de partidos no está en crisis por el hecho de no haber alcanzado el objetivo de construir un estado democrático independiente de los poderes fácticos adoptando una ideología pluralista. Esto es una falacia. Las causas del fracaso en la construcción del orden deseado deben ser buscadas en

en otras oportunidades ya fueron descritos modelos y escenarios concretos que apuntan en esa dirección y que no necesitamos profundizar y completar en esta oportunidad. En tanto, es poca la atención que se presta todavía a las relaciones transversales entre *formaciones y partidos políticos* de Europa del Este y del Oeste. La mayor parte de las nuevas reagrupaciones de Europa oriental busca intercambios de ideas y materiales con aquellos partidos de Europa occidental que consideran afines. Correspondería hacerse cargo de esta aspiración, pero con la necesaria sensibilidad ante la especificidad y la autonomía de los europeos del Este. Más allá de las tentativas de integración que se llevan a cabo a nivel estatal, estos partidos también brindan una posibilidad importante de anclar las corrientes políticas principales que se van formando en Europa oriental a un consenso europeo de base y de preservar a estos países de las tentativas nacionalistas.

Esto es válido, aunque en forma diferente, para ambas corrientes principales. La *izquierda de Europa occidental*, tendría la responsabilidad específica de proporcionar orientación acerca del desarrollo de los contenidos y los mecanismos del estado social a las formaciones cercanas a ella y de asistirles en su búsqueda de un equilibrio entre el poder del mercado y la conformación del estado. Algunas preguntas y pedidos de información demuestran que es justamente allí donde la corriente social-liberal de los países de Europa oriental-central tiene los mayores problemas. Los *conservadores* de Europa occidental tendrían sobre todo la responsabilidad de reforzar en las corrientes de Europa oriental cercanas a ellos, aquellas fuerzas que tienen a un equilibrio entre la conciencia nacional, por una parte, y los valores fundamentales de los procesos de integración europeos, por la otra. Es en ese campo donde los conservadores de Europa occidental podrían absorber mejor la importante misión de dar el ejemplo; también ellos provienen en parte de formaciones nacionalistas, pero después de la segunda guerra mundial han superado antagonismos viscerales para emprender un camino decididamente favorable a Europa. Si esto se lograra obtener también en Europa del Este se daría entonces un importante paso hacia estructuras de colaboración paneuropeas.

Traducción: Hugo Farusi

## Sistema de partidos: la otra cara de la crisis

"Los partidos políticos aparentemente alimentan desde el interior mismo de la institucionalidad democrática su debilidad". Con esta afirmada sentencia, Pablo Semán y Marcos Novaro encabezaban su nota "Un sistema de partidos en crisis" en LCF, núm. 23/24. Me permito enviarle al respecto algunas reflexiones que esta me suscita.

Un sistema de partidos no está en crisis por el hecho de no haber alcanzado el objetivo de construir un estado democrático independiente de los poderes fácticos adoptando una ideología pluralista. Esto es una falacia. Las causas del fracaso en la construcción del orden deseado deben ser buscadas en

otro lugar; en la difícil mediación que los partidos deben realizar entre la vida social y las formas políticas.

Desde esta perspectiva, la debilidad básica de nuestro sistema de partidos está dada por su exterioridad respecto del resto de la vida social, y una extrema ingenuidad que desarticula la ficción representativa. Esta debilidad se expresa y profundiza en el fenómeno del distanciamiento, al que podemos definir en su dimensión práctico-social como el proceso progresivo y continuo de alejamiento de individuos y grupos de actividad política y, en su aspecto ético-crítico, como la generalización de una actitud de desconfianza y/u hostilidad hacia la misma.

Como bien señalan Semán y Novaro, la prioridad necesaria dada a la construcción de un nuevo orden político en el proceso iniciado en 1983 y la herencia de una sociedad herida por el terror dieron sentido a un discurso universalista que ex-



cluta la conflictividad identificada con un pasado que se quería dejar atrás. Esta contradicción entre un discurso universalista homogeneizado y una sociedad conflictiva acentúa la persistencia de un supuesto coordinado de representaciones a través de las cuales se reproduce y se identifica consigo mismo un grupo de imaginarios sociales básicos y la restricción del campo del político en la práctica de los partidos originó así una crisis de representación, debido a que imaginarios sociales básicos no se reconocen en identidades políticas escindidas de lo social (económico, cultural). La política se aleja así de la vida cotidiana y las identida-

considerado negativo *per se*.

Las identidades políticas ofrecidas a la población aparecen por esta razón escindidas de los imaginarios sociales vinculados a la cotidianidad. Estos se definen como un conjunto coordinado de representaciones a través de las cuales se reproduce y se identifica consigo mismo un grupo de imaginarios sociales básicos y la restricción del campo del político en la práctica de los partidos originó así una crisis de representación, debido a que imaginarios sociales básicos no se reconocen en identidades políticas escindidas de lo social (económico, cultural). La política se aleja así de la vida cotidiana y las identida-

Estamos así ante una debilidad sustantiva respecto de lo que sería un sistema de partidos deseable. Su superación sólo parece vincularse a una

des entran en crisis tras la euforia inicial desperdada por una interpretación universal en calidad de ciudadanos.

No es el distanciamiento, ya sea como desinterés, insatisfacción u hostilidad colectiva hacia la noción de política monopolizada por la práctica de los partidos el emergente de esta crisis de representación?

La larga lista de demandas no atendidas por los partidos y debates considerados inoportunos por la población que no departa nuestra historia reciente parece corroborar este hecho. No es el distanciamiento la reacción ante una política desocializada, un rechazo hacia lo que se ha vuelto exterior, ajeno y a veces hostil? Creo que la experiencia iniciada en 1983 cobra otra inteligibilidad a partir de una apropiación heráutica de estas preguntas.

Estamos así ante una debilidad sustantiva respecto de lo que sería un sistema de partidos deseable. Su superación sólo parece vincularse a una

profunda modificación de las prácticas y estructuras de los partidos, a una reconsideración de su misma razón de ser. En términos de Ceroni, los partidos deben llevar a su máxima expresión su vinculación con la sociedad. De no ser así, una delegitimación progresiva puede llevarlos a abandonar la escena en beneficio de los aventureros de turno.

La debilidad en la construcción del estado democrático estaba en germen en la misma concepción de una sociedad armónica. En la realidad argentina esta tarea es más una conquista que la adhesión homogénea a un discurso universal. A pesar de la importante reforma moral que el proceso iniciado en 1983 significó para la sociedad marcada por el germen y el fracaso, la misma no basta para considerar un éxito. El nuevo Levantón no puede tener pies de barro.

Gerardo Aboyc Carls

Martin Jay

## Socialismo fin-de-siècle

Nueva Visión

## La obra de Walter Benjamin

TÍTULO:	SELLO:
Infancia en Berlín hacia 1900	Alfaguara
Dirección Única	Alfaguara
Discursos Interrumpidos I	Taurus
Haschisch	Taurus
Correspondencia W. Benjamin c/G. Scholem	Taurus
Diario de Moscú	Taurus
Iluminaciones I (Mag. y Soc.)	Taurus
Iluminaciones II (Poesía y capitalismo)	Taurus
Iluminaciones III (Tent. sobre Brecht)	Taurus

AGVILAR taurus

## Querido chaval

Sergio Bufano

España, diciembre de 2023

Querido nieto: Imagino tu sorpresa al recibir esta carta. La nostalgia, el ostracismo, y también la edad (cabo de cumplir los 80 años), me han alejado de las letras, de la hoja escrita, del teclado de la máquina. Venzo hoy una enorme resistencia y me obligo a poner la pluma sobre el papel; disculpas entonces la vacilante letra de este anciano marchito por los años.

No temas. No escribo para narrarte mis caídas. Lo hago porque debo pedirte un pequeño favor. Pero antes, para que comprendas por qué lo hago, te contaré brevemente una historia. Estoy seguro, mi querido chaval, que poco y nada pueden interesarte las rememoraciones de un viejo, pero los minutos que pierdas leyendo esta carta compensarán los pocos años que me quedan de vida.

Hace tres décadas, a fines de los ochenta o principios de los noventa del siglo pasado, vivía yo en tu ciudad —llamada en aquel entonces Buenos Aires—, y participaba junto con un reducido pero entusiasta grupo de amigos en la publicación de un periódico. Eran épocas de grandes cambios en el mundo y nosotros, hombres maduros ya, nos sentamos testigos de las transformaciones que finalmente culminaron en este nuevo orden mundial. La historia, aún desordenadamente, avanzaba ante nuestros ojos con un ímpetu formidable y nos colmaba de perplejidades, incertidumbres y también satisfacciones.

Sin embargo, en ese territorio del sur del continente americano, la situación era crítica. Se me borran las fechas pero creo que fue por aquellos años que gobernaba un hombrecito oriundo del norte, de apellido árabe o portugués, de rostro hirsuto y peculiar figura. A él le tocó gobernar durante la última etapa, antes de la resolución de Naciones Unidas. Algunos intentaron hacerlo responsable de todos los sucesos. Nada más injusto. Apenas fue el deionante, la última impureza de un tejido harto apollillado que nadie hubiera podido rescatar. ¡Ah, chaval, qué ciegos que fuimos! Todos los días recibíamos claras señales de la desintegración a la que nos dirigíamos y sin embargo no supimos advertirlas. Ante nuestros ojos desfilaban alegremente las pruebas de la inviabilidad de ese país pero nosotros —insensatos— no las reconocíamos.

Recordó la desconfianza en nuestra propia moneda; durante muchos años cada gobierno que subía le quitaba ceros con la vana esperanza de agregarle poder. Más adelante le cambiaron el nombre, y aún así en varias provincias circulaban otras monedas paralelas. El trabajo de los hombres se pagaba con papeles sin valor alguno fuera de los límites provinciales, y con dudoso valor en el propio territorio. El dólar, que año tras año se impuso como moneda nativa, era rápidamente enviado a cuentas en otros países.

La gente, desesperada por la corrosión de su nivel de vida, buscaba en el azar lo que no obtenía en el trabajo. Se creaban nuevos juegos: loterías nacionales, loterías provinciales, prodes, quinis, lotos, bingos y casi

Transcurre el año 2023 y un anciano, desde España, le escribe a su nieto que vive en el sur del continente americano. La Argentina ya no existe. Ni siquiera existen los argentinos. Los recuerdos de ese viejo sirven para ver desde la distancia los episodios de una nación que desde 1930 en adelante se fue disgregando económica y culturalmente hasta conformar una historia desenfundada y a la vez patética.



nos proliferaban junto con la ansiedad por la catástrofe. Todos iban detrás de dólares, plazos fijos, bagon, bonex, vavis, fidol y más cuyo nombre no recuerdo en una infernal carrera sin destino. Otros, quizás más previsores, optaban por la fuga; largas colas en las embajadas señalaban el sentimiento social. Un nuevo verbo se acuñaba por aquel entonces y se repetía en todos los hogares: *salvarse*.

¿Cómo no lo advertimos, qué fue lo que nos engeguicó y nos impidió ver el deterioro que se producía día tras día en las ciudades, en las calles sucias, en la industria obsoleta, y por supuesto en el trato entre los propios habitantes? Cada vez había menos obreros y más kioscos, se cerraban fábricas y se abrían mesas de dinero, se cortaba la luz a las universidades, se despreciaba la investigación científica y se incentivaba la especulación. ¡Qué curiosos! Ahora que enmuro todo esto advierto que suena mucho más catastrófico el relato que las vivencias de ese entonces. Las cosas sucedían cotidianamente, pero nos amoldábamos poco a poco a la desgracia y esperábamos —ayudados por vacuas promesas—, el salvador arribo de capitales extranjeros que vendrían a brindarnos prosperidad. Tú no sabes, mi querido, hasta qué punto los hombres construyeron fantasmas con tal de imaginar un futuro promisorio.

La gente se entusiasmaba —con cierta ingenuidad malsana, abotagada la razón—, con cualquier aspirante al gobierno que prometiera el paraíso a breve plazo. Fue así que durante décadas aplaudí el arribo de dictadores militares o presidentes civiles. Era igual. Pero al deslumbramiento sin límites le seguía un desencanto veloz. Ay, mi chaval, nada es más elocuente de la inmadurez humana que el amor o el odio desmedidos.

Es probable que haya sido esa inmadurez la que alentó una historia desenfundada y a la vez patética. Fíjate que yo crecí viendo cómo se robaban muertos: hubo militares que robaron el cadáver de una mujer y lo escondieron durante 18 años; hubo guerrilleros que robaron del cementerio el cadáver

de ferrocarriles y caminos de densidad no conocida en América Latina recubría pampas fértiles dispuestas a ofrecer abundancia de alimentos. Y sin embargo, todos los años morían 18.000 niños de hambre.

Nuestra clase dirigente estaba sumergida en la mollicie.

Hay algo que a pesar de los estudios posteriores realizados en prestigiosas universidades del mundo y con la ayuda de la mejor tecnología no se logró establecer jamás: qué conjunción de factores sociales, qué complejo conglomerado de episodios históricos, ideologías, hábitos o sencillamente maleficios divinos se concentraron en ese territorio para que existiera la iglesia más reaccionaria del continente, las fuerzas armadas más recalcitrantes, los sindicatos más conservadores y corporativistas, junto con la burguesía más corrompida. Nunca, nadie, pudo develar esa incógnita que acosó a los más grandes científicos sociales del mundo. ¡Ah, chaval, lo que se hizo en ese país no tiene perdón de Dios!

Fuero momentos en que tuvimos esperanzas; creímos que la crisis era sólo un lapso de transición entre períodos sólidos. Pero iniciada en 1930, lejos de menguar, la decadencia se acentuó y fue invadiendo todas las disciplinas: el cine, las artes, la literatura, el periodismo, el teatro. Aquel país que había nutrido de libros a toda la América hispana terminó importando ediciones para minorías que continuaron leyendo por obsecación.

Los diarios se ocuparon de frivolidades y olvidaron las noticias trascendentes; valía más la desmedez de una funcionaria que posaba ante los fotógrafos que la muerte de Edward Bayley, a quien rápidamente olvidaron.

La Argentina se fue dislocando y finalmente llegó a representar un peligro para el mundo civilizado. Cuando las Naciones Unidas decidieron parcelar el territorio, distribuir a los habitantes en distintas regiones y entregar las parcelas a gobiernos vecinos, sólo estaban interpretando el anhelo de la mayoría del planeta. El mundo estaba harto de los argentinos.

A mí me enviaron a Santa Fe y quedé bajo bandera paraguaya. Decidí emigrar a España porque no tolero el mate ni el chamame. Hubiera preferido vivir en la Capital Federal, pero la imposición del idioma portugués superó mi capacidad de angustia. Sin embargo, no me hallaba.

Y ahora voy al motivo de esta carta. La revista que editábamos en aquel momento se llamaba *La Ciudad Futura*; gracias a un amigo me enteré que en una vieja librería se vende —por unos pocos crucesinos—, una colección completa. Por favor, cómprala y envíamela. Me interesan todos los artículos de Emilio De Ipola, un pensador que trascendió a su tiempo. No creas que me guía curiosidad o entusiasmo intelectual alguno. Sólo deseo vender aquí esos artículos pues podría obtener una suma que me permitiría vivir decentemente hasta el fin de mis días. Las obras que escribí este buen hombre son muy cotizadas.

Que Dios te bendiga

JACQUELINE S.B.